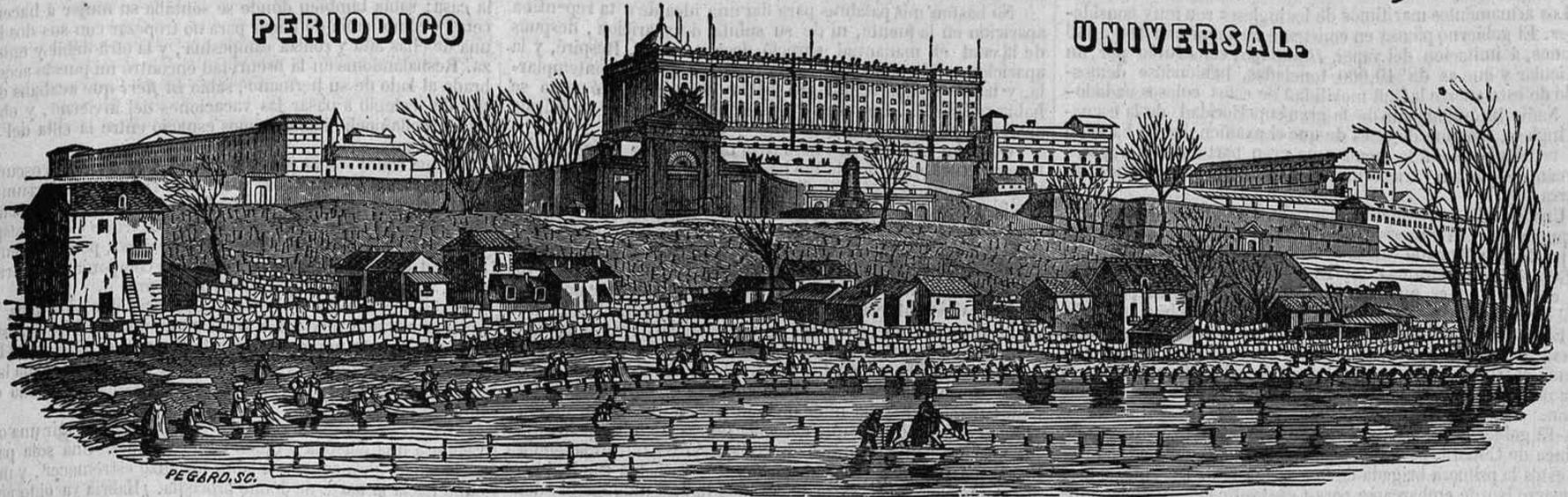


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 8 rs.

NUM. 262.—SÁBADO 4 DE MARZO DE 1854.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60,
Ultramar y extranjero: Año 80.

PROYECTO DE MONUMENTO

A DON FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO,

OBISPO QUE FUÉ DE CÁDIZ.

A su debido tiempo dimos cuenta de la muerte del Excmo. é Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno, obispo que fué de la ciudad de Cádiz. Varias personas deseadas de perpetuar la memoria de este varon distinguido, una de las glorias mas ilustres de la iglesia española, abrieron una suscripcion para erigirle una estatua. Esas mismas comisionaron para llevar á debida ejecucion tan loable objeto á una que reúne las mejores circunstancias, así de actividad como de inteligencia. El señor D. Javier Urrutia, pintor por aficion, consiliario de la Academia gaditana de Bellas Artes y hoy alcalde de Cádiz, abrió un certámen de artistas para la estatua del difunto obispo. A su debido tiempo fué aprobado por la referida Academia un proyecto debido al Sr. D. Leoncio Baglieto, escultor sevillano.

La estatua tendrá la altura de tres varas, y será fundida en bronce en el arsenal de la Carraca, en virtud de Real orden espedita al efecto.

El mismo Sr. Urrutia, deseoso del mejor acierto en la eleccion de lo que habrá de servir de base á la estatua, abrió otro certámen para recibir proyectos anónimos del monumento ó gran pedestal. Su idea fué y es que este revelase en todo tiempo el adelanto de las artes en nuestro siglo.

Nueve proyectos concurren al certámen. Sometidos á la Academia de Bellas Artes de Cádiz, esta, previo el informe de su comision de Arquitectura, ha aprobado tres de ellos, mereciendo la calificacion de primero de todos aquel cuyo proyecto presentamos hoy á los lectores de LA ILUSTRACION.

Su autor es el distinguido académico de la de San Fernando y profesor de perspectiva y paisaje en la escuela de Cádiz, Don José María Avrial. Este apreciable artista, al elegir para su proyecto el gusto del renacimiento, si bien ha adoptado las proporciones del orden corintio, no se ha creído en ningun caso obligado á copiar servilmente al vignola: así que, sin alterar las proporciones, ha variado los detalles y la ornamentacion cuanto cumple á dar al monumento el carácter que se propuso.

No se ha permitido sin embargo licencias arbitrarias. Lejos de eso, todas las variantes que se hallan, estan sancionadas por la práctica y las grandes autoridades de Juan de Arfe, de Juan Badajoz, de Alonso Berruguete, de Gaspar Becerra, de Pedro Gumiel y de otros insignes artistas del siglo decimosesto, cuyas obras, segun se ve, ha estudiado profundamente y en la superior inteligencia que revela el proyecto.

Con el ejemplo de estos varones ilustres en la historia de las artes españolas, ha disminuido los vuelos de las cornisas, en atencion á lo reducido del espacio que se ha destinado al monumento. En lo demás se ha sujetado al gusto del siglo decimosesto, que entre los buenos es el que mas se acerca al carácter arquitectónico de la catedral de Cádiz, delante de cuya puerta parece que deberá colocarse.

Se elevará sobre un basamento general que deje su asiento á nivel dos pies de elevacion en la parte mas baja del terreno. Habrá escalinatas en los cuatro frentes: la verja que en el alzado está interrumpida, deberá ser corrida por los cuatro lados con puertas sobre las escalinatas. Tendrá pedestales con candelabros en los cuatro ángulos.

Acerca de las formas del proyecto nada hay que explicar, porque cumplidamente se manifiesta en el grabado. Solo hay que advertir que en tres de los pórticos se colocarán en figuras de alto relieve las tres virtudes teologales, y en el cuarto que corresponde al lado opuesto al de la Caridad que el grabado representa, se pondrá una inscripcion.

En los zócalos y entre arabescos propios del estilo del siglo decimosesto ó del renacimiento se pondrán debajo de las dichas tres virtudes escudos con los blasones de Cádiz, del cabildo eclesiástico y del particular del prelado ilustre á quien se dedica el monumento. En el zócalo debajo de la inscripcion, en lugar del escudo y de los arabescos, se deberá poner otra menos importante, ó bien arabescos análogos á los otros.

En los cuatro ángulos, sobre pedestales circulares, se pondrán estatuas que representen las cuatro virtudes cardinales, siendo las que se ven en el grabado la Justicia y la Fortaleza: la Prudencia y la Templanza estaran en los ángulos opuestos.

Los frisos, así como las molduras, serán enriquecidas con talla del carácter de la época, no de otra.

Tal es en resumen el monumento del Sr. Avrial, digno de su alta reputacion y de sus no vulgares conocimientos en la materia.

La belleza, grandiosidad y la riqueza del monumento, el buen estilo que ha elegido su autor, y lo filosófico de representar la fé, la esperanza y la caridad, la templanza, la prudencia, la fortaleza y la justicia, virtudes en que tanto se distinguió el difunto prelado, formando parte del pensamiento y manifestando que por ellas se elevó este varon á recibir tal premio por sus méritos, revelan las prendas eminentes del artista.

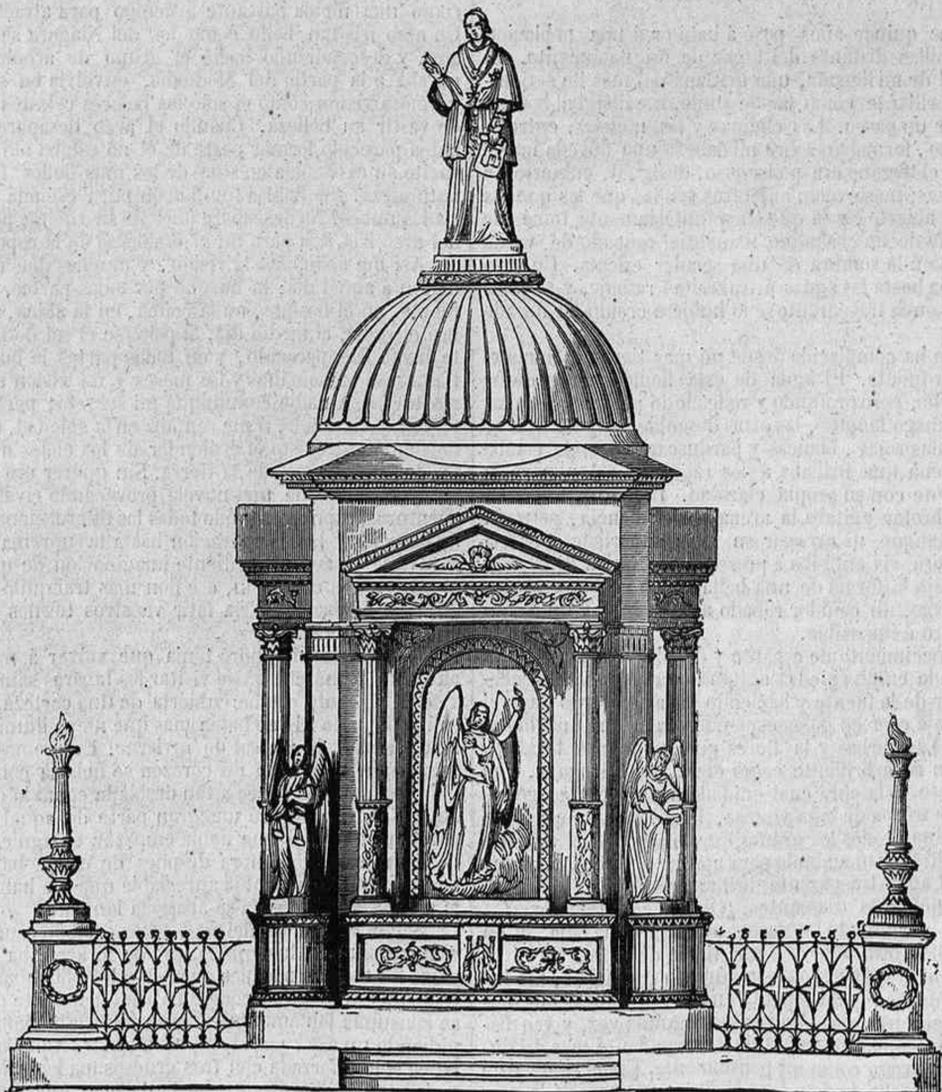
La ereccion de este monumento honrará seguramente á Cádiz, así como desde luego honra al Sr. D. José María Avrial por haberlo concebido.

REVISTA UNIVERSAL.

Durante la permanencia del príncipe Gortschakoff en la pequeña Valaquia, ha avanzado el ejército que se halla frente á Kalafat, habiendo dicho príncipe traído en refuerzo de este cuatro regimientos de infanteria, dos de caballeria y tres baterias. El tiempo lluvioso que sobrevino al principio de febrero y que causó la salida de madre del Danubio, y de la cual los turcos se aprovecharon para inundar aun mas todo el terreno alrededor de Kalafat, ha impedido á los rusos emprender cualquier ataque ulterior, habiendo sido diferido este hasta la

entrada del buen tiempo. En Widdin y sus cercanias se hallan actualmente 60,000 turcos al mando superior de Ismail bajá. El gobernador de Kalafat es Achwed-bajá, y Sami-bajá manda en Florentin, punto situado al norte de Widdin, sobre la orilla derecha del Danubio, desde el cual amenaza la retaguardia de los rusos, por cuya razon el general ruso Bellegarde se halla apostado en observacion de aquel. El segundo cuerpo del ejército turco, es decir, el centro del ejército del Danubio, está á las órdenes de Mustafá-bajá, que tiene su cuartel general en Listiw; el tercer cuerpo de ejército ó el ala izquierda de toda la posicion, tiene su cuartel general en Karassu sobre el Transjanswall, y está mandado por Halil-bajá.

El baron Kisseleff, el embajador ruso en París, abandonó París el 6 de febrero y llegó á la mañana siguiente á Bruselas. Antes de su partida tuvo como particular una audiencia con el emperador, cuyas palabras, dicen, le han enternecido hasta verter lágrimas. Sobre el número de que se compondrá la expedicion, que en vista de la contestacion negativa del emperador Nicolás deben estar ya embarcándose, no se sabe aun nada de fijo, y debemos por tanto esperar hasta que se tengan datos oficiales sobre el particular. Como general en jefe de ella se designa ahora al ministro de la guerra general Arnaud. Lo cierto es que los armamentos de tierra y mar son tales que dan motivo á creer sean preparativos para obrar enérgicamente. El capitán inglés Tucker, que con el *Caradoc* debía partir para Constantinopla, ha tenido que esperar hasta el 2 de febrero la llegada del coronel inglés de ingenieros sir John Bourgayne,



Proyecto de monumento á la memoria de D. Fray Domingo de Silos Moreno.

con el que tuvo el emperador antes una conferencia en París. Igualmente han partido con el *Caradoc* el director de ingenieros de París, el coronel francés Arbant con otros muchos oficiales de ingenieros.

Los armamentos marítimos de los ingleses son muy considerables. El gobierno piensa en construir un vapor con 200 á 250 cañones, á imitación del vapor *Himalaya*, construido por un particular y que es de 10,000 toneladas, habiéndose demostrado de esta suerte la fácil movilidad de estos colosos nadadores. Nadie ha dudado aun de la gran superioridad de la escuadra inglesa, máxime después de que el exámen hecho ha dado por resultado que á lo menos una gran parte de los vapores mercantes puedan transformarse fácilmente en buques de guerra.

Una estraña impresion ha causado en Inglaterra la noticia de que la estación francesa en el Pacífico ha tomado posesion del grupo de islas llamado Nueva-Caledonia, al occidente de Nueva-Sur-Gales. Dicen que estas islas son tambien muy abundantes en oro, y así es que la Inglaterra adquiriria un peligroso rival de la Australia, que no le puede gustar mucho.

El empréstito turco ofrece en este momento algunas mas esperanzas de efectuarse, solo que los acreedores exigen como prenda el tributo egipcio. Ha salido de Londres un comisionado para obtener del gobierno turco la aprobacion de esta proposicion.

—El gobierno inglés ha alquilado varios vapores-correos de la línea de Cunard, para el transporte de 10,000 hombres, y entre estos la primera brigada de la guardia real. Durante el mes de marzo han de embarcarse para Constantinopla en todo veintidos regimientos, y solo diez regimientos con la brigada de cazadores han de permanecer en Inglaterra.

—Se espera la celebracion de un convenio con la compañía general de vapores de hélice, para establecer cada dos meses un correo á la Australia. Si llega á efectuarse, saldrá el 4 de abril el nuevo buque de aquella compañía llamado el *Toison de oro* de 2,000 toneladas.

ASTRONOMÍA Y METEOROLOGÍA.

—El barómetro ha llegado el 27 de enero á un estado tan bajo, como no acostumbraba de muchos años á esta parte; v. g. en Munster (Alemania) llegó á 343 líneas bajo cero á las 10 de la mañana; en Cracovia á 333 á las doce de la noche; en Königsberg (Prusia) á 342 á las ocho de la noche; en Praga (Bohemia) 336 á las 10 de la noche; en Dessau (Alemania) á 344 á las 12 del día; en Munich (Baviera) á 325 á las once de la mañana; en Viena á 337 á las diez de la noche. Seria muy interesante marcar en adelante, de hora en hora, las variaciones del barómetro en los dias en que tenga un estado sumamente alto ó bajo, para poder determinar, en qué tiempos y en qué puntos se presente el máximum ó mínimum absolutos de la presión del aire.

El cometa de Bruhn, descubierto en setiembre del año próximo pasado, y que se volvió á encontrar felizmente en diferentes observatorios hácia fines de noviembre, escita actualmente un interés general por la semejanza de su órbita con la del cometa observado por Tycho de Brahe en el año de 1582.

LA VISION DE LA FUENTE.

TRADUCCION DEL INGLÉS.

A la edad de quince años pasé á habitar á una poblacion mas de cien millas distante del lugar de mi nacimiento. El día siguiente al de mi llegada, una mañana del mes de setiembre, cálida y brillante como las de junio, me dirigí al bosque inmediato á dar un paseo. Las encinas y los nogales, entrelazando sus ramas, formaban sobre mi cabeza una bóveda impenetrable al sol: el terreno era pedregoso, desigual, cubierto de abrojos y malezas; no se veían allí otras sendas que las que las bestias habian abierto, y la que involuntariamente tomé me condujo al borde de un cristalino manantial rodeado de verde césped y situado á la sombra de una secular encina. Un rayo de sol pene raba hasta las aguas á través del ramaje, y al verle jugar en la onda trasparente se le hubiera creído un dorado pececillo.

Siempre me ha complacido desde mi mas tierna infancia el contemplar una fuente. El agua de esta llenaba un estanque circular, estrecho, pero profundo y rodeado de piedras; las unas revestidas de musgo fangoso, las otras descubiertas y de colores variados. Habíalas rojas, blancas y parduscas. El fondo estaba cubierto de arena que brillaba á los rayos del sol y parecia iluminar la fuente con su propia claridad. Habia un lugar en que el agua al brotar agitaba la arena con violencia, pero sin enturbiar el estanque ni arrugar su tersa superficie. Parecia que una criatura viviente iba á presentarse; quizá la náyada de la fuente bajo la forma de una bella jóven con una túnica de húmedo musgo, un ceñidor robado al arco iris, y un semblante frio, puro é impasible.

¡Qué estremecimiento de espanto y de placer al aspecto de la náyada sentada en una piedra agitando sus blancos piecitos en el herbor de la fuente y haciendo saltar en torno suyo el agua que volvia á caer en gotas esplendorosas como una lluvia de diamantes! Las yerbas y las flores que sus manos tocaban, cubriáanse de un rocío brillante como el de la madrugada. Ved cómo poniéndose á la obra cual cuidadosa aldeana recoge las hojas secas, los trozos de leña viscosa, las bellotas que habian caído de la encina, todos los granos que dejáran en el agua los animales que allí habian acudido para apagar su sed, hasta que en el fondo del agua transparente brillan los átomos de arena cual si fuesen finisimos diamantes. ¡Qué haceis temerario?... Os acercais, y el ruido de los pasos asustó á la náyada, y en su lugar no hallais otra cosa que una lluvia de estío.

Recostado en el césped como la húmeda divinidad, me inclino sobre la fuente, y de repente en su espejo otros dos ojos se encuentran con mis ojos. Me inclino segunda vez, y veo distintamente otro semblante detrás de mi semblante mas distinto, y no obstante vago como mi pensamiento. Era el semblante de una jóven doncella de dorados cabellos: me pareció la verdadera imagen de lo que seria una fuente si á la cálida claridad del sol tomase de improviso la forma de una mujer. A tra-

vés del colorido de sus mejillas distingo las hojas secas, los ramos mohosos, las bellotas y la arena brillante. El rayo del sol juguetea en sus áureos bucles formando una aureola luminosa en torno de aquella cabeza encantadora.

No bastan mis palabras para dar una idea de esta repentina aparicion en la fuente, ni de su súbita desaparicion, después de la cual el manantial pareció desconsolador. Respiré, y la aparicion estaba allí; detuve el aliento para mejor contemplarla, y habia desaparecido! ¿Se habia desvanecido, ó acaso se habia retirado?... Entonces llegué á dudar hasta de su misma aparicion.

Queridos lectores, qué hora pasé tan llena de ensueños deliciosos en el lugar donde me habia dejado esta vision! Sentado y en una inmovilidad completa, esperé largo tiempo que acaso volviera á aparecer de nuevo, temiendo asustarla por el movimiento mas insignificante, por el ligero ruido de mi alterada respiracion. Así muchas veces al despertar de un agradable sueño, he permanecido inmóvil esperando que volviese. Profundas fueron mis meditaciones sobre la esencia y cualidades de esta vision etérea: ¿la habria creado yo mismo? ¿Era hija de mi imaginacion, hermana de esas fantasmas estrañas que de noche aparecen á los niños cuando entreabren sus párpados? ¿Era posible que su belleza me hubiese entusiasmado en un momento, y desaparecido para siempre en el instante inmediato? ¿Seria quizás la ninfa de la fuente, ó una maga, una divinidad de los bosques que colocada detrás de mis espaldas habia venido á contemplarse en los cristales? ¿O tal vez la sombra de alguna jóven que burlada en sus amores habia conducido el amor desesperado al estremo del suicidio? ¿O una amable doncella, una doncella de apasionado corazon, á quien no puede hacer disolverse en humo la presión de un tierno abrazo que se hubiese deslizado detrás de mí y hubiese dejado caer su bella imagen en la fuente cristalina?

Esperé largo tiempo con ansiedad; pero la vision no volvió, y me retiré: en la tarde del mismo día me dirigí de nuevo á la fuente atraído por un encanto mágico: el agua brotaba, la arena brillaba á los suaves rayos del sol; pero la vision no estaba allí: solo habia una disforme rana, ermitaño de aquella soledad, que ocultó inmediatamente su abigarrada cabeza debajo de un peñasco, procurando hacerse invisible, sin presumir que dejaba al descubierto sus dos largas patas rayadas. Me pareció que aquella rana me habia dirigido una mirada diabólica, y estuve á pique de espantarla, tomándola por el encantador que tenia cautiva en la fuente á la misteriosa beldad.

Triste y con el corazon oprimido, volví á emprender el camino de la aldea. Entre el campanario de la iglesia y yo se elevaba una pequeña colina coronada por un grupo de árboles aislado del resto del bosque, iluminado al Oeste por los rayos del sol, y proyectando al Este su sombra solitaria; el día estaba ya muy avanzado; la claridad del sol y la oscuridad de la noche se fundia en una especie de pálido resplandor: quizá los genios del Día y de la Noche, encontrándose debajo de aquellos árboles, estaban estrechamente abrazados como dos hermanos. Mientras que yo admiraba la belleza del paisaje, una jóven salió de entre el grupo de encinas. Mi corazon la reconoció al momento: era mi vision; pero me pareció tan vaporosa y tan etérea, tan estraña á las cosas de la tierra, tan penetrada del místico resplandor del lugar en que se hallaba, que mi corazon se oprimió mas de lo que estaba. ¿Cómo podria jamás acercarme hácia ella?

Mientras la contemplaba, un fuerte chaparron empieza de pronto á acudir el follaje, la atmósfera se llena instantáneamente de claridad; cada gota de agua se apoderaba al caer de una partícula del brillo del sol, y esta oda benéfica apareció como una niebla bastante á tiempo para atraer esta claridad. Un arco iris tan bello como los del Niágara se proyectó en el aire, y descendiendo hácia el grupo de árboles al punto que miraba á la parte del Mediodía, envolvía en sus vapores á mi hermosa vision como si solo los colores celestes fuesen dignos de vestir su belleza. Cuando el arco desapareció, la que me habia parecido formar parte de él no estaba allí: ¿habriase disuelto su existencia en uno de los mas bellos fenómenos de la naturaleza? ¿Se habria fundido en pura esencia en aquellas variadas nubes? No desesperé pues de su vuelta; porque revestida del arco iris, era para mí el emblema de la esperanza.

Así me abandoné la vision, y muchos dias de pesar sucedieron á aquel día: la busqué por todas partes, á la orilla de la fuente, en el bosque, en la colina, en la aldea, al amanecer sobre el rocío, al medio día, al ponerse el sol donde mágicamente habia desaparecido, y en todas partes la buscaba en vano. Pasáronse las semanas y los meses y mi vision ni volvió mas á mostrarse. A nadie comuniqué mi secreto; pero andaba errante y desconcertado, ó me sentaba en la soledad, como aquel que habiendo entrevisto el esplendor de los cielos no puede disfrutar de ningun goce de la tierra. Sin querer era á la vez el autor y el heroe de una novela provocando rivales, inventando aventuras, experimentando todas las fluctuaciones del amor desde los celos y la desesperacion hasta la suprema felicidad. ¡Ah! si tuviese yo aun mi ardiente imaginacion de quince años con el poder de la expresion, ese don mas tranquilo de la edad madura, mi relacion haria latir vuestros tiernos corazones, mis amables lectores.

A mediados de enero tenia que volver á mi casa, y el día antes de la marcha quise visitar los lagares santificados por mi vision: la fuente estaba cubierta de una corteza de hielo y en la colina del arco iris no habia mas que nieve iluminada por la pálida claridad de un sol de invierno. Esperemos, dije para mí, porque sin esperanza mi corazon se helaria como la fuente, y toda la tierra me parecia tan desolada como la colina sepultada bajo la nieve. Empléé una gran parte de aquel día en los preparativos del viaje que debia empezar el siguiente á las cuatro de la mañana. Una hora después de cenar bajé al salon para despedirme de la familia apreciable que me habia hospedado, y al atresvar la antesala se apagó la lámpara.

Segun costumbre del pais, todos estaban reunidos en aquella estancia sin otra luz que la que de sí arrojaba la chimenea, y como los escasos posibles de la casa les obligaban á tratarse con economía el fuego se componia principalmente de cascá (1) que se consumia lentamente entre sí desde la mañana á la noche espidiendo un calor pesado pero sin arder. Aquella noche la cascá habia sido reforzada con tres gruesos maderos de roble húmedo y algunas astillas de pino bastante seco, á las que aun no habia

llegado el fuego: no habia mas resplandor que el que de sí arrojaban dos ó tres tizonas á medio consumir y que no tenian suficiente fuerza para iluminar ni aun los morillos. Pero yo sabia muy bien dónde se hallaba el sitio que solia ocupar el amo de la casa; sabia tambien dónde se sentaba su mujer á hacer calceta, y cómo habia de hacer para no tropezar con sus dos hijas, una de ellas alta y rolliza campesina, y la otra débil y enferma. Resbalándome en la oscuridad encontré mi puesto acostumbrado al lado de su hermano, sabio *in fieri* que acababa de llegar del colegio á pasar las vacaciones del invierno, y observé que aquella noche habia menos espacio entre la silla del colegio y la mia.

Como todos somos generalmente taciturnos en la oscuridad, nadie hablaba una palabra, y el único ruido que interrumpia el silencio era el monótono sonido de las agujas de la digna madre de familia. A veces el fuego arrojaba un triste y corto resplandor que reflejaba en los anteojos del anciano; pero era demasiado débil para distinguir los rostros que componian nuestra reunion, que parecia compuesta de fantasmas.

Esta mediatubunda escena ¿no podria dar una idea de la manera con que volverán á verse en la eternidad los que se han conocido en este mundo? No era la vista, ni el oido, ni el tacto; era una especie de conciencia intima la que nos revelaba la presencia de nuestros compañeros: ¿no sucederá lo mismo en el imperio de los muertos?

La jóven enfermiza rompió el silencio para dirigir una observacion á una persona á quien llamó Raquel. Una sola palabra respondió; pero aquella palabra me hizo estremecer, y me incliné hácia la parte de donde procedia. ¿Habia ya oido aquella voz dulce y sonora? Y si no la habia oido, ¿por qué despertaba en mí tantos recuerdos ó fantasmas de recuerdos, fantasmas de cosas familiares y no obstante desconocidas? ¿Por qué llenaba mi imaginacion con la idea confusa de las facciones á que pertenecia, aun cuando aquellas facciones permaneciesen sepultadas en las sombras del salon? ¿A quién habia reconocido mi corazon para palpar así?... Presté atencion para oír aquella dulce respiracion, y me esforcé por la intensidad de mi mirada á representarme semblante que me era imposible distinguir.

De repente el pino se prendió y se elevó una llama rojiza; y allí dónde un momento antes no habia mas que tinieblas vi... *Mi vision de la fuente.* Espiritu radioso que se habia desvanecido como el arco iris, se me presentaba de nuevo al resplandor de la llama quizá para desaparecer después de haber brillado un instante con ella. La sonrosada mejilla estaba animada, y sus facciones me parecian mas tiernas aun que las que tan grabadas tenia en mi memoria. Me conocia; nuestras miradas se encontraron un momento, y un momento después la llama cesó, y las tinieblas me arrebataron aquella hija de la luz para no volvermela jamás.

Hermosas lectoras, nada mas tengo que deciros; solo sí aclararé el misterio añadiendo que Raquel era hija del mayorazgo del pueblo; que habia dejado el campo para ir al colegio el día siguiente á mi llegada, y no habia vuelto hasta la vispera de mi marcha. La he convertido en ángel, como hace todo hombre con la mujer que adora; y la esencia de mi historia es que hay muy poco que hacer, jóvenes hermosas, para trasformaros de pronto en unos ángeles.

MÚSICA Y TEATROS.

En París se va á erigir, segun se dice, un nuevo teatro para el pueblo llamado de la *Virtud*, bajo los auspicios del alto clero y de las autoridades.

—Sobre Meyerbeer y su nueva ópera se escribe de París lo siguiente: A mas de la cuestion oriental y de la Cruvelli (cantatriz) es para todos los parisienses que tengan inteligencia (¿y cuál es el parisiense que no la tenga?) Meyerbeer, el nombre que pronuncian todos los labios. El 28 de enero debia ponerse en escena la nueva ópera de este célebre compositor, la *Estrella polar*, cuya música, sea dicho de paso, no es una mera repeticion del *Campamento en la Silesia*, segun algunos han asegurado. Cuán increíbles y elevadas deban ser las esperanzas que los parisienses han concebido de esta nueva obra, prueba el hecho siguiente: Una butaca en la ópera cómica, pues aquí es donde se ha de ejecutar, se pagó de 200 á 300 francos, y un palco de 1,000 á 1,500 francos. Dígase ahora que los franceses no son fanáticos por la música, y máxime por la música de un compositor nacido en Alemania! No hay duda de que Meyerbeer ha contraído grandes méritos por el arte musical en Francia. Ha elevado el poder de la orquesta á una altura ni siquiera sospechada anteriormente; ha logrado los efectos mas admirables en union con la expresion dramática. La posicion de Meyerbeer en París es tan influyente como distinguida; de suerte que su nombre se pronuncia á la par del de Rothschild. De aquí se quiere sacar la consecuencia, y esto nos parece algo problemático, que el elemento alemán prevalece en la capital de la Francia en un grado que nunca ha tenido hasta ahora.

—En el teatro Real de Turin ha habido algunos disturbios muy grandes. Los espectadores, impacientes con lo poco que dicho teatro hace, prorumpieron en un espantoso ruido. El cueztor quiso restablecer el órden en nombre de la ley, pero su voz fué apagada por el tumulto. Hubo precision de cerrar el teatro, y en adelante se abrirá solo cuatro veces en la semana en lugar de que antes estaba abierto diariamente.

—El señor Wagner, uno de los compositores alemanes mas célebres de la actualidad, se ocupa en componer una ópera que necesita tres noches para su representacion. Ha tomado el argumento del *Canto de los Niebelungen* (poema antiquísimo alemán que trata de la antigua y fabulosa historia de dicho pais), y ha escrito él mismo la letra, segun acostumbra. Wagner ha alcanzado de este modo tanta fama por la vena poética que prevalece en la letra de sus óperas, como por la belleza de su música. Su ópera el *Tannhäuser* ha sido últimamente representada 25 veces seguidas en Hamburgo, y siempre con un lleno completo.

—Dícese que Listz ha sucumbido, igual á otro gran pianista, á la tentacion de escribir una ópera que se pondrá pronto en escena en el teatro de Waimar. El libreto es de la pluma de un eminente personaje, cuyo nombre es desconocido. El título es *Fausto*.

—La capilla del rey de Prusia se compone de 168 artistas á cuya cabeza se halla Meyerbeer, con el carácter de maestro director de capilla.

(1) El desperdicio del tanino después de usado en las tenerias.

—El concierto monstruo de Mr. Sommer (un alemán), que hace poco tuvo lugar en el edificio de la gran exposición de Dublin (Irlanda), fué un triunfo completo tanto por la concurrencia como por el arreglo musical. Se calcula el número de las personas que han asistido á él, en 15 ó 16,000, que se componen de todas las categorías y clases de la sociedad de Dublin, habiéndolo honrado con su presencia el lugar-teniente de Irlanda y la condesa de San Germans.

En Oldenburgo (Alemania) se ha representado un drama nuevo y alemán, intitulado *Felipe II y Antonio Perez*; su autor es el señor Gutzkow.

—El día del nacimiento de Mozart, el 27 de enero, ha sido celebrado en Frankfurt sobre el Main con la representación de la ópera suya, *Tito*, con pródiga iluminación, magníficas decoraciones y gran aplauso del numeroso público.

—En Florencia ha debutado un nuevo barítono en la ópera de Verdi *Attila* y ha hecho gran furor. Rossini designa su voz como la mas hermosa que jamás ha oído. El director de dicho teatro le ha contratado para varios años, y solo le hace tomar algunas lecciones en la mímica, para que sea tan buen actor como cantante.

EL MARISCAL PASKEWITSCH,

PRÍNCIPE DE VARSOVIA.

En el número 239 hemos presentado el retrato de este célebre guerrero á la par que eminente hombre de estado: hoy vamos á trazar un bosquejo de su biografía, no dudando será leída con especial interés, particularmente en las presentes circunstancias que atravesamos.

El mariscal Paskewitsch nació en Poltowa dia 8 de mayo de 1782: fué, siendo aun muy jóven, enviado por su familia, una de las mas distinguidas y opulentas de la Rusia menor, al colegio ó seminario de Pajes para recibir allí su primera educación, á cuyo instituto envían con este objeto todas las mas principales familias rusas á sus hijos. Los progresos que el jóven Paskewitsch hizo en este establecimiento fueron tan extraordinarios, que después de su brillante exámen final fué nombrado teniente de la guardia imperial, y ayudante del emperador Pablo. La primera campaña suya fué la de 1805 contra las huestes del Capitan del siglo: dos años mas tarde marchó al ejército que se hallaba sobre las fronteras de la Turquía, en donde permaneció desde 1807 hasta 1812, tomando parte en todos los combates y batallas, alcanzando con su espada los sucesivos ascensos. Su habilidad particular que supo desplegar en el complicado campo de las negociaciones diplomáticas, fué el motivo de que su gobierno le enviara en diferentes ocasiones con negocios diplomáticos de alta importancia á Constantinopla. En su último viaje á esta capital llegó á saber por casualidad que los turcos le tenían por espía, y que se proponían quitarle la vida. El peligro era inminente, pues entre los fanatizados musulmanes no era fácil hallar una salvaguardia. Tomó el partido de alquilar un pequeño bote de cuatro remos, y entregado á dos marineros dueños del mismo, atravesó en esta frágil barquilla gran parte del mar Negro de suyo harto peligroso, y arribó felizmente en Varna. Aquí dió á entender al pachá de la plaza, que habia sido ajustada la paz, y que marchaba al campamento ruso como portador de la noticia de tan feliz suceso. De este modo logró el capitan Paskewitsch que entonces contaba escasamente 29 años de edad, y con su presencia de espíritu, escapar á una muerte segura. En 1809 fué promovido á coronel, encargándosele el mando del regimiento de infantería Witepsk, y al propio tiempo obtuvo la condecoración del orden de San Jorge de tercera clase, distinción que muy raras veces adornaba el pecho de un coronel al servicio de la Rusia. Un año después ascendió á Mayor General, en cuya calidad asistió á la campaña siguiente, en la cual se distinguió tanto, que ya entonces se pudo conocer en él que con el tiempo habia de ocupar un lugar preferente entre los grandes capitanes del mundo. En donde quiera que el peligro era mas eminente veíase de seguro á nuestro Paskewitsch. Al avanzar los franceses contra Moscú no se separaba un momento de la retaguardia, y al retirarse estos persiguiéndolos hasta la frontera, marchaba siempre en vanguardia. En Borrodino perdió hasta tres caballos; y como en la batalla de Leipsik desplegara una extraordinaria bravura, fué nombrado sobre el campo de batalla y por el emperador mismo, teniente general. A la cabeza de la segunda division de granaderos distinguióse tambien muy ventajosamente en Arcis-Sur-Aube, y sobre la altura de Belleville y de Paris. Así permaneció constantemente en servicio activo hasta el tratado de paz de 1815. Dos años después acompañó al gran Príncipe Miguel á un viaje que este hizo por todo el imperio ruso y por la Alemania, y á su regreso se le confirió el mando de una division de infantería de la guardia imperial.

En 1826 invadió el Shah de Persia, hollando los tratados existentes, repentinamente el territorio ruso, después de retener en clase de preso al príncipe de Mentschikoff, el cual se le habiapresentado en calidad de ministro plenipotenciario para anunciarle el advenimiento al trono de las Rusias del emperador Nicolás. Desempeñaba en aquella época el cargo superior militar de la Georgia el general Yermoloff. Sorprendida esta autocracia con la súbita irrupcion hostil de los persas, y no concepiéndose suficiente para hacer frente á las circunstancias extraordinarias, suplicó al emperador le enviase un general resuelto, para que cooperase á rechazar aquella agresion. El emperador nombró al efecto á Paskewitsch, el cual sin pérdida de momento se puso en marcha con un cuerpo de ejército. En 13 de setiembre acometió con toda decision al príncipe Abbas-Mirza, el cual sin pérdida de momento se puso en marcha con un cuerpo de ejército. En 13 de setiembre acometió con toda decision al príncipe Abbas-Mirza; y aun cuando Paskewitsch tan solo contase con 4,000 hombres, logró derrotar al príncipe persa que se hallaba al frente de 15,000 hombres de infantería regular, y 20,000 ginetes, todos perfectamente organizados, equipados, é instruidos, y en cuyas filas habia muchos oficiales ingleses. La victoria de los rusos fué completa, siendo el inmediato resultado la toma de muchas piezas de artillería, banderas, gran parte del convoy de víveres y pertrechos, y de 1,500 prisioneros. Se apoderaron asimismo por asalto de dos campamentos atrincherados del enemigo, y pusieron á salvo las provincias Karabah, Schirwan y Schekinsk, que habian sido

devastadas por la soldadesca persa. Satisfecho con esta primera victoria, debida á un denuedo singular, y que casi rayaba en temeridad, circunscribióse el general Yermoloff en hacer perseguir lentamente á los persas por Paskewitsch, disposicion que disgustó á este muchísimo, mayormente cuando ya hasta se habia lanzado dentro de territorio persa. Exonerado Yermoloff del mando superior, le reemplazó Paskewitsch; pero como desgraciadamente se verificó este nombramiento á la entrada del invierno, fué menester suspender las operaciones hasta la buena estacion. Apenas se habia presentado esta, cuando ya comenzaron de nuevo las hostilidades, y en mayo se habia apoderado Paskewitsch del convento de Etschmiadsinn. En seguida pasó el ejército ruso las cordilleras de Akzibuk y Bezobdal para emprender el sitio de la plaza de Abbas-Abad. Ya habia empezado el bombardeo, cuando Paskewitsch recibió la noticia de que Abbas-Mirza venia á marchas forzadas con 16,000 hombres en socorro de la plaza. Sin abandonar el sitio, marchó el caudillo ruso al encuentro del enemigo con parte de sus tropas, y después de haber pasado el rio Araxes tropezó con el enemigo que ocupaba una fuerte posicion. Mas verle y acometerle fué una misma cosa; y como lo hiciera con tanta decision y arrojo, le derrotó tan completamente, que Abbas-Mirza tuvo que buscar su salvacion en una precipitada huida, no parando, y con él todo su ejército, hasta llegar á Djevan. El victorioso Paskewitsch á su vez volvió á la plaza sitiada de Abbas-Abad, y la obligó á rendirse á discrecion.

En 15 de setiembre del mismo año asedió Paskewitsch la fortaleza de Sarchar-Abad, defendida por Hassan-Khan, uno de los mas esforzados generales del ejército persa, y el 20 del mismo, es decir al cabo de cinco dias, ya habia intentado la guarnicion de abandonar la plaza, aterrada con la brecha que la artillería rusa logró abrir. Efectivamente, aprovechándose de la oscuridad nocturna, quiso escabullirse con sus persas; pero siendo operacion asaz árdua de burlar la vigilancia de los puestos avanzados rusos, fueron al instante atisbados. Precipitose Paskewitsch sobre los fugitivos, que fueron casi todos pasados á cuchillo, mientras que la ciudadela misma sucumbió al asalto de los rusos. Sin pérdida de tiempo se presentó delante de Eriwan, y después de un sitio rigurosísimo y tenaz, entró el sexto dia triunfante en la ciudad. A esta rendicion siguió la de Tauris, así como la de Khoi, Alandjik y Aderbidjan. Humillado ya con tan repetidas derrotas y percances, rogó el indómito Abbas-Mirza se le escuchara para concertar proposiciones de paz. Principieron á entablarse estas en 5 de noviembre de 1827 en Dei-Karghan; pero el sagaz príncipe persa hallaba mil subterfugios para diferir un tratado definitivo de paz, en términos que el dia 7 de enero de 1828 nada habia aun resuelto. Esta conducta ignominiosa exasperó al muy recto y justificado general ruso, y habiendo ya perdido la paciencia, volvió á emprender las hostilidades sin hacer caso de que se hallaba en medio del invierno, y después de haberse apoderado de las ciudades Urmia, Maraga y la plaza fuerte de Arbehchi, marchó en derechura sobre Teheran, capital de la Persia, en donde reinaba la mayor agitacion, y sobre todo se habia estremecido el Shah Fet-Ali de manera, que presuroso envió al encuentro de Paskewitsch mensajeros de paz con ámplios poderes. Verificóse efectivamente esta vez el tratado, en virtud del cual se hizo la Rusia con las provincias Eriwan y Nakitschwan y una contribucion de 20 millones de rublos. Paskewitsch á su vez, como testimonio de íntimo agradecimiento, recibió de su emperador el título de conde Eriwanski, y además un donativo de un millon de rublos.

De allí á poco estalló la guerra con la Turquía. La situacion de Paskewitsch llegó á ser muy difícil y crítica, puesto que para observar las provincias conquistadas y tener en freno á los persas con fuerzas suficientes, se vió obligado á fraccionar su ejército. Pero la carencia de fuerza numérica vino á sustituir su génio y perspicacia. Abrió la campaña en el Asia menor con solo 18,000 hombres, campaña que fué calificada como obra maestra de talento militar. El dia 15 de junio de 1828 destruyó bajo el fuego de la artillería de la plaza de Kars un cuerpo de 5,000 ginetes de caballería turca, obligando el 23 siguiente á la plaza, que hasta entonces habia sido considerada como inenquistable, á una capitulacion, y en momentos que ya venian marchando 15,000 hombres de tropas turcas en su socorro. La ciudadela de Achalkalaki, Kentvis y Poti cayeron igualmente en poder de los rusos, y las conquistas habrian continuado en tan asombrosa escala, si no hubiera estallado en las filas del ejército ruso la peste, este terrible azote del Oriente, y solo á las acertadas disposiciones dictadas por el general en jefe se debió la conservacion del ejército. En primeros de agosto dejaron los rusos Achalkalaki, para ir á sitiar la formidable y perfectamente entretenida plaza de Achalzik en el Asia menor. Para llegar allí fué menester pasar unas montañas sumamente fragosas, sin camino alguno, y las cuales no habia hasta el presente nadie osado franquear. El transporte de la artillería se verificó á brazo salvando escarpadas alturas y terribles simas; pero gracias á la extraordinaria decision y constancia del general en jefe, superáronse todos los obstáculos, considerados hasta entonces como invencibles, y el dia 5 de agosto se pudo ya proceder al reconocimiento de la plaza. Ocupados los rusos en ir disponiendo un sitio formal, se presentó un ejército turco de 30,000 hombres; mas como Paskewitsch acometiese con su acostumbrado ímpetu á los turcos, que ni remotamente esperaban tan súbito ataque, causóles una completa derrota, huyendo todos ellos en vergonzosa dispersion hasta una distancia de 30 werst de la plaza, dejando hasta 2,500 prisioneros, 12 piezas de artillería y cuantiosos equipajes, en poder de los vencedores, los cuales emprendieron de nuevo y sin descanso alguno el sitio. La ciudad fué tomada por los rusos por asalto y á despecho de las excelentes obras defensivas guarnecidas con 15,000 hombres muy decididos; pero todo el denuedo no bastó, pues los rusos apoderáronse á la bayoneta al cabo de 12 horas y repetidos asaltos de todas las obras, rechazando á los turcos á sus últimos atrincheramientos, en donde capitularon por fin. Paskewitsch no quiso descansar, y poniéndose acto seguido en movimiento, conquistó á los pocos dias Atzkuro, Ardayhere, Bayazet, Toprak-Kali y el fuerte de Diachin. La pérdida de los turcos fué inmensa, y muy considerable el botín y número de prisioneros, habiendo al propio tiempo caido además casi toda la artillería en manos del vencedor. A principios de octubre regresó Paskewitsch á la Georgia, y su ejército se dispuso, á causa de que ya estaba encima la estacion rigurosa, á ocupar cuarteles de invierno.

Este período intermedio trataron los turcos de aprovechar. Separó el Sultan al Seraskier, y nombró general en jefe del ejército turco en el Asia menor á Salek pascha, general musulman de grandes dotes militares. Efectivamente parecian tomar los asuntos bajo la direccion de este hombre lleno de energía, un rumbo del todo satisfactorio. Con fabulosa rapidez supo reunir un ejército de 50,000 hombres, con el cual se propuso reconquistar las plazas ocupadas militarmente por los rusos. Mas Paskewitsch velaba con ojos de águila sobre los planes de su contrario, y haciendo marchar tres cuerpos de ejército, levantaron en seguida el sitio de Achalzik, operacion que los turcos habian emprendido con una extraordinaria ostentacion de fuerzas. Destruyeron los rusos todo el material de sitio, mientras que un cuarto cuerpo de ejército batió cerca de Limani al Pascha de Trapezunt. Con la entrada de la primavera de 1829 principió Paskewitsch á operar en mayor escala. Los turcos habianse otra vez adherido á su antiguo sistema de los campamentos atrincherados. El 19 de junio sufrió el Pascha una completa derrota, y su campamento ocupado con 20,000 hombres fué enteramente deshecho. A otro, mandado por Haki-Pas ha, no le cupo suerte mejor, y hé aqui el momento en que Paskewitsch se presentó delante de Hassan-Kali, á cuya plaza fuerte se habian refugiado el Seraskier y cuatro Paschas con considerables fuerzas. Una intimacion de entrega fué repulsada con desden y arrogancia, y esto sirvió de señal para emprender un asalto en Ten-Vagh, punto que cayó muy luego en poder de los rusos. Ahora es cuando empezó á decaer muy de veras el ánimo de los turcos, y la capitulacion se hizo sin gran pérdida de tiempo ni vacilacion en aquellos.

Esta importantísima conquista valió á Paskewitsch el ser condecorado con el orden de San Jorge de primera clase, distincion que solo él lleva en el ejército ruso. Fueron tomadas todavía una porcion de pequeñas plazas, y justamente iban á concentrarse todas las tropas rusas delante de Trapezunt, cuando se recibió la noticia de haber sido ajustada la paz entre la Rusia y la Puerta. El conde de Paskewitsch, después de terminada la guerra, fué ascendido á Feld-mariscal y regresó á la Georgia con el cometido de someter á las inquietas tribus de los Lesghinos, Eschenzenzeses y Ossetas, y de asegurar todo el Cáucaso contra las irrupciones de aquellas hordas salvajes. Penetró con sus batallones hasta las mas recónditas guaridas de esas tribus rebeldes, y sometióndolas bajo el cetro de la Rusia, afianzó con el establecimiento de un gran número de reductos la paz en aquellos hogares y llanuras adyacentes.

Ocupado con esto llegó la noticia de haber estallado la revolucion de Polonia. Confióse el mando superior del ejército que debia operar en este país sublevado al Feldmariscal Diebitsch. La historia de aquella guerra hasta el fallecimiento de este general conocida es. Su sucesor fué Paskewitsch, quien encargándose del mando el dia 14 de junio de 1831 en los campos de Pultusk, tomó en seguida las disposiciones oportunas para pasar con todo el ejército ruso el Vístula, operacion que se verificó en 10 de julio en Osseka. Pronto se hizo dueño de todas las principales comunicaciones con Varsovia, y en esta situacion invitó á los polacos á que se sometieran á fin de evitar el derrame de sangre; pero en vano. Celebróse en el cuartel general ruso un gran consejo de guerra, en el cual quedó resuelto de tomar á Varsovia por asalto. Era este un cometido sumamente árduo, puesto que las obras de fortificacion de la ciudad constaban de 73 reductos y lunetas, que establecidas en tres líneas pudieron apoyar y defenderse recíprocamente. El recinto de la plaza se hallaba además dotado de numerosa artillería y la guarnicion ascendia hasta 35,000 hombres. Estaba señalado el dia 27 de agosto para verificarse el asalto; mas como llegase á noticia de Paskewitsch que una parte de la guarnicion habia abandonado la plaza, procedióse al asalto ya en la madrugada del 25 de agosto. Diez horas no habian aun transcurrido, y ya se habian apoderado los rusos de todas las obras de la primera linea. Entre estas mereció una mencion especial la aldea de Wola, no tanto por lo bien fortificada que se hallaba, sino por su situacion tan elevada, por lo cual fué considerada de los poloneses como llave de toda la linea fortificada. En la mañana del segundo dia asaltaron los rusos la segunda linea, y aun se apoderaron de una parte de la ciudad, en la que se mantuvieron aquella noche. Todos estos ataques dirigió el héroe Paskewitsch en persona, encontrándose en donde quiera para animar y entusiasmar á sus soldados, y cuando el combate se hallaba en el período del mayor encarnamiento, recibió una fuerte contusion en el brazo izquierdo. Una sangria aplicada al momento, alivió mucho los dolores, y sin hacer ya caso de semejante percance, continuó Paskewitsch al frente de sus tropas. En 27 de agosto se retiró todo el ejército polonés á Modlin, después que á la bayoneta habian sido lanzados de todas sus posiciones, y los rusos entraron victoriosos en Varsovia.

El emperador elevó al conde de Paskewitsch á la categoria de príncipe bajo el título de Príncipe de Varsovia, y al propio tiempo le nombró Virey de Polonia, con el cargo simultáneo de gobernador civil, habiéndose dirigido todo su conato en curar las profundas heridas que la pobre Polonia habia recibido.

En su calidad de Feldmariscal, ó sea capitan general, se halla al frente del ejército activo, compuesto de tres grandes cuerpos de ejército. Dos son los regimientos que llevan su nombre, á saber: el primero un regimiento de Húsares número 10 le recibió después de la campaña de Persia; el segundo un regimiento de cazadores correspondiente á la novena division de infantería con el número 18, le obtuvo en 1835. Este regimiento fué organizado en 1810 por Paskewitsch mismo, no habiendo sido poca la sorpresa del benemérito guerrero, y súbdito fiel, cuando sin tener la mas remota noticia concedió el emperador á dicho cuerpo el nombre de Paskewitsch. Tambien el rey de Prusia quiso darle una prueba de su deferencia regalándole después de concluidas las tres campañas una espada preciosa, guarnecida de diamantes.

Las grandes recompensas y distinciones que el emperador confirió á su Feldmariscal después de la última campaña contra los insurgentes de Hungría son bien conocidos. Ultimamente le concedió el rey de Prusia como nuevo testimonio de su real aprecio la gracia de nombrarle Feldmariscal del ejército prusiano y jefe superior del regimiento primero de infantería.

En nuestra época de manifiesta laxitud y tedio, preséntase este esforzado y héroe militar como imagen de alta consideracion é irresistible respetó.

LA ESPIA.

(Continuacion.)

Una célebre cantatriz italiana acababa de ser ajustada para el teatro de la Opera de Londres. El director, que espresamente habia hecho el viaje á Nápoles, la acompañaba, y acababan de llegar á París donde debían pasar algunos días. Apenas circuló la noticia de su llegada, la prima donna recibió una multitud de visitas é invitaciones; pero el director hizo que se negase obstinadamente, porque engreído con su conquista sabia muy bien que el objeto de todas esas invitaciones no era otro que organizar un sarao de baile donde no dejaria de hallarse por casualidad algun piano, y por casualidad tambien el mejor acompañante de París; luego al lado del piano las partituras de la cantatriz, y en fin los mas distinguidos *dilletanti*, que no dejarían manifestar un pesar, despues un deseo, luego una insinuacion, á que se seguiria una instancia, primero de un importuno, en seguida de un gran señor, de allí á un momento de las señoras que pondrian por mediador á un grande artista, el cual se pone de rodillas; toda la sociedad aplaude, y la cantatriz en fin seducida, á pesar suyo deja oír á una multitud de ociosos una voz que cuesta cien mil francos al director: ahora bien, el director habia exactamente estipulado en la escritura que la prima donna no cantaria absolutamente en ninguna otra parte que en Londres bajo cualquier pretexto que fuese.

Pero como la escepcion se resbala siempre precisamente allí donde parece que han querido desterrarla, sucedió que la *signora* debió visitar en París á algunos amigos de su infancia que la convidaron á comer, y que hubiera sido una inhumanidad el negarse á ello. Eran unos pobres refugiados italianos alojados en lo alto de Beleville, que vivían á espensas del gobierno francés y de sus compatriotas, y una negativa hubiéranla tomado por un acto de desprecio.



El juramento.

—Cantareis señora, dijo el director.
—Pero si no hay piano ni arpa en casa de esas pobres gentes! respondia la cantatriz.

—Ya caerá uno del cielo de la cama, y á mal andar no faltará un mal clavicordio ó una guitarra olvidada en el desvan; qué se yó?... En fin, cantareis delante de doscientas personas, y ved en fin mi conquista ya estrenada.

—Bravo, bravo! exclamó la cantatriz riendo á carcajadas: doscientas personas en una habitacion cuyo salon apenas tendrá diez pies cuadrados y una alcoba como la palma de la mano.

—El salon no tiene mas que diez pies? dijo el director tomando un aspecto de candidez.
—Y no hay mas que seis sillas en que sentarse, continuó la cantatriz.

En ese caso, replicó el director despues de unos instantes de duda, no creo que haya un gran peligro; por otra parte, no quiero impedirlos que veais á vuestros amigos. Id pues; pero cantareis, estoy seguro.

Y la cantatriz riéndose del miedo del bueno del director, empezó á vocalizar y sembrar su vocalizacion de florituras y entonaciones rápidas y vigorosas que entusiasmaron al prudente empresario, el que se apresuró á cerrar la ventana torpemente abierta, para impedir, no que adquiriese un constipado que habria tenido tiempo suficiente de hacer curar antes del estreno, sino para que algun vecino indiscreto no pudiese alabarse de haber oído una sola nota de aquella voz que le costaba cien mil francos.

Algun s días antes de aquella singular comida, el pobre italiano que habia obtenido lo que habia negado á los nombres mas eminentes de Francia, creyó haber hallado la única ocasion de manifestar á Fabiani su agradecimiento por los beneficios que de él habia recibido; fué pues á darle parte de su buena fortuna y á rogarle fuese á pasar la velada á su casa. Fabiani aceptó, tanto por complacer á aquel buen hombre, como por ver á su célebre compatriota, y todo quedó arreglado.

Aquel mismo día fuéron á casa de Fabiani sir Enrique y algunos de sus íntimos amigos y giró la conversacion sobre el sentimiento que les causaba el ver pasar á la bella virtuosa sin recoger ni una sola de sus suaves entonaciones. Fabiani entonces se alabó de ser mas dichoso que todo París; y des-



Tú eres la primera; despues de tí yo; despues de mí otros ciento.

pues de haberles hecho desear lo suficiente, les refirió francamente la historia del pobre italiano.

—¡Quia! exclamó sir Enrique, eso es una fábula: un pobre italiano! y se llama?...
—N... respondió el marqués.

Este nombre le supo todo París durante dos días; pasados estos, todo París lo ha olvidado.
—Un hombre que vive en lo alto de Beleville?
—Justamente; respondió Fabiani.

—Es imposible, replicó sir Enrique: esa es una chanza de mal género.
Y sin esperar contestacion se marchó al instante. Media hora despues estaba en casa de la condesa de Palla; media hora mas tarde en casa de la duquesa de B..., y por la noche diez salones sabian la historia del pobre italiano, y al día siguiente las reinas de aquellos salones á la hora en que los demás días ni aun presumían que el sol hubiese salido, hacian resonar con



Sir Enrique, Fabiani, Fiavila.

sus carruajes la dilatada calle de Beleville, deteniéndose á la puerta del pobre refugiado. Es imposible describir el aturdimiento de aquel buen hombre al ver aquella afluencia de duques, de marqueses, de nombres eminentes que le colmaban de cumplidos y de felicitaciones, concluyendo su graciosa vi-

sita solicitando ser admitidos el día señalado á su tertulia. Él comprendió bien el motivo, y se le pasaron buenos deseos de dar á todos calabazas; pero llevado del orgullo de que tan elevados personajes tuviesen de que estarle agradecidos, solo una petición desechó con desprecio: fué la de un fuerte agente de cambios que tuvo la imprudencia de ofrecerle dinero.

Llegó por fin el día deseado; y aquí nadie podria negarnos el derecho de hacer una pomposa descripcion, un cuadro grotesco de aquella sociedad anómala; pero esta clase de pinturas han menester una mano ligera y desapiadada, y esto no es propio de nuestro natural; por eso no trataremos de dar á conocer aquellas mujeres resplandecientes de diamantes sentadas en malas sillas de espadaña reunidas de todo el vecindario, de hacer ver las cuatro velas de sebo que sostenidas en candeleros de metal y con una regularcita base de papel recortado, alumbraban aquella aristocrática reunion. Daria materia mas que suficiente para un cuadro la entrada de cada convidado, recibido por el signor *** y su esposa afectando una gravedad que desdecia con su traje, y que no hallando sitio donde colocarlo, los hacinaban del mejor modo posible formándoles en masa uno tras otro, y dándoles por dichoso el que podía disponer del hueco de una puerta ó de un balcon donde apoyarse; mientras que alguna señora de alto tono despues de cansarse en mirar en torno suyo, se contentaba con sentarse á medias en una media silla que un alma caritativa se dignaba ofrecerla. Al principio esto causó una incomodidad estensa, despues una risa mal comprimida á cada nuevo convidado que llegaba; por último, una hilaridad desenfrenada; viniendo á parar en que las gigantescas mangas de ahuecadores fueron condenadas á la tortura de la prensa; las flores y las plumas de los altos peinados á los encuentros mas desastrosos, y el todo á la opresion mas completa: la sociedad se hallaba estrechamente empaquetada en el salon de los diez pies cuadrados.

Escusado seria referir los triunfos de la prima donna, el delirio de los oyentes, los accesos de entusiasmo de los *dilletanti*



¡Muerta!

y los arrebatos inauditos de su furtiva admiracion. Solo diremos que á las doce de la noche todos los concurrentes estaban saturados de música, admiracion y de calor, y no se pensaba mas que en retirarse. Los amigos del refugiado no quisieron aumentar la confusion de la salida, y quedaron los últimos hablando de pié, y muy pronto no quedaron mas en la modesta sala que el marqués, su mujer, la condesa y sir Enrique. Pero cuando quisieron retirarse, con gran sorpresa de Fabiani no habia á la puerta mas que el criado de la condesa y el imperceptible grown de sir Enrique. Fabiani preguntó y supo que el carruaje que le habia traído habia marchado hacia ya mucho tiempo. Una turbacion indefinible apareció entonces en los semblantes de todos; pero el desgraciado italiano, queriendo arreglarlo todo, dijo con afán:

—La señora condesa llevará con mucho gusto al señor marqués.

—No, dijo bruscamente Fabiani... es inútil; eso seria demasiada indiscrecion. El tiempo está bueno, la hora no es muy avanzada...

—Etais loco! exclamó sir Enrique; hace una noche de perros, un viento infernal; mucho será que no me ataque aun en mi miserable cabriolé despues del calor que aquí hemos sufrido; no se necesita mas para irse uno al otro mundo. Lo mas sencillo es que la señora condesa se lleve á vuestra esposa y montaremos los dos juntos.

—No puedo permitirlo, contestó Fabiani, cuya turbacion era estremada; seria muy sensible para mí el incomodar á esa señora.

La condesa durante este tiempo habia guardado el mas completo silencio. Sir Enrique se encogió de hombros, y Fiavila no se atrevia á hablar. De repente el semblante de la condesa, hasta entonces sério, cambió de espresion, se envolvió con viveza en su manto, y dijo riéndose á Sir Enrique:

—Vaya, que esta noche estais torpe hasta dejarlo de sobra! Hay un arreglo sumamente sencillo del que no os habeis acor-

dado: vámonos en vuestro cabriolé, y mi coche quedará á disposición de la señora marquesa.

Fabiani, sorprendido de esta proposición, se disponía á escucharse; pero la condesa le interrumpió sonriendo.

—Nada, nada, señor marqués; es un favor que hago á sir Enrique, y su agradecimiento me lo pagará mas de lo que vale.

El marqués quiso negarse absolutamente; pero la condesa recobrando su seriedad le dijo:

—Señor marqués, no sé si deseais que dé crédito á las habladurías que os achacan con respecto á mí; pero tened entendido que una negativa será para mí una seguridad del desprecio que segun dicen os inspiro.

Fabiani, colocado entre dirigir á una mujer una injuria grosera ó recibir de ella un ligero favor, aun hubiera vacilado si Fiavila, que por lo menos tenia por extravagante la prevención de su marido contra la condesa, no se hubiese apresurado á decir:

—Aceptamos, señora, aceptamos. Apenas fué pronunciada esta palabra, la condesa descendió rápidamente con sir Enrique. Fabiani subió al carruaje de la dama, casi triste y pesoso por la obligacion que habia contraído para con la condesa.

Dos dias después fué sir Enrique muy sofocado á casa de Fabiani y le dijo que la condesa, por efecto del frio que habia cogido la noche del concierto, se hallaba gravemente indispueta. Esta noticia aceleró el momento de la visita que Fabiani pensaba hacerla para darla las gracias por su fineza, creyendo que la

estilo con mas suave y dulce armonía, dejar resbalar nuestra frase á la pluma como contra nuestra voluntad segun se escapaba de los pálidos lábios de la condesa, y que á esta página pudiese añadirse el encanto de una mirada dolorosamente dirigida al cielo; que se pudiese impregnarla de aquellas lágrimas que velan los ojos sin bañar el rostro; y entonces el lector comprendería quizá qué sentimiento se apoderó de Fabiani cuando ella le dijo:

—Desengañaos, marqués; la vida tiene una esperanza principal que sostiene y anima todas las demás. Mientras al corazón le queda la posibilidad de realizarla, se cuida del resto de la vida; pero el dia en que cae, todo se hunde con ella. Yo he soñado en mi vida una rara felicidad, la única entre tanto que pueda ser permitida á la ambicion de una mujer: hubiese pagado con una adoracion de esclava el amor y el nombre del que hubiese cubierto mi debilidad de mujer con su ilustre consideracion. Por desgracia, en vez de dejar á este deseo de mi corazón la vaguedad de una esperanza que de un momento á otro puede realizarse, fijó esta misma esperanza á un nombre y á un hombre; á un nombre de que otra participa; á un hombre que ni siquiera ha fijado en mí su atencion. Cuando esta decepcion me sucedió, conocí que todo el edificio que habia levantado á mi porvenir habia venido á tierra en un momento. Talento, belleza, homenajes, nada valia para mí; no habia mas remedio que hacerme ó religiosa ó coqueta: pero ni aun en esto me quedó libre la eleccion; mi familia me entregó al mundo casándome con el conde de Palla, y me quedé porque estaba en él; y sigo la senda comun porque la encontré

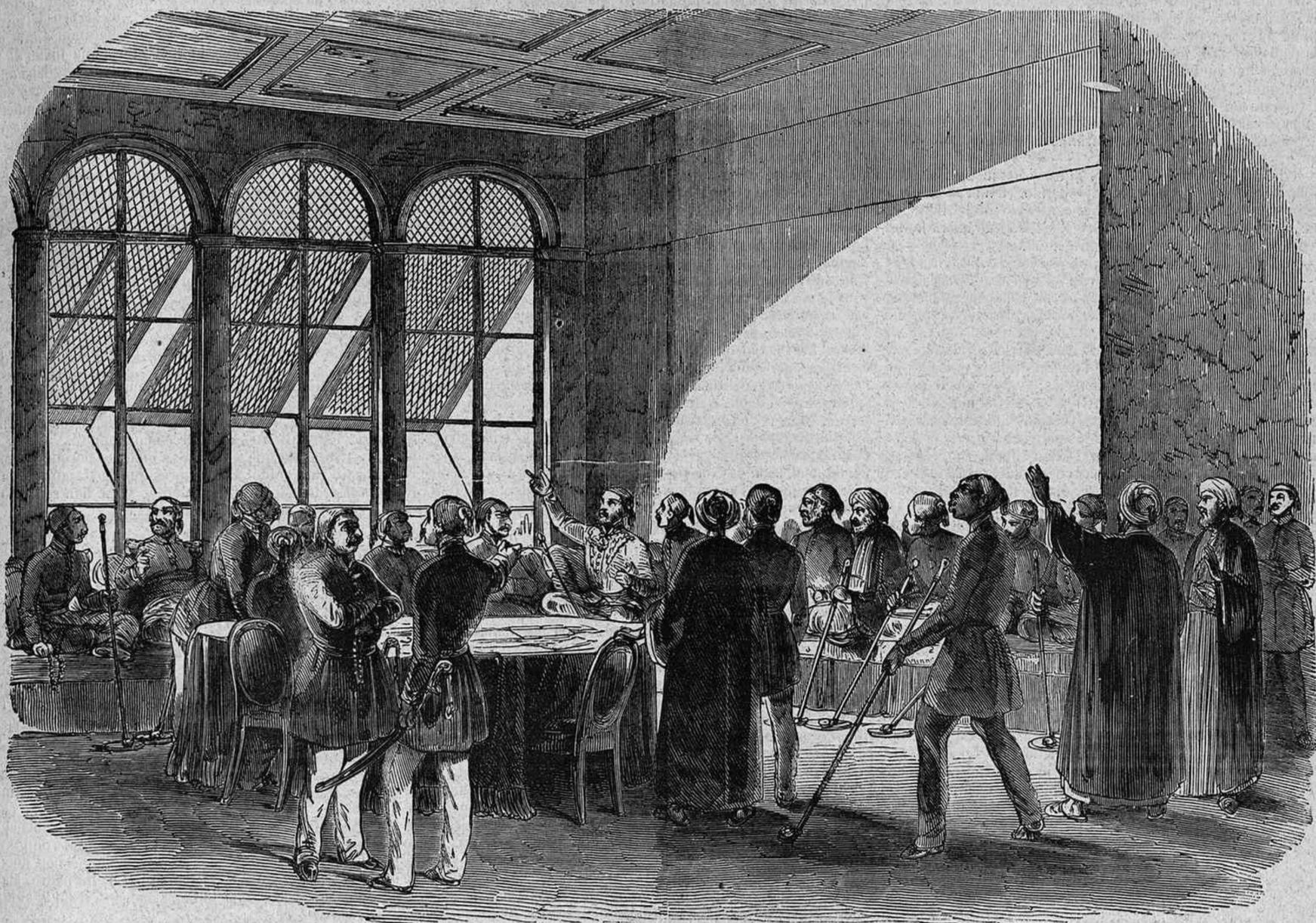
tabernas resuenan aun los himnos en honor del proscrito?... ¿Se leen todavia en los salones las odas que hacen de él un nuevo Bruto, un Guillermo Tell, un Rienzi?

—Verdad es, respondió uno de los ministros, que el entusiasmo ha cedido; las cartas de los desterrados hablan de él con amargura; parece que escandaliza á París con sus relaciones con la condesa de Palla.

—Y va á recibir el golpe de gracia, añadió el diplomático abriendo un periódico francés en que leyó el artículo siguiente:

«Hace dos dias ha habido un desafío entre el marqués de F... refugiado italiano, y sir Enrique de Lawton, capitán inglés que ha sucumbido. Este combate, absolutamente extraño á la política, dicen que ha tenido por origen algunas palabras proferidas por este último referentes á cierta dama á cuyos favores pretendia tener tantos derechos como el marqués. Pero lo que en este encuentro hay de perjudicial para el vencedor, es que sir Enrique era el oficial inglés que salvó á aquel cuando fué condenado, y que el mismo dia del famoso lance habia prevenido generosamente el arresto del marqués pagando á los acreedores que este no podia satisfacer.—La misma noche Fabiani se dejó ver en los salones del embajador de Nápoles acompañando á la condesa de Palla.»

El consejo oyó con gusto la lectura. El diplomático les enseñó en seguida una carta firmada por la condesa de Palla, cuya importancia ocupó al consejo mas de seis horas. El artículo reimpresso en todos los periódicos de Nápoles fué objeto de las conversaciones de la ciudad mas de ocho dias. Volvamos á París y á la casa de Fabiani.



El divan.

enfermedad de la condesa le dispensaría de ser recibido; pero la sorpresa fué grande cuando le dijeron que Octavia estaba visible; entonces ya no le pareció bien retroceder, y se hizo anunciar.

Es superior al poder de la palabra escrita referir lo que sin duda pasó en esta entrevista: tampoco lo emprenderemos. Hay resultados que llegan con el tiempo á ser tan evidentes, que es imposible desconocerlos sin que sea dado á ninguna humana mirada seguir la senda por donde el corazón ha pasado para llegar á ellos: solo diremos que el desdichado Fabiani que tan tardo estuvo en despreciar á Octavia, tan pronto como se halló al alcance de su mirada y de su palabra, quedó vencido en una lucha que ni siquiera habia creído posible. Y á decir verdad, pudiéramos conducir al lector á presenciar aquella poderosa y hábil seducción; pero para hacérsela verosímil sería preciso que la fuerza del estilo multiplicada y simultáneamente reproducir á la vez la palabra, el acento profundo que era pronunciada, la accion que venia en su ayuda, la mirada y la sonrisa que la impregnaban de deleite; sería necesario envolver al lector en una atmósfera perfumada, respirando el entusiasmo, rodeado de una claridad dudosa: habria que describirle cada movimiento de una mujer que Fabiani habia supuesto loca, arrogante y aficionada á los placeres bulliciosos, y la encuentra triste, humilde, disgustada de una vida que entregaba á la disipacion por no tener un corazón á quien confiarla; y después de una larga conversacion en que el talento del marqués, interesado primero por el asombro, se dejó llevar á la compasión, sería preciso, repetimos, hacer vibrar nuestro

trazada, y no me intereso lo suficiente por mí misma para salir de ella y tomar una determinacion, porque me costaria la pena de un estuerzo... Me creéis feliz, y no soy mas que resignada.

La novedad de estas ideas, de este lenguaje, asombró á Fabiani, cuya naturaleza italiana creia que la expresion exterior era siempre la traduccion del alma. El que pensaba que la alegría procedia del gozo y la calma uniforme del reposo de la imaginacion, tomó en comiseracion esa desesperanza. No pudo sospechar quién sería aquel á quien la condesa habia sacrificado su corazón; pero bastante tiempo después cuando temblaba ya de oír en los lábios de Octavia algun otro nombre, fué cuando supo que él mismo habia sido el objeto de aquel ensueño.

El decir que las visitas se sucedian con frecuencia, que después fueron asiduas y mas adelante continuas, siguiendo siempre esta conversacion primera, sería abordar las fáciles consecuencias de una victoria cuando se teme atacar de frente la única situacion peligrosa; sería seguir el curso de una onda cuyo manantial no ha podido determinarse; sería pintar el cuerpo palpitante y muerto de Ifigenia cuando se ha cubierto el semblante de Agamenon. Salvemos pues un intervalo de seis meses entregando á las alas de imaginacion el tiempo y el espacio para recorrerle segun su capricho, y dirijamos nuestras miradas á un salon de Nápoles donde se hallan reunidos los consejeros del trono y el diplomático que habia prometido la destruccion de Fabiani.

—Vamos á ver, decía á sus colegas, ¿en las playas y en las

Quedaban aun en ella señales positivas de bienestar, pero de un bien estar perdido. Aun existian los muebles de caoba y los anchos tapices de Ambuson; pero no se veia por ninguna parte aquella profusion de pequeños objetos de un gran valor que revelan el lujo y el cuidado de la vida; no se veia ni una rinconera cargada de bronce y de marfil casi tan preciosos como el oro; ni una copa llena de ricas joyas desprendidas la noche anterior de un adorno de baile, ni un estuche olvidado sobre el tocador: las cadenas de oro, los pendientes y sortijas de diamantes, las ricas pulseras de perlas y rubies no pendian de las escarpas de un espejo, ni se veian colgadas al descuido de los alfileres de un acerico de encajes. En el arreglo de los muebles advertíase cierto aire de abandono: no brillaba en ellos el barniz que un esquisito cuidado sabe imprimirles. Un observador un poco torpe no hubiera advertido en esto mas que un efecto de descuido; pero una mirada práctica hubiera reconocido la miseria, y con la miseria hubiese reconocido la desesperacion si hubiera podido penetrar en el gabinete de Fiavila. Hallábase sentada inmediato á una ventana; sus ojos enrojecidos de insomnio se veian abiertos, pero su pensamiento estaba bien lejos de los objetos que tenia delante, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho, y sus labios se veian agitados por un imperceptible estremecimiento. Sus vestidos eran los que habia usado el dia antes, y sus cabellos estaban en un completo desorden: el que la hubiera visto se habria compadecido de ella. De repente se estremece: óyese la campanilla, y se levanta como para huir; pero vuelve á sentarse creyendo que Jaffarino no dejaria entrar á nadie. No obstante ábrese la puerta

del salon que precede á su estancia; la marquesa tiembla esperando alguna nueva desgracia, algun insulto, y sin saber nada de lo que iba á sucederla empieza á llorar. Abrese la puerta de su cuarto y presentase en ella Spafá.

Al verle lanza un grito, cae en un sofá, y su pesar estalla en sollozos lastimeros. Jaffarino, que habia acompañado á Spafá, se la mostró con el dedo, y se retiró: acercóse lentamente el recién venido oyendo aquellas convulsiones terribles del dolor, dejó el sombrero sobre una mesa, acercó una silla, y se sentó al lado de Fiavila sin hablar una palabra: poco después la tomó con dulzura una mano que ella abandonó entre las de Spafá, y este la estrechó con efusion: en fin, cuando vió que el llanto cesaba y que los sollozos se iban mitigando, la dijo en voz baja: —Vamos, Fiavila, no os reserveis de mí; todo lo sé.

Un amargo suspiro fué la única contestacion de la marquesa.

—Sí, continuó Spafá, sé la locura y el abandono de Fabiani... sé su ruina... sé...

Se detuvo, porque Fiavila habia apretado vivamente su mano; habia lanzado sobre él una mirada de desesperacion, y meneaba lentamente la cabeza.

—No, le dijo ella, no sabeis nada; sabeis como todo el mundo lo que se manifiesta á todos, lo que se ostenta al exterior; habeis visto los golpes que me ha asestado, pero no las heridas que me ha hecho.

—Ah! respondió Spafá con voz conmovida y recorriendo con una mirada aquel rostro antes joven y espresivo, ahora tan marchito y apagado: sí, bien conozco cuanto habeis sufrido.

—No, replicó ella con la misma espresion dolorosa y la misma mirada; no todos mis dolores estan escritos sobre mi semblante; no todos han marcado su huella sobre mis mejillas; no todas mis lágrimas han cargado sobre mis ojos para apagarlos. Si cada uno de mis tormentos hubiese hecho su arruga; si cada uno de mis padecimientos me hubiese hecho lanzar un grito; si cada desesperacion me hubiese arrancado un cabello, estaria calva, estaria muda, hubiera ya dejado de existir.

Quando un mal no admite consuelo, preciso es al menos compadecerle: una lágrima se desprendió de los ojos de Spafá, quien bajó la cabeza murmurando solamente: pobre Fiavila!

—Ah! replicó esta con ardor, ¿quereis escucharme? Debo hablaros; sí, debo hacerlo, añadió dando rienda suelta á las lágrimas que hasta entonces habia contenido; debo llorar con vos; ¡hace tanto tiempo que lloro sola! Porque ahora le desprecio demasiado para llorar delante de él.

—Sí, hablad, hablad, Fiavila; ya os escucho.

—Escuchadme pues, dijo ella con los ojos enjutos y la entonacion de un niño que va á empezar un relato; escuchadme. La primera vez que este dolor llegó á mi corazón fué una noche que se miraron ocultándose de mí; aquella mirada no fue mas que un relámpago; pero en él leí toda mi desgracia; entonces conocí la causa de la falta de atenciones y cuidados que tiempo hacia tenia Fabiani abandonados, y que yo me esplicaba por sus preocupaciones políticas; entonces vi el motivo de sus frecuentes ausencias, de sus largas veladas fuera de casa, durante las cuales yo temblaba por los peligros á que le creia espuesto; de sus respuestas amargas á mis amonestaciones; de cien cosas, en fin, cada una de las cuales habia pasado por mi desapercibida y sin importancia: todo, todo me lo reveló aquella mirada para agobiarme de una vez bajo el peso de una espantosa conviccion. No me dejé llevar largo tiempo por este dolor sin tomar el partido de destruirle ó de asegurarle sobre mi alma. Aquella misma noche hablé á Fabiani; pero procuró engañarme; le debo esta justicia; lo procuró con conviccion; y si pudieseis comprender una alma como la de Fabiani, lo procuró con amor.

Spafá miró á Fiavila con sorpresa; tambien habia espanto é impaciencia en su mirada. Fiavila le comprendió, y prosiguió su narracion.

—¿No es verdad que esta palabra os parece inaudita y loca? Y sin embargo es demasiado cierta. Seguramente obró con una excesiva generosidad porque prófirió las burlas mas insolentes contra la condesa; se condenó él mismo á parecer digno de desprecio; arrastró el ídolo secreto de su alma por el mas inmundo lodo, y esto me hizo dudar de mis sospechas. Después, cuando él estaba á mi lado, su presencia ocupaba bastantemente el vuelo de mi imaginacion; pero apenas se ausentaba mi espíritu, se fijaba en él, le seguia paso á paso, le veia alejarse con aspecto desdeñoso mientras estaba al alcance de mis miradas; después acelerar los pasos cuando ya no podia verle; me le figuraba entrando en una casa donde su frecuencia era tal que pasaba desapercibido; con él atravesaba los salones; con él penetraba en un gabinete: allí veia á la condesa, veia la sonrisa con que le acogia, oia su conversacion, espiaba sus movimientos, sentia latir su corazón, palpitar sus deseos, confundirse sus pensamientos... los celos furiosos me ofuscaban: me levantaba, voceaba, tomaba un puñal... pero abriase la puerta, y Jaffarino que acudia á mis gritos me contenia desalentada con tan horrible vision. La verdad no podia ser mas espantosa: la quise, la busqué, la descubrí. Registré los papeles de mi marido; me aproveché de su sueño para extraer los que habia en sus vestidos; descerrajé escritorios, mandé hacer llaves, y encontré una correspondencia.

Spafá hizo un movimiento de admiracion.

—Escuchad, escuchad aun, exclamó Fiavila. Por la noche, cuando volví aun estaba yo vestida; le esperaba. Habia tendido por mi habitacion las pruebas de su crimen una por una: en cada silla, en la chimenea, en las mesas, en todas partes se veia una carta estendida. Parecia un juego de algun niño. Cuando entró, al ir á dejar el sombrero recogió una carta sin hacer caso; va á sentarse, y se halla con otra, y fijando la vista en ella la reconoce; y observa todos aquellos papeles colocados en torno suyo, y va recogiendo uno por uno: por todas partes se veia la letra de la condesa. Al principio quedose como absorto; después palideció de cólera, se enfureció, recogió con rabia aquellas páginas dispersas, y llamó. Yo se las mostraba con el dedo, se las arrojaba con los pies, y él callaba: me consideraba feliz con mi venganza. Nadie es posible figurarse en apuro como el en que Fabiani se encontraba: con tantas puebas evidentes le habia yo cerrado el paso á la mentira: así es que no trató ya de engañarme; y no pudiendo ocultarme ya su crimen, quiso alabarse, quiso hacer gala, ostentacion de su felicidad, de la única felicidad que habia experimentado en toda su vida; me dijo que Octavia era hermosa, hechicera, pura....

pura ella... ah! entonces fué cuando experimenté el mas terrible dolor. Yo, que tan engreida estaba pocos momentos antes con mi victoriosa acusacion, hubiera entonces pagado con mi sangre una mentira, un engaño: si delante de tan evidentes pruebas hubiera querido decir que no era cierto; si hubiese tratado de probarme que toda aquella brillante claridad eran tinieblas, sin duda que no le hubiera creido; pero se lo hubiese agradecido de rodillas, porque aquellas engañosas palabras me hubieran parecido una seguridad de que si no mi amor, al menos mi dolor le merecia aun algunas atenciones: pero nada, nada. Yo le habia colocado en este estrecho desfiladero, y quiso salir de él hollando mi corazón; y para castigarme de la tortura que mi venganza le habia infligido un momento, se detuvo pisoteándole largo rato: me refirió su amor, sus temores, sus esperanzas, sus delirios... en fin, caí á sus pies, le pedí gracia, le grité que moria, y calló.

Desde aquel dia ha sido una lucha continua que el aceptó can ansia. Yo no tenia mas que una arma para devolverle las heridas con que me despedazaba; era el insulto contra la condesa. Cuando me hablaba del culto que le merecia, entonces yo me mofaba de su ídolo; inventaba palabras crueles, me ponía á inquirir cuanto de ella se decia; le contaba los amantes que la habian querido y abandonado antes que él, los que la habian despreciado, y le acusaba de haberse envilecido hasta el extremo de ser el esclavo befoado de una cortesana que era el deshecho del deshecho de los salones. Entonces se irritaba su orgullo y me devolvía los golpes por insolentes alabanzas de ella y desprecios de mi persona: era un combate en el que cada cual solo se cuidaba de herir en el corazón á su adversario sin pensar en defenderse. Yo debí sucumbir; no tenia para mí mas que los instantes rápidos en que la necesidad le traía á casa; el resto del tiempo era para él que corría á olvidar mis reconvencciones en los brazos de la condesa: era contra mí que me quedaba sola llorando, cuando mi impotencia, cuando mi audacia. Entonces, Spafá, entonces fué cuando medi todo lo que habia perdido el dia en que le quité los medios de engañarme.

—Ah! exclamó Spafá, ¡que no hubiese yo estado aquí! En nombre de vuestro padre, de mi bienhechor, yo os hubiera protegido, Fiavila, os hubiera salvado.

—Pobre Spafá! replicó la marquesa con el acento de un corazón que se irrita de no ser entendido, me hubierais protegido! Y contra quien? contra mí misma; porque era yo quien buscaba las cuestiones, quien empezaba el combate: él me hubiera dejado morir á mi gusto si yo hubiese querido. Pero yo, yo queria acabar con él; dolor por dolor, buscaba el que terminaba con violencia, porque quizá trajese alguna posibilidad de salvacion; podia matarme. El cobarde no lo ha hecho; ha preferido arrastrarme paso á paso, desprecio á desprecio, hasta la infamia en que ahora vive, hasta la degradacion que arroja á su nombre que yo llevo. Un dia me convidaron á una fiesta: hacia ya tiempo que habia yo olvidado hasta la idea de los placeres; aquel dia se asociaron á una idea de venganza, y los acogí con entusiasmo, y resolví ir á aquella funcion á que tambien debia concurrir la condesa. Me figuraba el apuro de Fabiani, y gozaba de antemano de las atenciones que los respetos debidos á la sociedad le obligaron á tributarme: mi triunfo fué completo; pero no era el que yo habia esperado. Llegué al salon bajo la proteccion de Lady Lawton, madre de sir Enrique, y fui acogida con un movimiento de sorpresa, de enternecimiento de cuantos me conocian: Fabiani estaba al lado de la condesa, y al verme palideció de rabia; dirigióse hacia mí; hubiera querido hacerme retirar; pero Lady Lawton pasó delante de él sin saludarle; entonces comenzó una lucha infernal y escandalosa, en que él y yo no fuimos mas que los pacientes, pero no los actores. Toda la noble juventud de aquel salon, y se lo agradezco aunque me haya perdido, toda aquella juventud protestó por los respetos que me tributaba, contra la conducta de mi esposo. Nunca me vi tan afanosamente rodeada; nunca un abandono tan absoluto aisló tan manifiestamente á ninguna mujer como entonces á la condesa. Para mí los cuidados, las invitaciones, las consideraciones entusiastas; para ella los desdenes, las miradas altaneras, epigramas altamente pronunciados. Ella debió sin duda sufrir atrocemente; él tambien, cuyas miradas procuraban suscitar una querrela de que por consideracion á mí le dispensaron: pero no por eso dejó de quedarme el mas vivo pesar, porque vi que se habia roto el último vínculo que debía atraerle á mí; los respetos humanos. Así, herido en su orgullo por esta universal desaprobacion, hizo frente á frente todos lo que ya habia hecho frente á frente de de mí misma: quedose al lado de la condesa sin abandonarla ni un instante; la hablaba incessantemente en voz baja y con tono apasionado; me miraba con frialdad y sin cólera; me señalaba con el dedo y riendo; me insultó hasta el punto de mirarme con insolencia á través de un lente, y tuvo la infamia de decirle con escarnio: «vaya, confesad que todavia está tal cual.» Todos los hombres que estaban junto á mí le oyeron; todos hubieran deseado que no hubiese sido mi marido; sir Enrique me dijo rechinando los dientes de indignacion. «Oh! si yo fuera hermano vuestro!» Pero yo no tenia ni hermano, ni padre, ni nadie que tuviese derecho de decir al que me insultaba: «Sois un cobarde.»

Yo fui la que mas padeció durante aquella funcion, durante aquel triunfo que habian creído tributarme, y abreviando el suplicio volví á mi casa. Algo habia ganado en aquella nueva tortura, y era la esperanza de una nueva esplicacion. Mucho tiempo hacia que nuestras disputas solo giraban sobre el trillado asunto de su amor y mi desprecio, de sus elogios y mis insultos. Aquel dia pisariamos un nuevo terreno; el desprecio con que el mundo le miraba, las mudas recriminaciones que le habian arrojado á la cara: y aun presumia yo que de aquí pudiera resultarme una esperanza. Esperé á Fabiani; pero pasó la hora y no vino: calculé la duracion de la fiesta, el tiempo necesario para dejar á la condesa en su casa y el que necesitaba para volver á la suya, y segun mis cálculos á las cuatro debia estar de vuelta: las cuatro dieron y aun no habia llegado; las cinco, las seis, y tampoco. Si alguno me hubiese preguntado si creia que Fabiani era el amante de Octavia, me hubiera reido de la necedad de la pregunta; estaba tan claro como la luz del dia; él mismo me lo habia confesado: y no obstante, cuando trascurrió aquella noche toda entera sin volver á su casa, esta nueva conviccion me traspasó el corazón como nueva, como inesperada, como una venganza atroz de ambos amantes: sufrí tanto, que llegué á dudar si la habria merecido, y me acusé de haberme atraído esta nueva desesperacion por haber querido

desafiarle. Entonces bajé la cabeza: volví á casa y no le volví por la noche y no le hablé: estaba traspasada, estaba perdida: solo esperaba la muerte, y la espero todavia.

Sin embargo, á través de esta triste resignacion se resbalaban aun algunos accesos de furioso dolor: cuando las primeras humillaciones de la miseria vinieron á llamar á mi puerta, cuando los insultos de los acreedores llegaron á mis oídos, yo, pobre mujer abandonada, mientras él arrojaba en las profusiones y las orgías los últimos recursos de nuestra existencia; entonces fué cuando por la primera vez empezé para vivir el vergozoso despojo cuyas huellas estais viendo. Una ó dos veces ataqué á Fabiani con estas nuevas armas; no le hablé mas de mí, ni invoqué mas que á él contra él mismo; mas se hizo el sordo: mi voz era un punzante remordimiento que rechazaba con furor, y además el vértigo se habia apoderado de él, la locura le dominaba. Ahora que la desesperacion me ha devuelto la tranquilidad, le miro y me dá lastima: está marchito en el semblante, marchito en la imaginacion; corre como un furioso huyendo de sí mismo, y no seria capaz de arrostrar una hora de soledad; ni tiene altivez, ni gracia, ni arrogancia. No sé si esa mujer le ama; pero yo así no le amaria. Él, que tan amante era de la moderacion y la templanza de la buena sociedad, y le ha reducido á participar de las orgías nocturnas de una caterva de jóvenes desenfundados: figuraos que á horas descompasadas despiertan la vecindad con sus furibundas voces; y esas asquerosas reuniones pasan á dos pasos de aquí, y mis balcones dominan la calle que de esa cloaca conduce á casa de la condesa. Una noche, una sola tomó parte Fabiani en su jactancia, porque generalmente pasaba silencioso: yo estaba á la ventana; les oigo venir y reian á carcajadas: mi furor se despierta y me dan ideas de insultarles, de contener su buen humor por algun acto de violencia, de precipitarles un mueble... de arrojarles mi cadáver... retrocedí al fondo de mi cuarto esperando á que pasasen, y cuando ya estaban cerca me arrojé... una mano de hierro me detiene; era Jaffarino, que sin yo saberlo vigilaba mis acciones y hacia algunos dias. Este fué el primer esfuerzo de mi dolor: desde entonces muero de dia en dia porque no quiero cometer la vileza del suicidio; pero el hambre y la miseria ayudarán mi obra. Esta es mi esperanza, esto es lo que no sabia.

Spafá permaneció silencioso largo tiempo después de esta confidencia. Parecia que tambien él tenia algo que decir á Fiavila y que le faltaba el ánimo para empezar. ¿Era quizá la declaracion de un amor tan largo tiempo comprimido? No, sin duda: cuando la desesperacion ha llegado á su extremo, no es el amor un consuelo para el amor; á veces es una venganza; para Fiavila hubiera sido un insulto: así es que Spafá se calló. Por último, haciendo sobre sí mismo un violento esfuerzo dijo á la marquesa:

—Tambien yo tengo que deciros; tengo terribles secretos que confiaros.

—Pues bien, ya os escucho, respondió Fiavila abrumada; hablad.

—Aquí, dijo Spafá dirigiendo una investigadora mirada en derredor, aquí no puedo.

—Estamos solos, replicó la marquesa con una amarga sonrisa. Está ausente, ausente como siempre.

—No es porque yo tema su oído; es porque tengo que cumplir un juramento: las palabras que os traigo no son mias; me las han dictado cuidadosamente, y me han señalado la hora y el punto en que debo repetiros las.

—¿Qué quereis decir?...

—Decidme, Fiavila, añadió Spafá, ¿conoceis cerca de París algun espacio inmenso donde la mirada pueda alcanzar y vigilar mas lejos de lo que la palabra pueda entenderse? ¿Un sitio donde podáis venir á buscarme sola cuando la noche haya oscurecido?

—¿Para qué? Dios mio! exclamó la marquesa.

—Para escucharme; nada mas.

Fiavila le miró con ansiedad, porque el semblante de Spafá estaba pálido y conmovido por una compasion desesperada: parecia leer en sus ojos el secreto: le tomó la mano y le dijo con terror:

—Spafá, me dais miedo! es alguna otra nueva desgracia, ¿no es verdad?

—Vamos á ver; sed hombre; pensad bien en vuestra alma; si este dolor es tan necesario, y si podeis, tened lástima de mí. Decidme: ¿es preciso que yo vaya á escucharos?

El italiano calló; parecia anonadado; temblaba como un niño, y sus ojos habianse bajado á la mirada de Fiavila.

En nombre de mi padre vuestro bienhechor, dijo espantada de la turbacion de Spafá, en nombre de mi padre, ahorrad si es posible ese dolor, ó decidme al menos si debo ir al lugar donde me llamais.

El nombre que habia pronunciado la marquesa fué tan poderoso como ella habia creído: el rostro de Spafá quedó sombrío, pero resignado: se levantó, y respondió con voz triste pero firme:

—Hija de Pellico, debeis concurrir donde os llamo.

La marquesa bajó la cabeza; eligieron un lugar á propósito, y se separaron.

Al llegar la noche Spafá se dirigió al campo de Marte: el cielo estaba nebuloso y mal alumbrado por alguna que otra estrella: oíase el rodar lejano de los carruajes, las voces de los cocheros, todo ese ruido continuo que en las inmediaciones de la gran ciudad no deja un momento de reposo á los suspiros de la naturaleza, á su fresco aliento, á su dulce murmullo. Admiraba el estrépito de aquella civilizacion que solo la borrasca podia dominar, y se acordaba sin duda de Nápoles y su silencio donde se oyen las olas, donde se oye la brisa y el cántico de las aves. Quizá comparaba aquella noche de París en que esperaba y velaba, con aquella otra noche de Nápoles en que esperaba y velaba asimismo: en Nápoles por la salvacion; en París ¿por qué?... Una mujer se acerca... es Fiavila... va á saberlo... Cuando estuvo próxima á Spafá se detuvo, y él permaneció inmóvil sin tenderla la mano, sin compadecerse de que se hubiese visto obligada á venir así; sin escusarse; porque Spafá habia encontrado en su alma la fuerza que le era necesaria para pronunciar las palabras que le habian dicho; porque conocia que no debia dejar acercarse aquella mujer con ninguna señal de afecto ó compasion, sopena de ver escaparse por este lado toda la resolucion que habia reunido. Ni saludó ni tomó á Fiavila la mano, y así dejó entre los dos una solemnidad terrible como una defensa contra sí mismo. Fiavila tambien parecia haber abandonado su debilidad y sus lágrimas: habiase

revestido por decirlo así de todo el valor que la quedaba contra la desgracia. Esta entrevista se presentaba bajo el aspecto de un combate. Spafá, el mas débil de los dos, se apresuró á atacar.

—Fiavila, dijo, ¿te acuerdas de todos los juramentos que has prestado?

—Sí, respondió la marquesa: he jurado ante la presencia del Señor ser fiel á mi esposo: he prestado este juramento, y lo he cumplido.

—Y cumplirás el otro tan santamente como este?

—Cual otro?... ¿qué otro juramento tengo que cumplir?

—Te has olvidado de la playa de Nápoles?

—La playa de Nápoles!... repitió lentamente la marquesa, costándole trabajo separar de la memoria todos sus dolores que la habían agobiado para buscar en ella aquel recuerdo que había sepultado como una vana palabra, como un imposible como un imposible...

—La playa de Nápoles! repeta mientras que lo que en ella había pasado se presentaba poco á poco ante su imaginación.

—Sí, añadió Spafá; la playa de Nápoles, donde juraste que guardarías fielmente el secreto de los Carbonarios.

—Sin duda, respondió Fiavila, y este juramento le he guardado tan fielmente como el otro.

—La playa de Nápoles! prosiguió Spafá levantando la voz como quien teme ser interrumpido: la playa de Nápoles, donde han jurado entregar al tribunal de los Carbonarios al traidor que vendiera sus secretos.

—Y donde juré, continuó Fiavila arrancando enteramente aquel juramento del olvido que le ocultaba en su alma, donde juré dar la muerte al traidor, aunque fuese mi hermano, aunque fuese mi padre...

—Aunque fuese tu esposo, añadió Spafá cuando la vió detenerse horrorizada.

(Continuará.)

HISTORIA DE UNA CAMPANA.

CUENTO ANGLO-AMERICANO.

Escucha á nuestra vecina la de la lengua de hierro. Mientras que estoy sentado y meditabundo delante de mi pliego de papel, ella dice gravemente la hora con voz bastante fuerte para ser oída de toda la ciudad, aunque tengo motivos para creer que quiere advertirme amistosamente que empiece su historia antes que la noche esté mas avanzada. Es incontestable que una persona de posición tan elevada y que tanto ruido hace en el mundo, tiene derecho á que se ocupe de ella un cronista. Ella es e representativa y el miembro mas ilustre de esa clase innumerable cuyo rasgo característico es la lengua, y su único deber elevar la voz por el bien público. Si en nuestra democracia gobernada por la lengua alguna de sus bulliciosas hermanas envidia la superioridad que quiero dar á mi vecina, la permito de muy buena gana que se cuelgue tan alta como ella: y en cuanto á su historia, no crea el lector que es una repetición empalagosa del din-don. Ella ha sido la heroína pasiva de prodigiosas vicisitudes que yo he sabido acaso de su propia boca, cuando la desdenosa multitud creía que ella solo hablaba de la hora del día, que la llamaba á comer ó á la iglesia, que invitaba á los dormilones á subir al lecho, ó á los muertos á bajar á la tumba. Ella ha atravesado muchas revoluciones, y siempre con un maravilloso alboroto. Y por último, que me haya ó no confiado sus recuerdos, por lo menos hay de cierto que cuanto mas estudio su grave lenguaje, mas sentido, mas pensamiento, mas alma descubro en él.

Esta campana,—porque bueno será ya dejar nuestra graciosa personificación—es de fabricación francesa, y la cruz de relieve que se ve en ella grabada, indica que debia estar suspendida en el campanario de alguna iglesia católica. Los ancianos aseguran por tradición que la mayor parte del bronce que la compone procede de un cañon tomado por Luis XIV á los españoles, y que una princesa de la casa de Borbon echó en el metal en fusión su Crucifijo de oro. Dicese tambien que un obispo bautizó y bendijo la campana y pidió que una influencia celestial se mezclasé á sus acentos. Concluidas que fueron todas las ceremonias acostumbradas, el gran monarca cuyas alabanzas nadie podia hacer resonar tan alto como esta campana, se la regaló á los jesuitas que á la sazón se ocupaban en someter á los indios de América al yugo espiritual del Papa. Así esta campana, la misma cuya voz familiar podemos oír en nuestras calles á todas horas, sonó por la primera vez en la torre de una capilla de madera al Oeste del lago Champlain, cerca del rio San Lorenzo, y la llamaban la campana de Nuestra Señora del Bosque. El sonido de la campana se esparcía todo alrededor como para rescatar y consagrar el desierto pagano. A su voz el lobo ahullaba de una parte á otra por medio de las malezas; el oso bramador volvía la espalda y se alejaba con paso lento é irritado; la tímida corza temblaba y conducía su cervatillo á una soledad mas profunda. Los hombres rojos se preguntaban con asombro qué voz imponente se elevaba sobre el viento que mugía á través de las cimas de los árboles; y obedeciendo respetuosamente las órdenes de la campana, los padres de ropas negras bendijeron á los salvajes que se acercaban á la capilla coronada por una cruz. Poco tiempo después se veía un Crucifijo sobre cada pecho atezado. Los indios se arrodillaron bajo el humilde techo para adorar á Dios según los mismos ritos que bajo la vasta cúpula de San Pedro donde el papa celebra la misa mayor ante los príncipes mostrados. Cada fiesta religiosa que recordaba los clavos de las sublimes catedrales, hacia agitar la campana de Nuestra Señora del Bosque. Bulliciosamente resonaba la campana del desierto, cuando los ecos de las calles de París festejaban el aniversario de los reyes, ó cuando la Francia había triunfado en algun campo de batalla de la vieja Europa. Pero tambien el bosque solemne era entristecido por un clamor siniestro cada vez que se barria la espesa capa de hojas secas que cubrían su suelo virgen, para cavar la sepultura de un jefe indio.

Entre tanto las campanas de un pueblo de un culto enemigo sonaban en Boston y en las otras ciudades puritanas los días de sábado y de sermón. Sus ecos espiraban á algunos centenares de millas al Sudeste de la capilla de Nuestra Señora; pero los exploradores atravesaron el desierto desconocido que

les separaba, y detrás de los enormes troncos de los árboles distinguieron los indios que se reunían para obedecer á la llamada de la campana. Algunos de estos llevaban en los cinturones cabelleras blondas que habían escalado; diríase que iban á rendir estos sangrientos trofeos al pié del altar de Nuestra Señora. Corrió entonces muy acreditada la voz en la Nueva Inglaterra, que el pontífice romano y el rey de Francia habían elevado la capilla en el bosque para impeler á los hombres rojos á una cruzada contra los colonos ingleses. Estos últimos tomaron medidas energicas para proteger su religión y sus miras... El día de una gran solemnidad en la iglesia romana, mientras que la campana repicaba simétricamente y los sacerdotes entonaban un cántico de dolor, una partida de guarda-bosques de la Nueva Inglaterra salió de entre la espesura tumultuosamente. Gritos feroces y descargas de mosquetería resonaron inmediatamente en la capilla. Los sacerdotes que oficiaban, se colocaron ante el altar para defenderle, y fueron inmolados en sus gradas; al resplandor de las teas que incendiaban el templo, sucedióse una violenta llama que le devoró en un momento, sepultando entre sus cenizas los cadáveres de aquellos mártires. Pero antes de elevarse las llamas, uno de los guarda-bosques, de semblante atrevido y manos ensangrentadas, acercándose al capitán le dijo:

—Señor mío, el templo de nuestra aldea no tiene campana, y hasta ahora ha sido preciso convocar á los fieles á son de tambor á los divinos oficios. Dadme os ruego esta campana de la capilla papista, por el amor del venerable Mr. Rogers, que habrá incansablemente rogado al Señor en sus oraciones por el buen éxito de nuestra expedición, que sin duda es debido á sus plegarias.

—Sea pues, respondió el capitán; si el buen Rogers nos ha ayudado en nuestra empresa, justo es que tenga su parte en el botín. Tomad la campana y Dios os asista, diácono Lawson, si os encargais de llevarla á la aldea. Hasta ahora ha hablado el lenguaje de los franceses y de los indios: de hoy mas, si Mr. Rogers la bendice de nuevo, hablará el lenguaje de los protestantes, y será una buena campana inglesa.

El diácono Lawson y diez compañeros suyos bajaron la campana, la suspendieron de una viga y la llevaron sobre sus robustos hombros. Era su designio ir así hasta la orilla del lago Champlain para desde allí trasportarla por agua. Caminaban por el bosque, y las llamas de la capilla brillaban de un modo siniestro, proyectando sobre el follaje sombras fantásticas, y lanzando lúgubres reflejos en los manantiales que jamás había visto el sol. Mientras que en medio de la noche los guarda-bosques atravesaban el desierto vacilando bajo su pesada carga, el badajo de la campana golpeaba de una manera espantosa: plam! plam! plam! Era un sonido lamentable, como si hubiera querido resonar el clamoreo fúnebre de los sacerdotes degollados y de la capilla incendiada. El diácono Lawson y sus compañeros estaban muy lejos de presumir que era su propio clamoreo el que sonaba. Habiendo oído una partida de indios las descargas de fusilería y visto las llamas de la capilla, se pusieron en persecución de los guarda-bosques; parecía que el sonido de la campana los animaba á la venganza. De repente, en medio de un profundo pantano, atacaron al enemigo en su retirada. El diácono Lawson se batió como un valiente; pero habiéndole herido un tomahawk en la cabeza, se hundió en lo profundo del lodazal y sobre él su pesada campana: la sangre de los agresores vengóla sangre de las víctimas, y la voz de nuestra heroína quedó enmudecida por muchos años sin resonar á la hora de los oficios, ni á la de las fiestas, ni á la de los funerales.

¿Quedó para siempre sepultada en su ignorada tumba?—No es muy probable, amigo lector. Escuchad: ¿no la oís en este mismo momento, órgano del tiempo, proclamar que son las nueve de la noche? De aquí podemos deducir que algun acontecimiento volvió á colocarla en las regiones del aire.

Pero permaneció allí silenciosa durante muchos años; y lo que mas hay que no haya permanecido un siglo ó acaso una docena de siglos, hasta que el mundo hubiera olvidado no solo su voz, sino la voz de todas las campanas sus compañeras. ¿Cómo hubiera hecho estremecer entonces el sonido de su voz á los que la hubiesen sacado del abismo! Pero no estaba destinada á ser objeto de discusión de los futuros anticuarios. A fines de la primera guerra de Francia una partida de peones de la Nueva Inglaterra, que precedieron al coronel Brasteed en su viaje hácia el lago Ontario, construyeron un puente en un pantano: al colocar una viga uno de ellos sintió la resistencia de un cuerpo duro y resadizo. Llamó á sus compañeros, y gracias á sus esfuerzos reunidos, llegó la parte superior de la campana hasta la superficie: atan una cuerda y la sujetan á la rama de un árbol que cruzaba horizontalmente. ¡Animo! Un esfuerzo mas, y hé aquí que se eleva su conquista escurriendo agua y festoneada de ese musgo verde tan amigo de los lugares húmedos. Cuando la base de la campana salió del lodazal vióse aparecer asido con sus manos al batiente un esqueleto humano; que no teniendo ya fuerza para sostenerse en el aire, cayó al momento en las aguas estancadas, y la campana dejó oír un sonido lúgubre... ¿Qué hay que admirarse de que se apresurase á hablar, ella que tanto tiempo había permanecido silenciosa? Los peones la levantaron en el aire, de suerte que su voz grave y poderosa resonó á lo lejos en el bosque y llegó á los oídos del coronel Brasteed y de sus tres mil hombres. Los soldados se detuvieron en su marcha; un sentimiento religioso mezclado al recuerdo de la patria se apoderó de sus endurecidos corazones; cada cual de ellos creía oír la campana de su iglesia, que conocía desde su infancia y que había clamoreado á la muerte de sus antepasados. ¿Por qué magia ese sonido llegaba hasta sus oídos, á través del murmullo del vasto Océano para dejarse oír en medio del sonido de las armas y del estrepito de la artillería?

Los ciudadanos de la Nueva Inglaterra ocultaron su hallazgo en las malezas entre una roca pardusca y las raíces llenas aun de tierra de un árbol derribado. Concluida la campana, la trasportaron á Boston y la pusieron en subasta en la calle Real (King-Street), para lo cual la colgaron de un poste y la tocaron: su voz proclamó por sí misma su mérito; de forma que el comisario no necesitó decir una palabra en su favor. El mayor postor fué un viejo y rico representante de nuestra ciudad, que hizo con ella un piadoso donativo al templo que frecuentaba; generosidad que no quedó sin recompensa, porque el primer uso que de ella hizo el sacristán, después que se vió elevada en el campanario, fué hacerla sonar en el clamoreo fúnebre del caritativo donador. Pero bien pronto fueron sofoca-

dos sus dolorosos acentos por un repique triunfante con motivo de la rendición de Quebec.

Desde entonces nuestra heroína siempre ha ocupado el mismo punto elevado. Su voz se ha dejado oír en todos los asuntos políticos, militares ó religiosos de alguna importancia para el bien público. El día en que la independencia se proclamó por la primera vez en las calles que domina, los acentos que espidió parecieron á a gunos de siniestro presagio mas bien que de triunfo; pero hace ya sesenta años que los repite, y nadie se equivoca ya sobre el sentido que ella sabe darles. Cuando Washington en la plenitud de su gloria atravesó á caballo nuestras calles cubiertas de flores, ella fué quien dió la bienvenida al padre de la patria. Su voz resonó tambien cuando Lafayette vino á recoger su cosecha de medio siglo de agradecimiento. Pero de entonces acá se han operado grandes cambios: los sonidos que en aquellos tiempos vagaban sobre un reducido puerto de provincia, resuenan ahora sobre vastos edificios de ladrillo y llegan á los oídos en medio del zumbido y del tumulto de una gran ciudad. En lo antiguo los días de la oración una multitud pintoresca y variada obedecía el llamamiento de la campana: los nobles y caballeros con casacas de terciopelo púrpuro, chupas bordadas, pelucas empolvadas y sombreros galoneados marchaban gravemente al lado de las señoras vestidas de raso floreado y con faldas de majestuosa circunferencia, mientras que detrás de ellos iba un esclavo ó lacayo de librea con el salterio y el manguito de la señora. La artesana con mas modesto traje cedía el paso á la nobleza á la puerta del templo, como si se admitiesen distinciones á la presencia del Señor. Y sin embargo, cuando los fétros se sucedían á través de la calle, la campana tocaba á todos un mismo *Requiem*. ¿Qué la importaba que hubiese ó no sobre el ataúd un escudo de plata? ¡Oh tierra! abre tu seno maternal, decía la campana; otro de tus hijos viene á buscar su largo descanso; recíbele en tu seno y que duerma en paz. Así hablaba la campana, y la tierra recibía á su hijo; y con los mismos acentos serán conducidos los hijos de la generación actual á los abrazos de su madre, y la tierra acogerá igualmente á sus hijos. ¿Tu lengua no se ha cansado, oh lúgubre charlatana, después de dos siglos? Campana fúnebre, ¿tus golpes melancólicos no te romperán jamás? Sí: y la llamada de la trompeta despertará á los durmientes que tu voz no ha podido despertar.

Pero hé aquí que de nuevo la voz me recuerda que consumo el *aceite de media noche*. Trabajo me cuesta pensar en mi soledad; que otros mortales han oído tus sonidos, ó que vibran en otra parte que en lo secreto de mi alma. Pero tú has hablado á otros muchos. Algunos hombres inquietos te han oído desde sus lechos de los que huye el sueño, y han pensado de nuevo en las penas de mañana. Los hijos del trabajo y de la fatiga te han oído en un corto intervalo de velada y dicen: «¿Es posible que ha pasado ya una parte tan grande de nuestro tranquilo sueño? ¿Es posible que tan cerca se halle la mañana?» El crimen te ha oído y dice: «Esta es la hora.» La desesperación te responde: «¿Cuánto resta aun que pasar de esta penosa existencia!» La joven madre ha escuchado tus golpes desde el lecho del dolor y del contento: desde aquel instante data la vida y la inmortalidad de su primogénito. El recién casado y su joven esposa se aperciben que su noche de felicidad se ha pasado como un sueño. Tus acentos han caído débilmente en el oído del moribundo, advirtiéndole que antes de una hora su alma habrá pasado á los lugares donde la voz del tiempo no llegará mas á ella. Desgraciado de él en ese importante viaje, si tu voz, la voz del tiempo que se desliza, no le ha enseñado nada para la eternidad.

EL BENGALI.

CUENTO.

En otros tiempos era hermosa la voz de Bengali.

Por las tardes á la hora en que el sol tñe de púrpura las nubes, el Bengali dejaba oír su voz.

Al escucharla los ruiseñores envidiosos se callaban; las mariposas enternecidas se posaban en las flores; las flores asombradas se entreabrían; y cuando desde lo alto del cielo una golondrina pasajera oía al melodioso cantor, la golondrina maravillada descendía olvidando su viaje, olvidando su patria.

El Bengali amó una rosita blanca apenas de edad de un sol. Cantaba por ella.

Su voz, tan pronto pausada y triste como un ruego, tan pronto viva y gozosa como una esperanza, el Bengali la decía:

«Conozco muchas flores hermosas, rojas como el coral, azules como el cielo, doradas como las estrellas; muchas inclinadas sobre el espejo de las fuentes, algunas ocultas en la sombra de los bosques, otras floreciendo á las orillas del mar y cuyos perfumes acompañan largo tiempo á los marinos que se ausentan.

Pero la flor aromática que mira al mar, la misteriosa que se oculta en los bosques, la coqueta que se mira en las fuentes son menos bellas que tú, mi amada rosa blanca. Amémonos, flor querida; sin tu amor el Bengali debe morir.

«¿Y tus alas!...» respondió la rosa temblando; «el ave vuela, la flor... ¡ay de mí!»

«Los corazones amantes no tienen alas,» suspiró el Bengali.

«Ven, dijo la flor, mi corola blanca se dilatará para tí.»

Llegó la noche... El cielo iluminó con todas sus estrellas sus amores... y hasta la madrugada las brisas perfumadas mecieron suavemente la rosa y al cantor.

Pero á los primeros rayos de la aurora la rosa moría y el Bengali lloraba.

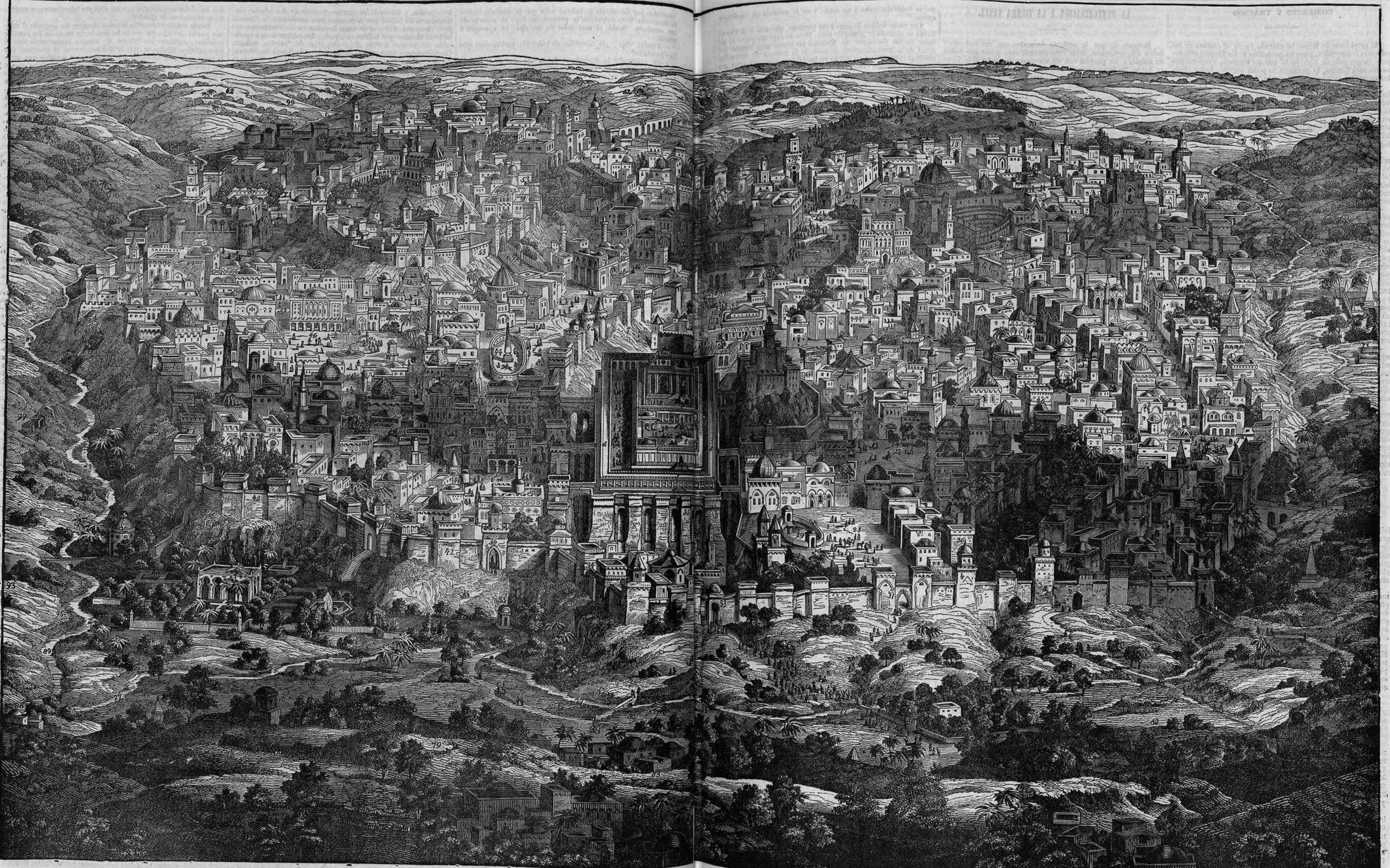
Génios del aire, decía, quitadme para siempre la voz que me habeis dado y haced que mi amada rosa viva siquiera un día mas.

«No murmuró la rosa moribunda; canta, canta, Bengali. Tú me has amado: ¿acaso no soy dichosa?... ¡Cuántas flores hay sobre la tierra que mueren sin ser amadas!... Adios, adios, acuérdate de mí.»

Dos mil años han pasado desde que murió la rosa; y en estos dos mil años el Bengali no ha cantado nunca, nunca ha amado.

Su corazón no es mas que un recuerdo.

Su voz no es mas que un gemido.



JERUSALEM, A VISTA DE PALACIO DE DAVID, DISEÑADA POR ADOLFO ELTZNER.

- | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|--------------------|----------------------|---|-----------------------|-----------------------|---------------------------------|----------------------|-----------------------|-------------------|---------------------|----------------------|------------------------|-------------------------|-----------------------|-----------------------|--------------------------|--|---------------------------|-----------------------|-----------------------|----------------------|---------------------|-----------------------|-------------------------|--------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|
| 1 Puerta antigua.* | 7 b Casa de María.** | 15 Pesaduría (ó plaza de los pescados). | 20 La via dolorosa.** | 24 Casa de Pilatos.** | 28 El castillo llamado Antonia. | 34 Puerta de ovejas. | 38 Casa de Hiskias.** | 42 Puerta de Oro. | 46 Puerta de Mikad. | 50 Templo de Moriah. | 54 Columna de Salomón. | 58 Puerta de la ciudad. | 62 Puerta de Essener. | 66 Casa de la cena.** | 70 Casa de los héroes.** | 74 Escaleras y Torres y murallas del castillo de Sion. | 78 Torre de Sion ó David. | 82 Casa de Eliasib.** | 86 Casa del Tesoro.** | 90 Casa de Kailás.** | 94 Casa de Annás.** | 98 Estanque de abajo. | 102 Estanque de arriba. | 106 Estanque de Betesda. | 110 Estanque de las ovejas. | 114 Estanque de las ovejas. | 118 Estanque de las ovejas. | 122 Estanque de las ovejas. | 126 Estanque de las ovejas. | 130 Estanque de las ovejas. | 134 Estanque de las ovejas. | 138 Estanque de las ovejas. | 142 Estanque de las ovejas. | 146 Estanque de las ovejas. | 150 Estanque de las ovejas. | 154 Estanque de las ovejas. | 158 Estanque de las ovejas. | 162 Estanque de las ovejas. | 166 Estanque de las ovejas. | 170 Estanque de las ovejas. | 174 Estanque de las ovejas. | 178 Estanque de las ovejas. | 182 Estanque de las ovejas. | 186 Estanque de las ovejas. | 190 Estanque de las ovejas. | 194 Estanque de las ovejas. | 198 Estanque de las ovejas. | 202 Estanque de las ovejas. | 206 Estanque de las ovejas. | 210 Estanque de las ovejas. | 214 Estanque de las ovejas. | 218 Estanque de las ovejas. | 222 Estanque de las ovejas. | 226 Estanque de las ovejas. | 230 Estanque de las ovejas. | 234 Estanque de las ovejas. | 238 Estanque de las ovejas. | 242 Estanque de las ovejas. | 246 Estanque de las ovejas. | 250 Estanque de las ovejas. | 254 Estanque de las ovejas. | 258 Estanque de las ovejas. | 262 Estanque de las ovejas. | 266 Estanque de las ovejas. | 270 Estanque de las ovejas. | 274 Estanque de las ovejas. | 278 Estanque de las ovejas. | 282 Estanque de las ovejas. | 286 Estanque de las ovejas. | 290 Estanque de las ovejas. | 294 Estanque de las ovejas. | 298 Estanque de las ovejas. | 302 Estanque de las ovejas. | 306 Estanque de las ovejas. | 310 Estanque de las ovejas. | 314 Estanque de las ovejas. | 318 Estanque de las ovejas. | 322 Estanque de las ovejas. | 326 Estanque de las ovejas. | 330 Estanque de las ovejas. | 334 Estanque de las ovejas. | 338 Estanque de las ovejas. | 342 Estanque de las ovejas. | 346 Estanque de las ovejas. | 350 Estanque de las ovejas. | 354 Estanque de las ovejas. | 358 Estanque de las ovejas. | 362 Estanque de las ovejas. | 366 Estanque de las ovejas. | 370 Estanque de las ovejas. | 374 Estanque de las ovejas. | 378 Estanque de las ovejas. | 382 Estanque de las ovejas. | 386 Estanque de las ovejas. | 390 Estanque de las ovejas. | 394 Estanque de las ovejas. | 398 Estanque de las ovejas. | 402 Estanque de las ovejas. | 406 Estanque de las ovejas. | 410 Estanque de las ovejas. | 414 Estanque de las ovejas. | 418 Estanque de las ovejas. | 422 Estanque de las ovejas. | 426 Estanque de las ovejas. | 430 Estanque de las ovejas. | 434 Estanque de las ovejas. | 438 Estanque de las ovejas. | 442 Estanque de las ovejas. | 446 Estanque de las ovejas. | 450 Estanque de las ovejas. | 454 Estanque de las ovejas. | 458 Estanque de las ovejas. | 462 Estanque de las ovejas. | 466 Estanque de las ovejas. | 470 Estanque de las ovejas. | 474 Estanque de las ovejas. | 478 Estanque de las ovejas. | 482 Estanque de las ovejas. | 486 Estanque de las ovejas. | 490 Estanque de las ovejas. | 494 Estanque de las ovejas. | 498 Estanque de las ovejas. | 502 Estanque de las ovejas. | 506 Estanque de las ovejas. | 510 Estanque de las ovejas. | 514 Estanque de las ovejas. | 518 Estanque de las ovejas. | 522 Estanque de las ovejas. | 526 Estanque de las ovejas. | 530 Estanque de las ovejas. | 534 Estanque de las ovejas. | 538 Estanque de las ovejas. | 542 Estanque de las ovejas. | 546 Estanque de las ovejas. | 550 Estanque de las ovejas. | 554 Estanque de las ovejas. | 558 Estanque de las ovejas. | 562 Estanque de las ovejas. | 566 Estanque de las ovejas. | 570 Estanque de las ovejas. | 574 Estanque de las ovejas. | 578 Estanque de las ovejas. | 582 Estanque de las ovejas. | 586 Estanque de las ovejas. | 590 Estanque de las ovejas. | 594 Estanque de las ovejas. | 598 Estanque de las ovejas. | 602 Estanque de las ovejas. | 606 Estanque de las ovejas. | 610 Estanque de las ovejas. | 614 Estanque de las ovejas. | 618 Estanque de las ovejas. | 622 Estanque de las ovejas. | 626 Estanque de las ovejas. | 630 Estanque de las ovejas. | 634 Estanque de las ovejas. | 638 Estanque de las ovejas. | 642 Estanque de las ovejas. | 646 Estanque de las ovejas. | 650 Estanque de las ovejas. | 654 Estanque de las ovejas. | 658 Estanque de las ovejas. | 662 Estanque de las ovejas. | 666 Estanque de las ovejas. | 670 Estanque de las ovejas. | 674 Estanque de las ovejas. | 678 Estanque de las ovejas. | 682 Estanque de las ovejas. | 686 Estanque de las ovejas. | 690 Estanque de las ovejas. | 694 Estanque de las ovejas. | 698 Estanque de las ovejas. | 702 Estanque de las ovejas. | 706 Estanque de las ovejas. | 710 Estanque de las ovejas. | 714 Estanque de las ovejas. | 718 Estanque de las ovejas. | 722 Estanque de las ovejas. | 726 Estanque de las ovejas. | 730 Estanque de las ovejas. | 734 Estanque de las ovejas. | 738 Estanque de las ovejas. | 742 Estanque de las ovejas. | 746 Estanque de las ovejas. | 750 Estanque de las ovejas. | 754 Estanque de las ovejas. | 758 Estanque de las ovejas. | 762 Estanque de las ovejas. | 766 Estanque de las ovejas. | 770 Estanque de las ovejas. | 774 Estanque de las ovejas. | 778 Estanque de las ovejas. | 782 Estanque de las ovejas. | 786 Estanque de las ovejas. | 790 Estanque de las ovejas. | 794 Estanque de las ovejas. | 798 Estanque de las ovejas. | 802 Estanque de las ovejas. | 806 Estanque de las ovejas. | 810 Estanque de las ovejas. | 814 Estanque de las ovejas. | 818 Estanque de las ovejas. | 822 Estanque de las ovejas. | 826 Estanque de las ovejas. | 830 Estanque de las ovejas. | 834 Estanque de las ovejas. | 838 Estanque de las ovejas. | 842 Estanque de las ovejas. | 846 Estanque de las ovejas. | 850 Estanque de las ovejas. | 854 Estanque de las ovejas. | 858 Estanque de las ovejas. | 862 Estanque de las ovejas. | 866 Estanque de las ovejas. | 870 Estanque de las ovejas. | 874 Estanque de las ovejas. | 878 Estanque de las ovejas. | 882 Estanque de las ovejas. | 886 Estanque de las ovejas. | 890 Estanque de las ovejas. | 894 Estanque de las ovejas. | 898 Estanque de las ovejas. | 902 Estanque de las ovejas. | 906 Estanque de las ovejas. | 910 Estanque de las ovejas. | 914 Estanque de las ovejas. | 918 Estanque de las ovejas. | 922 Estanque de las ovejas. | 926 Estanque de las ovejas. | 930 Estanque de las ovejas. | 934 Estanque de las ovejas. | 938 Estanque de las ovejas. | 942 Estanque de las ovejas. | 946 Estanque de las ovejas. | 950 Estanque de las ovejas. | 954 Estanque de las ovejas. | 958 Estanque de las ovejas. | 962 Estanque de las ovejas. | 966 Estanque de las ovejas. | 970 Estanque de las ovejas. | 974 Estanque de las ovejas. | 978 Estanque de las ovejas. | 982 Estanque de las ovejas. | 986 Estanque de las ovejas. | 990 Estanque de las ovejas. | 994 Estanque de las ovejas. | 998 Estanque de las ovejas. |
|--------------------|----------------------|---|-----------------------|-----------------------|---------------------------------|----------------------|-----------------------|-------------------|---------------------|----------------------|------------------------|-------------------------|-----------------------|-----------------------|--------------------------|--|---------------------------|-----------------------|-----------------------|----------------------|---------------------|-----------------------|-------------------------|--------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|-----------------------------|

COMERCIO Y TRÁFICO.

El presidente de Méjico ha entrado ya en el camino de las reformas comerciales, pues ha permitido á los buques extranjeros cargar palo de tinte en la isla del Cármen, como cargamento para Europa, lo que antes no podía hacerse. Estos objetos no podían anteriormente tomarse sino en Campeche y Sisal.

—La esportacion total del oro de San Francisco ha importado en el año de 1853 la suma de 67.873,505 dolars, y la esportacion del mismo de la California durante los seis últimos años la de 260.000,000 dolars. En el año pasado han desembarcado en aquel país 35,188 personas, y embarcado para la Europa y otros puntos 30,316; los buques arribados han sido 1,029 con 555,794 toneladas, y los que han salido de allí 1,091 con 633,480 toneladas.

—En qué estension se hace la reimpresion en la Bélgica, manifiesta la lista de esportacion, segun la cual se han esportado en el año de 1853 no menos que 386,181 kilogramos de libros (el kilogramo algo menos de 2 libras). En atencion á que la literatura específicamente belga pasa muy poco las fronteras de dicho país, consiste la mayor parte de dicho peso en reimpresiones, sin contar lo que de estas se consume en el mismo país.

—La suma total de las operaciones del banco de París y de sus sucursales en las provincias ascendió en el año 1853 á la inaudita cantidad de 3,964 millones de francos, esto es, 4,424 millones mas que en el año de 1852, 2,636 millones mas que en 1849, y aun 1,250 millones mas que en 1847, siendo este año el que antes de la revolucion de febrero habia hecho la mayor cantidad de operaciones. La mayor parte de las arriba mencionadas han consistido en descuentos de las obligaciones que circulan en el comercio, de las cuales se prestaron y admitieron en valor de 2,842 millones, esto es, 1,019 mas que en 1852. Lo demás consiste en adelantos sobre títulos de réditos y sobre otros papeles, en descuentos de billetes del tesoro y de bonos de moneda, etc. Los accionistas han obtenido para 1853 un dividendo de 154 francos, el cual importaba en 1852 solo 118 francos, pues solo antes de la revolucion de febrero se han presentado dividendos mayores, como v. g. en 1846 159 francos, y en 1847 177 francos.

—La necesidad de géneros en la Moldavia ha llegado á ser extraordinaria. Han llegado á Viena comerciantes de Jassy que estan haciendo grandiosos pedidos. Los artículos de lujo, objetos de cuero, chales, pañuelos de seda, cantimploras y relojes, tendrian una gran salida, si pudieran trasportarse prontamente allí. El precio de todos estos objetos ha duplicado de un año á esta parte.

—Las negociaciones relativas á la celebracion de un convenio comercial entre la Francia y la Bélgica no han podido á la verdad volverse á empezar, porque las diferencias en las opiniones que causaron su interrupcion no han podido aun allanarse. Por otra parte, ha dado el gobierno belga sin embargo mas pruebas tan inequívocas de su buena y amigable predisposicion, habiendo sobre todo evitado cualquier motivo de medidas de retorsion; de suerte que parece solo se espera un momento favorable para volver á anudar las negociaciones.

MEDICINA.

Varios ensayos químicos hechos en Inglaterra con las célebres píldoras de Morison, han dado diferentes resultados con gran sorpresa de los ensayadores. El primer análisis dió á mas de las dos sustancias principales, el aloe y la jalapa, un contenido de calomel (proto-cloruro de mercurio sublimado), el segundo un contenido de antimonio, el tercero una falta completa de adición metálica; y sin embargo, tienen estas píldoras la fama de ser un remedio universal.

—En la última aparicion del cólera morbo en Suecia y Dinamarca se recomendó llevar como preservativo una cadena de planchas de cobre inmediatamente sobre el cuerpo. Un médico de Viena publica sobre el particular los siguientes datos: A los primeros síntomas del cólera en Viena se recomendó y se usó aquel remedio. Algun tiempo después de la desaparicion de dicha epidemia presentose un hombre en casa de dicho médico para pedirle remedio contra un obstinado dolor de estómago. El mal tardó mucho en ceder; por último, reconoció el facultativo al enfermo exteriormente, encontró sobre su cuerpo una plancha de hierro enteramente cubierta de cardenillo, la quitó, empleó los remedios contra un envenenamiento crónico con cobre, y curó al enfermo en breve tiempo.

ESTADÍSTICA.

La poblacion de la Francia se compone, segun la estadística formada por la sociedad imperial de agricultura, de propietarios de tierras 7.159,284; arrendatarios 2.588,311; colonos 1.412,037; jornaleros 6.122,747; criados 2.748,263; leñadores 320,986; total 20.351,628. Agréguese á esto manufacturistas 2.094,371; obreros 7.810,144; juriconsultos, médicos, etc. 3.991,026; criados 753,505, y diferentes otras clases 780,496, y se obtiene la poblacion total de 35.786,170 almas.

—La industria del carbon de piedra se ha desarrollado en tales términos que se explotan anualmente mas de 37.000,000 de toneladas, que valen en las minas 10.000,000 de libras esterlinas, y en los puntos de consumo incluidos los gastos de transporte y demás 20.600,000. Londres solo consume para sus manufacturas y uso doméstico 3.000,000 toneladas. Sobre unas 120,000 personas estan continuamente ocupadas en la esplotacion de las minas, y en los condados septentrionales hay mas personas que trabajan bajo tierra que no al aire libre.

—La poblacion actual de las islas de Sandwich se calcula en 65,000 almas, entre las cuales hay 4,000 extranjeros; los demás son ó indígenas ó razas mezcladas; de los extranjeros una tercera parte componen los americanos. No hace setenta años que la poblacion ascendia á 400,000 almas. Esta espantosa disminucion es tanto mas horrible, cuanto se considera que no han contribuido á ella ni guerras ni enfermedades locales, y que al contrario, es un país enteramente sano.

LA PEREGRINACION Á LA TIERRA SANTA.

Después de que la antigua Jerusalem con sus santuarios habia sido arruinada, debia reemplazarla otro poder que habia de animar á los pueblos con un amor aun mayor hácia la Tierra Santa. No fué un templo construido por la mano del hombre, sino un estímulo interior, el que en forma de fé cristiana despertára en lo mas hondo del hombre el afán de las peregrinaciones.

El hombre conserva siempre un afecto hácia el sitio de su nacimiento como al sol de la mañana de su vida, y como si un áncora de oro hubiera hundido en esta tierra al cual estuviera anudado el hilo de su vida. Llega de países lejanos para hallar su paraíso; pero ¡ah! ha desaparecido; y de los que en su juventud fueron sus dias y bienhechores, solo vuelve á encontrar sus tumbas. Igualmente á los pueblos donde ha nacido ó vivido un gran hombre, se halla el hombre inclinado con particular cariño. Sobre todo las almas simpáticas son las que se hallan atraídas hácia semejantes sitios y llegado que hayan á la cuna del tan ponderado, han llegado á la Tierra Santa. Todo lo que tiene relacion con él le es importante; cada objeto de su herencia, por mas pequeño que sea, lo tienen en gran honor. Finalmente, se manifiesta tambien ese interés humano para los sitios de la tierra que fueron teatro de grandes acontecimientos. Son los hijos mimados de la historia y de los siglos; y la base fundamental de los sucesos.

En sentido contrario, han sido tambien los sitios que se han hecho célebres la escuela de los grandes hombres. El cristianismo fué el germen de la vida mas sublime de la humanidad. Cuán natural es por lo tanto el que principiara á manifestarse el deseo de peregrinacion hácia la cuna de esta vida mas sublime, al país de Moisés que era el legislador mas grande que jamás ha tenido el mundo; de un Josué, David, Salomon y Jesucristo el Salvador del mundo. Aun puede verse el paraje donde nació y sufrió; el sitio de sus discursos y hechos; el lugar de sus milagros y su glorificación. A causa de la inseguridad de los caminos fueron en los primeros siglos las peregrinaciones aun muy raras; pero ya en la primera mitad del siglo III no fueron ninguna cosa extraordinaria.

En este tiempo se presentó ya en Jerusalem Alejandro, obispo de Capadocia, y segun Firmiliano, tambien una mujer de este mismo país; en el siglo IV principiaron las peregrinaciones á hacerse mas considerables. El gobierno de Constantino las favoreció; porque habia podido lograr proteccion al cristianismo en la parte occidental del imperio romano. Eusebio habla de personas que querian ver la devastacion de Jerusalem y el cumplimiento de la profecía, ó los Santos Lugares de Belen; Elena, la madre del emperador, emprendió á los sesenta años y en el de 326 una peregrinacion para besar las huellas del Salvador; construyó templos sobre la cueva de Belen y en el punto culminante del monte Olivero. El mismo Constantino mandó consagrar en el año 335 la capilla sobre la santa tumba que habia restaurado, como tambien la magnífica iglesia que habia hecho levantar allí. Presentáronse los obispos y clérigos mas distinguidos de Macedonia, Panonia, Moesia, Persia, Bitinia, Tracia, Cilicia, Mesopotamia, Fenicia, Arabia, Egipto, Libia y Palestina, á los que seguia una inmensa muchedumbre; desde entonces hasta habia personas que repetian varias veces el viaje á la Tierra Santa, y otras que allí quedaban viviendo, y entre estas últimas v. g. dos nobles señoras de la familia de los Gracos, Paula y su hija. A Gerónimo le alumbró la luz de su sabiduría desde la gruta de Belen donde nació Cristo y á la que eligió para cuarto de estudio suyo. Mientras que en los primeros años del siglo V destruyó Alarico con sus visigodos la opulenta y espléndida Roma, devastaron los alanos, suevos y vándalos la Galia, y pasaron por España al Africa, se hizo la Tierra Santa con mas razon el asilo de todos los despojados, oprimidos, perseguidos, afligidos y desgraciados: muchos se inclinaban tambien á una vida ascética, y lejos del bullicio del mundo, en mas estimacion que á los santos se tiene á los sitios donde aquellos han nacido y padecido. Pero tambien se exageró la predileccion para las reliquias de los santos, y hasta prevaleció la opinion de que Dios se valia de ellos para hacer milagros sobre el cuerpo y el alma con solo el mero aspecto ó contacto de ellas. De allí sucedió que muchos peregrinaron á la Tierra Santa con intenciones impuras; se consideraba, por ejemplo, un viaje hacia allá como una penitencia y como una fama espiritual é imperecedera. Contra semejantes abusos escribieron ya los padres de la iglesia Gregorio de Nissa, Crisóstomo y Gerónimo.

Los puntos mas interesantes de la Tierra Santa se designaron con monumentos y capillas; los conventos levantados sirvieron para devocion y habitacion. El emperador Justiniano construyó estos con preferencia en las márgenes del Jordan, y alrededor de Jerusalem; restauró las murallas de Belen y de otras ciudades, y fundó un hospital en Jericó para los que quisiesen probar virtud del agua santa en el Jordan. A principios del siglo VII envió el papa Gregorio el Grande fondos á Jerusalem para la construccion de un hospital en el cual pudiesen descansar los extranjeros. Sobre todo para la solemnidad anual de la inauguracion de la iglesia de la santa tumba que duraba siete dias, fué cuando acudia una inmensa cantidad de peregrinos de todo el mundo. Los del Occidente y Norte solian hacer su viaje por la hospitalaria Roma. El admitir y mantener á un peregrino se conceptuaba una accion meritoria. En los países occidentales se reunian donativos y legados con que se levantaron para los peregrinos viajantes. Hasta habia personas que se dedicaban esclusivamente al servicio de los peregrinos. Igualmente de los conventos construidos para ellos se les suministraba después de llamar á la puerta todo lo mejor que contenian la cocina y bodega, sea que estuviesen de ida ó vuelta; en Roma recibian la bendicion del Papa. Mientras que las peregrinaciones se abrian por sí mismas el camino, facilitaban al mismo tiempo la entrada al comercio. Antes de salir de su país vestia un sacerdote al peregrino con su traje especial y después le entregaba la cruz, el morral y báculo. En seguida le acompañaban todos los presentes en procesion hasta el pueblo mas inmediato.

A su vuelta todos salian á recibirle. Se trasladaba con el ramo de palma, la señal de haber verificado la peregrinacion, á la iglesia donde cumplia su voto, y entregaba la palma al sacerdote, que la ponía en el altar para memoria. Al peregrino mis-

mo se veneraba como á un santo y se le socorria en cualquier apuro.

Las cosas habian llegado á tal término, que solo á la Tierra Santa se atribuía la gracia de Dios. Pero de repente cortó el alfanje de los sucesores de Mahoma las ramas mas lozanas del árbol de la peregrinacion; después de la entrega de Jerusalem (686) al califa Omar no quedó en las iglesias ninguna cruz, no se tocaba ninguna campana, ni tuvo lugar ninguna procesion. Desde entonces se acabaron tambien las alegres peregrinaciones, y á su vez emigraron muchos judíos á la Tierra Santa creyendo hallar entre los hijos de Ismael mas tolerancia de la que habian hallado entre los cristianos. Aun el mismo Islamismo dió vida á la peregrinacion, pues los mahometanos consideraban á Jerusalem á lo menos como una morada de santidad. Bien pronto sin embargo principiaron otra vez las peregrinaciones de los cristianos orientales, y la necesidad de reliquias volvió tambien á estimular á los occidentales. A medida que las reliquias subian en precio, se hizo tambien mayor el número. El pobre peregrino que volvia con una provision regular de ellas se hacia rico con su venta, y el rico ganaba tambien en la gracia de Dios; al principio del siglo VIII se distinguieron las peregrinaciones del obispo francés Arnulfo y de Wilibaldo, sobrino de Bonifacio, el apóstol de los alemanes, y tambien de este último, en cuya consecuencia se le nombró obispo de Kichstadt no solo el último regente de los Omiades, Merwan el segundo, sino tambien el primero de los Abasidas. El Mansur, el que habia trasladado la re-idencia del califato de Damasco á Bagdad, hacia sentir á los cristianos el fanatismo mas ardiente. A los horrores de los terremotos se agregaba el peso de la tiranía. A pesar de todo volvió á dar Maldeveo, obispo de Verdun el primer ejemplo de peregrinacion. Pero las guerras de los sarracenos á fines del siglo VIII causaron la perdicion de muchas reliquias y de muchos cristianos: sin embargo, los dos príncipes mas célebres de su tiempo, el califa Harunal Rarchid (quiere decir el justiciero) y Carlo Magno volvieron á aclarar entonces el cielo de la Tierra Santa. Aquel prometió á los embajadores de este todo cuanto pedian en favor de sus correligionarios; hizo aun mas, pues ofreció el dominio supremo de la santa tumba y le mandó entregar las llaves. Volvieron á construirse las iglesias, y el sol matutino del siglo IX parecia anunciar á la Tierra Santa un hermoso dia. Pero por desgracia tuvieron los cristianos que sufrir mucho después de la muerte de Harun (809) y durante las guerras de sucesion de los califas. Sin embargo, el Mansur, el segundo sucesor de Harun, volvió á ser favorable á los cristianos, y los príncipes francos volvieron á restablecer las iglesias. Otra vez sufrieron los cristianos después que el imperio gigantesco de los Abasidas habia sido presa de los califas subalternos. Con todo, no tuvo que quejarse de la ciudad santa y del país, sino del Egipto, el fraile francés Bernardo que con otros dos estuvo en Jerusalem en el año de 870.

(Continuará.)

UNLUGAREÑO.

Hace tres dias que me encontré en un cajon de mi mesa el pliego de papel manuscrito que voy á copiar á continuacion, y que me pareció digno de ver la luz pública, no por otra cosa sino por el carácter de verdad que tiene á mi modo de ver la aventura que en él se refiere.

—Muchacho, ¿para qué me despiertas á esta hora? Dame el reloj. ¡Qué atrocidad! ¡Las ocho de la mañana en un mes de enero!

—¡Bastante lo siento; pero está ahí un caballero que se ha empeñado á toda costa en ver á Vd. Dice que es una cosa urgente...

—Bien: dame la ropa. Dile á ese caballero que pase al salon, y que tenga la bondad de esperarme cinco minutos.

Vestime con la mayor resignacion, y pasé inmediatamente á ver al importuno que me visitaba á una hora tan intempestiva. Júzuese de mi sorpresa al encontrarme frente á frente con un hombre muy gordo á quien yo no conocia, ridiculamente vestido con un pantalon de forma de embudo y un frac largo y estrecho que le azotaba los zapatos de hebilla á cada movimiento que hacia.

—Caballero, me dijo colocando el sombrero debajo del brazo, ¿es Vd. el señor Hernandez, el diputado?

—Servidor de Vd.

—Aquí le traigo á Vd. esta esquelita para que la lea.

Hice sentar á mi interlocutor; y tomé de su mano la sucia y arrugada carta que me alargaba.

—En esta carta, dije yo, después de haberla leído y sentándome cerca de mi hombre, en esta carta me recomienda mi amigo don Agapito al señor don ..

—Eufromio de la Cruz Zaldivar.

—Justamente, repliqué, y no pudiendo menos de sonreír de la velocidad con que aquel ente me habia interrumpido para recordarme el nombre de la persona recomendada, justamente, Eufromio de la Cruz Zaldivar.

—Servidor de Vd.

—¿Cómo! es Vd.? exclamé admirado.

—Sí señor: mi nombre es ese.

—¿Y en qué puedo servir á Vd.? le pregunté de mal humor. Don Agapito solo me dice que es Vd. amigo suyo y...

—Yo le enteraré á Vd., gritó don Eufromio cruzando las piernas y poniendo el sombrero en el suelo. Es el caso que yo tengo un hijo que vive conmigo y con la demás familia allá en Zalamea. Pues como le iba diciendo á Vd., este hijo mio que se llama Benito, ya desde pequeño habia mostrado el talento que la divina providencia le habia infundido.

—Hola, hola! dije yo retirando mi silla de la de aquel mame-luco que en el ardor de su elocuencia me estaba escupiendo á su sabor.

—Si señor, continuó D. Eufromio aproximando su silla y su sombrero; era el chico un portento, segun decia todo el pueblo. Conforme crecia en dias crecia en imaginacion; de manera que á los once años ya echaba discursos con sus puntas de versos, amen, segun me aseguró el señor cura, de haberse aprendido de memoria las cuatro conjunciones del latin de los verbos regulares.

—¡Mire Vd. que monada! exclamé sofocado y apelando al recurso de taparme la cara con un pañuelo.

—Mucha monería; ¿no es verdad? Pues bien: como ya es grande Benito y ha aprendido todo lo que puede saber un hombre, dije yo, ahora lo que le falta es ver a Madrid y conseguir alguna cosa para empezar su carrera. Conque dicho y he aquí que me pasé por casa de D. Agapito; le expliqué la cuestión, y le dije que como él era elector me diese una carta para Vd. que es diputado por el distrito, y me podría servir.

—Y bien, le interrumpí de mal humor, ¿qué es lo que desea Vd. de mí?

—Nada; una friolera. Una cosa que puede Vd. hacer con la mayor facilidad del mundo: se trata de un destino.

Y D. Eufonio, sonriéndose picarescamente, me miraba con cierta sorna.

—¿Un destino eh? le pregunté; ¿y no quiere Vd. mas que un destino?

—Por ahora con uno tengo bastante. Mas adelante no diré que no.

—Veamos pues, le repliqué revistiéndome de la mayor calma y con el fin de ver hasta dónde llegaban las exigencias de aquel hombre; veamos pues: ¿qué destino desea Vd. para su señor hijo?

—Uno así... regular; ya me entiende Vd... con una placita de ocho mil ó diez mil reales...

—Pues, no es mucho pedir.

—Ya se ve que no.

—Su hijo de Vd. tiene muchos años?..

—Diez y seis.

—Muchos servicios, muchos mas que los de una infinidad de personas que llevan veinte y treinta años de empleo y todavía estan con 4 y 5,000 rs.

D. Eufonio me miró sorprendido; pero tuvo valor de contestarme:

—Benito es un muchacho de mucho talento. Sabedor de que yo venia á ver á Vd. con carta de D. Agapito, hizo de repente estos versos:

El señor D. Agapito
con un alma varonil
me recomienda á mi padre
al diputado de Madrid.

—Muy bien, exclamé, merece el destino y mucho mas.

—Pues todavía hay mas, continuó D. Eufonio; sin haber visto en su vida un teatro, y guiándose solo por cuatro ó cinco comedias viejas que le prestaron en el pueblo, ha compuesto Benito una infinidad de comedias.

—¿Y serán muy buenas?

—Yo lo creo! á mí me gustan muchísimo por dos ó tres pasillos que pone.

—Y diga Vd. ¿el sacar un destino cree Vd. que es muy fácil?

—Para Vd., me contestó D. Eufonio, es cosa muy sencilla. Coger al ministro y hacer que eche una firmita; ¿no es esto?

—Caballero, le dije sin poderme ya contener, hágame Vd. el favor de salir de mi casa; vaya Vd. á pedir destinos á quien tenga la paciencia de escuchar sus necesidades.

—¿Me echa Vd.? exclamó el hombre gordo levantándose.

—Pues no es Vd. diputado por nosotros?

—Vaya Vd. con Dios, señor mio, le repliqué volviéndole la espalda. Por muy grato que sea el cargo de diputado, bien se puede renunciar con gusto por no lidiar con zafios como Vd.

Don Eufonio espantado salió de la habitacion.

VÁRO.

UNA VISITA AL CAMPAMENTO DE KALAFAT.

Para dar á nuestros lectores una idea clara de la vida que los turcos pasan en el campamento de Kalafat, tomamos de una carta de Widdin la siguiente descripción de una visita hecha á aquel punto.

Era el 1.º de enero cuando se me concedió el permiso solicitado de poder pasar en una pequeña barca desde Widdin á las colinas cubiertas de nieve de Kalafat.

Las furiosas y rápidas olas del Danubio llevaban río abajo inmensos pedazos de carámbano. El ruido de estos al chocarse, el chillido y crujido que producian al frotar sus cantos dentados, ó al amontonarse en confusos fragmentos, me zumbaban claramente en el oído, mientras que el sordo rumor ó ruido de las rápidas corrientes del río hacia un salvaje acompañamiento de tonos al crugimiento de las masas de hielo en los sitios donde este se detenía amontonándose impedido así á correr. Era una vista imponente el ver á este ancho y profundo río pasar tumultuoso y lleno de pedazos inmensos de carámbanos. La corriente del Danubio es tan fuerte en estos parajes, que el agua se hiela rara vez, pero sí á las orillas se forman los carámbanos.

La pequeña barca que me llevaba, se hallaba tripulada y conducida por marineros turcos de color de aceituna, se desprendía alegre de la orilla derecha, pasaba por medio de un mar de carámbanos sueltos, evitaba hábilmente los grandes pedazos y arribaba salva y sana á la isla situada enfrente de la antigua ciudad Widdin. En dicha isla reinaba en todas partes una extraordinaria animación, vida y tumulto. Botes y barcas cargados de víveres venian de la tierra firme y volvían allá. En la orilla encontramos muchos Redifs (soldados de la reserva) trititando de frío, envueltos en sus capotes pardos con capuchas, y rodeados sus pies con toda clase de objetos para resguardarse del frío. Algunas veces se mezclaban entre ellos los soldados negros y tostados del desierto. Me parecía que el frío les hacia aun mas negros de lo que ya son, lo mismo que nos da á nosotros un color azul. Presentaban los uniformes mas diversos, siendo aun mas variados los trajes de los soldados irregulares. Una vista pintoresca ofrecian, así que se mezclaban entre ellos, los valacos con sus facciones pensativas, sus largos cabellos, sus pellicias de largo pelo y sus cabezas cubiertas de un adorno ó sombrero extraño de forma cónica. Era en efecto una rara mezcla de las diferentes nacionalidades, que la guerra habia reunido aquí. Raro es indudablemente ver á un hijo del ardiente desierto del Nilo, que en su vida ha sabido lo que es la nieve, puesto en contacto con los valacos y búlgaros, cuya media vida casi ocupaba el afán de resguardar contra la muerte producida por los hielos. El clima en estos países danubianos

es sumamente rígido. Mientras que en el verano el calor sube á veces á 100 grados Fahrenheit, baja el mercurio del termómetro de Reaumur en el invierno muchas veces á 15 y mas grados bajo cero, y una capa de nieve de varas de altura cubre los campos y caminos.

Después de abandonar el desembarcadero atestado de carros tirados por bueyes, y de trineos, de caballos y asnos cargados de sacos, de carreteros y arrieros, nos condujo un hondo carril abierto en la nieve al través de la isla á la otra orilla del río. En esta parte los turcos habian construido un puente flotante de barcas, que une la isla con la tierra firme. A distancia de media legua se halla situado y á la falda de una colina el pueblo ó si se quiere la villa de Kalafat. Puede ser que este pueblo sea bastante bonito cuando el sol alumbra sus casas y cuando los altos mástiles y el cordelaje de los buques se dibuja en él; pero lo que es en el invierno, cuando una capa blanca y un color de nieve cubre todo, se vuelve el paisaje bastante desconsolador, triste y todo mas que pintoresco. Con escepcion de algun que otro edificio, las demás habitaciones de un pueblo valaco no son visibles sino al ojo muy ejercitado y acostumbrado á este modo de vivir; y cuando yo estendia mi vista sobre este panorama que se me presentaba al otro lado del puente, me pregunté á mí mismo con bastante admiración, dónde pudiesen hallarse los 48 ó 20,000 hombres que segun mis noticias acampaban en los atrincheramientos que tenia á la vista.

A medida que me aproximé al pueblo, hallé señales mas numerosas de vida y toda clase de preparativos para el caso de un ataque. Ordenanzas atravesaban á galope la nieve apisonada, soldados llevaban caballos de carga y de silla, aldeanos valacos traian leña y maderas de construcción en carros tirados por bueyes, mientras que aquí y allí encontré grupos de trabajadores ocupados en los atrincheramientos y que salian en direccion á sus trabajos. El único Khan ó café (taberna etc.) estaba lleno de huéspedes, que bebian raki y café, y fumaban largas pipas. Hasta habia algunos que jugaban en un billar antiquísimo y muy deteriorado. Este era un mueble muy curioso; el paño verde tenia seis anchas rasgaduras, cada una de media vara de larga, y en las troneras habia cabido la cabeza de un ruso con su tschakó. Me parecia que estas rasgaduras eran á imitación de los reductos de Kalafat unos obstáculos artificiales aplicados para impedir á las bolas correr á las troneras.

A escepcion de este Khan y de unas dos docenas de casas, pintadas de un blanco bastante limpio, no noté al principio ninguna otra morada humana en Kalafat. Verdad es que el suelo se hallaba acumulado de antiguos montones de paja de maiz y de granos; los cerdos se revolcaban en la paja; pero en vano buscaba las casas á que pertenecian todos estos objetos. Sin embargo, pronto observé unas elevaciones del terreno cubiertas de nieve, de las cuales se levantaba humo, y entonces se formó en mi confusa mente la idea de que Kalafat podia quizás ser al cabo y al fin un estenso y considerable pueblo; con la particularidad de que sus habitantes moraban debajo de la tierra, en lo cual me afirmé á observarlo mas de cerca.

La mayor parte de las habitaciones de este pueblo son cuevas en el verdadero sentido de la palabra, y por to tanto sus habitantes una especie de *tragladitos*, pues la gran mayoría de valacos se han establecido de esta manera.

Achmet-Baja, que habita una de las pocas verdaderas casas de Kalafat, me recibió con mucha política. Es un buen militar, aun joven, y tiene la tez oscura y la piel suave de los orientales. En el momento en que entré iba justamente á ponerse á comer con Mustafá-Baja, el Terik ó general en jefe de la caballería. Este es un guerrero de la antigua guerra del Egipto con cabellos ya canos y de una robusta y fuerte constitucion, manifestando su abultado abdomen que su dueño ha pasado ya los mejores años. La comida de estos dos oficiales consistia principalmente en un *pillau* gigantesco, que se sirvió en una vasija de barro y en la cual metian alternativamente sus cucharas. El aposento del general era alhajado de un modo muy sencillo; los muebles se componian de un banco de madera para uso de los huéspedes, de un cajon de madera en un rincón y de un pequeño estante de libros, en el cual encontré un *Manual d'Artilerie* y un diccionario francés-turco. Una cajita, en cuya tapadera lei la inscripcion *Savon ponce* y que contenia cigarros, dió la vuelta después de acabada la comida, y entonces principié una conversacion en alemán, cuyo idioma habla Achmet-Baja con bastante facilidad. Después de cambiar algunas frases políticas pedí el permiso de poder ver los reductos y demás obras de fortificación, y después de haberme sido otorgado, tuvo fin nuestra entrevista, y me ausenté para ir en busca de un oficial de cazadores, para el cual tenia una carta de recomendación y con el cual pensaba visitar los atrincheramientos.

Un Kwasch del cuerpo de guardia de Achmet-Baja me enseñó el camino. Me llevó á un cerro cubierto de tiendas de campaña dispersadas, y se paró á poco rato delante de un agujero en la tierra, que parecia dar entrada á una mina, pero que era en realidad la puerta de la habitacion de un oficial llamado Tefik-Bey. Seguí á mi conductor á la profundidad, y llegué á un subterráneo, donde á mano izquierda estaba un soldado ocupado con la preparación de la comida delante de una estufa de barro. Algunos enseres de cocina, varios sables, fusiles, yataganes yacian esparcidos por el suelo, y á su lado una sarten y un capote militar. Al fin del subterráneo se abrió de repente una puerta baja, y un jóven oficial turco, vestido casi enteramente á la europea, con la barba afeitada, unas patillas bien cuidadas y el cigarro en la boca, se acercó á mí y me recibió con la mayor afabilidad y cordialidad. Tenia algunos amigos consigo. Su casa estaba arreglada del modo siguiente: primeramente habíase trazado la planta en el suelo y después escavada la casa, dejando únicamente en pie á aquellas partes que debian servir de pared maestra ó medianera. Así que este foso tiene siete pies de profundidad, se cava un pasillo que va en suave inclinación hacia el interior, por regla general sin gradas ó escaleras, formando dicho pasillo la entrada de la casa. Luego se atraviesa á lo largo y sobre el centro del foso una viga, sobre la cual se colocan palos largos y cruzados, para formar con ellos el techo. Encima de este se estienen esteras de ramas trenzadas y se cubre todo de tierra. Por regla general recibe semejante habitacion toda la luz por la chimenea, la cual en union con el fogan compone una de las partes mas interesantes del arreglo de una casa. Pero como la de que hablamos pertenecia á un oficial, pudo vanagloriarse de tener tres ventanas, cuyos huecos estaban cubiertos de papel untado en aceite, pero no

reemplazaba de ninguna manera á las de cristal. Las paredes de la casa estaban cubiertas de esteras, detrás de las cuales los topes y ratones armaban de noche un ruido infernal. Al fin del entarimado habia una pequeña elevacion cubierta de tapices, en la cual estabamos sentados con las piernas cruzadas.

Aquí pasamos el dia en alegre conversacion, fumando de cuando en cuando nuestra pipa y olvidando por algunas horas que Kalafat era un campamento al que amenazaba un poderoso enemigo y donde quizás ya al dia siguiente podia tener lugar una sangrienta lucha. El cañonazo de la tarde acababa de dar á los habitantes del campamento la señal de que las puertas iban á cerrarse, cuando se nos sirvió una opípara cena, á la que todos echamos mano con el mejor apetito. Después de la cena admití la invitacion de mi anfitrión de acompañarle á una visita nocturna á las tropas en sus cuarteles subterráneos. Un soldado con un farol nos precedió, y así pasamos por medio de la nieve y al lado de varios centinelas y cañones, hasta que llegamos á una cueva semejante á la anterior, delante de la cual se paseaba un centinela. Este no nos dió el *quien vive*, pero presentó silencioso las armas. Entramos en el pasillo y un espectáculo muy extraño se presentó á nuestra vista. En una gran sala subterránea se hallaban unos 200 soldados formados en dos filas. Delante de ellas habia diferentes otros soldados con largas breas encendidas, cuya luz vibradora relucia en los cañones de los fusiles de los primeros así que la gente hacia el ejercicio. La media oscuridad del aposento, el humo de las breas, la voz de mando apagada de los instructores y el ruido de los sables de los oficiales dieron á esta escena el carácter de una asamblea de conspiradores militares. Estos ejercicios de noche y debajo de la tierra es un espectáculo, el cual no se halla hasta ahora descrito en ningun libro. Sin embargo, es preciso confesar que era muy á propósito para inspirarnos una alta idea del aseo y de la buena instruccion de los soldados turcos, pues ejecutaban con la mayor precision ciertas partes del manejo del arma, y su porte militar hubiera avergonzado á muchas de nuestras propias tropas.

El dormir sobre esteras impide el que se duerma hasta muy tarde. El cañonazo de la mañana habia apenas conmovido las paredes de nuestra casa y despertado el eco de los cerros vecinos, cuando ya habiamos montado á caballo y pasábamos por en medio de los reductos. El pueblo de Kalafat está situado en un pequeño cerro que desciende suavemente en direccion al río. El terreno alrededor es igualmente ondulado, y aquí es donde los turcos han levantado sus líneas de defensa. Kalafat es el punto céntrico y delante de él se eleva un reducto muy largo. Se compone este de un foso y parapeto que forma en toda su longitud ángulos salientes hacia el enemigo, estando las puntas de estas, cortadas y divididas á manera del cráter de un volcan á fin de recibir con fuego de flanco y cruzado al que ataca. El foso y el reducto se estienen hacia arriba y abajo del Danubio y se hallan defendidos por fuertes avanzados construidos en toda la longitud de la línea. Detrás de esta se halla una segunda línea que cubre la primera y domina el terreno que está al frente de los reductos. El puente entre Kalafat y la isla está igualmente defendido por una cabeza, y la isla misma está fortificada y erizada de cañones. Además debe advertirse que la situacion de Widdin y Kalafat se halla comunmente mal marcada en la mayor parte de los mapas, pues en estos pueblos estan situados el uno al frente del otro. Kalafat se halla en realidad á un cuarto de legua mas río arriba.

Con respecto á la batalla de Citaté dice la espresada carta lo siguiente: El número total de las fuerzas rusas en los principados danubianos calculan los oficiales turcos en unos 120,000 hombres, segun los informes fidedignos. Pero como de este número debe deducirse á lo menos un veinte por ciento, en enfermos y destacamentos que han tenido que dejarse en las partes sublevadas, es muy difícil que el principe Gortschakoff tenga á su disposicion mas que 70,000 hombres, y de estos hay 30,000 en la Valaquiá. Las fuerzas con que los turcos atacaron á Citaté el 6 de enero, el dia de Navidad de la antigua era, se componian exactamente de 10,000 hombres de infantería regular y cazadores, 4,000 hombres de caballería regular y de 1,000 baschibozuks (caballería irregular) con dos baterías y algunos obuses. El ataque puede llamarse una completa sorpresa, pues los rusos estaban justamente celebrando la fiesta de Navidad. Muchos de estos y aun los oficiales se vieron de este modo precisados á pelear en mangas de camisa y algunos hasta en calzoncillos. Ya es conocida la pérdida que sufrieron estos; la de los turcos calculan estos (quizás demasiado poco) en 400 muertos y 700 heridos. Hay una circunstancia muy extraña, y es que los turcos dicen haber hecho solo dos prisioneros el dia 6, y atendida la manera sabida de los turcos irregulares, de no perdonar la vida á ninguno, es de temer que se hayan cortado la cabeza á muchos rusos después de hechos prisioneros. Sobre la situacion de Citaté es menester hacer la siguiente observacion. El camino de Kalafat hacia este pueblo pasa por Roman, Golontza, Perkuri, Moglawit, Gunia, y Funtina siempre cuesta arriba. Citaté se halla situado en la altura, y es un pueblo largo con casas diseminadas; se compone de un callejon que tiene casi legua y media de largo y en su centro la iglesia. En ambos fines de este callejon habian los rusos levantado reductos y baterías. Un gran estanque formado por el Danubio que riega el pueblo en su costado izquierdo, impidió cada aproximacion por este lado.

Como conclusion daremos aun algunas noticias sobre el actual gobernador de Widdin, Sami-Baja. Este ha sido bien visto en los círculos de París y Londres, y tiene la fama de ser un hombre de modales muy finos y de gran talento. Fué en otro tiempo la mano derecha de Mehemet-Alí, y es actualmente á escepcion de Reschid-Baja, sin duda alguna el hombre de estado mas capaz que tiene la Turquía. La administracion del bajalato de Widdin es aun en los tiempos de paz un cargo que requiere disposiciones y cualidades sobresalientes. El Baja debe en todo tiempo saber lo que pasa entre los búlgaros y obrar en su consecuencia. Debe ser además un hombre esperimentado y exacto en los negocios, y en todos estos conceptos se ha manifestado Sami-Baja siempre muy superior. Por lo demás, presenta en su aspecto exterior aun muchas cosas de los turcos antiguos, pues va aun vestido en la larga y negra pellicia oriental, que aparece á los ojos del Welmahs mucho mas hermosa que el estrecho y pobre traje de los franceses que ha introducido el Sultan Mahmud. Ismail-Baja por fin es tambien un turco de la antigua escuela, y su exterior anuncia desde luego lo que es, es decir, un intrépido guerrero.



A LA SEÑORITA DOÑA CARMEN FERNANDEZ BAEZA.

LA TERTULIA.

POLKA-MAZURKA PARA PIANO,

POR

JOAQUIN RAMON GARCÍA.

PIANO....

ff. P. P. P.

ff. P. P. F.

8.^a F. FF.

The musical score consists of five systems of two staves each (treble and bass clef). The key signature has two sharps (F# and C#). The first system includes dynamic markings *FF* and *FF.*. The second system includes *P.* and *FF*. The third system includes *8.^a*, *trino*, and *P.*. The fourth system includes *trino* and *trino*. The fifth system ends with *FIN.*



CRONICA DE SUECIA.

1772.

FEDERICO.—¿Qué hariais vos en mi lugar?
GUSTAVO.—Lo que vos hacéis, señor.

Tocábase al fin de un sereno día del mes de agosto: el calor, bochornoso siempre en el corto estío de los países septentrionales, disminuía su intensidad á medida que se esparcían las sombras sobre la tierra. Empezaba el viento á refrescar la abrasada atmósfera, y hacia estremecer las hojas de los árboles matizadas ya de púrpura y de oro: postrero y brillante adorno que encubre todavía la decrepitud y la muerte. En el camino de Carlsrona á Christianstadt, un hombre á caballo con unos veinte caballeros que por respeto le seguían á cierta distancia, detúvose un momento en la cima de una larga subida que rápidamente acababa de tropezar. Admirable era el paisaje que desde aquel elevado punto se descubría. Estendíanse sobre la izquierda, cual si fuera una larga cintura negra, las sombrías olas del Báltico, donde algunos buques abrían al viento como aves de mar, sus anchas alas blanquecinas, mientras que sobre su izquierda descendiendo lentamente el sol al horizonte de Escania, hacía las aguas del Sund, inundaba el Poniente de deslumbradoras mangas de luz. A la estremidad del camino, y entre la niebla que al caer el día se alza constantemente por cima de aquellas comarcas, distinguíanse las fortificaciones de Christianstadt, en que contaba nuestro viajero hallar reposo y hospitalidad. Reinaba completa quietud en sus contornos; ni el mas leve ruido se percibía en aquellas campiñas tan hermosas y floridas entonces, aunque desnudas y asoladas durante la larga estación de nieves. Triste y majestoso á la vez era el espectáculo que ofrecía aquel inmenso reino tan pobre de habitantes por su ingrato y estéril suelo, y donde dos hombres nacidos á veinte leguas de distancia quedaban eternamente separados por el desierto.

Así que le alcanzaron sus compañeros, echó su caballo al galope el baron de Rudbek con objeto de llegar antes que el crepúsculo á las puertas de Christianstadt, de cuyo punto distaba todavía unas tres millas. Cerca ya de la ciudad, mandó á uno de los caballeros que se avanzase para anunciar su llegada al capitán Hellichius, gobernador de la fortaleza. Rudbek, comandante general de Estocolmo, estaba encargado por el comité secreto de ver por sí mismo el estado y espíritu de la provincia de Escania, en la cual se temía con razón una revuelta. Reunidos se hallaban los estados desde el 13 de junio del año anterior; pero despedazados con divisiones intestinas, veíanse á cada momento presa de mil facciones que solo miraban su interés propio, ni se ocupaban de otra cosa mas que de mantener su preponderancia sin realizar reforma alguna. La mayoría en las tres clases inferiores de la dieta se había pasado de los *sombreros á los gorros*, quienes no habían podido olvidar el trágico fin del conde de Hornn y sus amigos. Pero después, con motivo de un cambio producido por la debilidad é irresolución del difunto rey, así como por falta de sincera condición, había abierto el partido de los *sombreros* secretas negociaciones con la corte, oprimida también por los *gorros*. En medio de semejante confusión desvaneciéronse las esperanzas de que subiese al trono el príncipe real. La afabilidad de sus modales, su elocuencia, su esmero en oír las quejas de sus súbditos, le habían alcanzado el aprecio y cariño de sus vasallos; pero en el seno de los estados mil interminables y ociosas discusiones sobre el acta de seguridad que debía jurar el príncipe para mantener en su pureza la Constitución del reino, había diferido su coronación hasta el 29 de mayo de 1772; y Gustavo III, cansado de no poder hacer bien alguno en su país, pasaba una vida contemplativa fuera de Estocolmo en los sitios reales de Ekholmsund y Ulrickodal, dejando al partido vencedor que pidiera y lograra la deposición de los miembros del senado de la facción opuesta; venganza impolítica que hería de muerte á la nobleza, y reduciéndola á la desesperación, hacía mas accesible á cualquiera idea de cambio de gobierno. Otro mal todavía mayor vino á unirse con estas causas de inquietud y turbación. Mientras que los miembros de los estados generales corrompidos y sin poder vivían de los subsidios de la Francia, ó se vendían públicamente á las promesas de los embajadores de Inglaterra y Rusia, sufría el pueblo sin poderse quejar siquiera. La mas espantosa carestía había arrojado también el hambre y la miseria en todo el radio del reino; y fuese imprevisión ó cálculo maquiavélico para aumentar el descontentamiento, no se había hecho en el extranjero mas que unas pocas é insuficientes compras de trigo.

Tal era la situación de la Suecia quince meses después de la muerte de Adolfo-Federico. La medida estaba en su colmo, y al menor sacudimiento había de rebotar; pero hubiera peligrado la cabeza del que imprudente se hubiese ofrecido á conjurar el próximo naufragio. Cual todos los gobiernos débiles que al sentir cercano su fin acusan á todo el mundo, excepto á sí mismos, del mal resultado de sus obras, el partido dominante de la dieta imputaba el malestar general á los manejos de sus adversarios, y en vez de operar perdía el tiempo en sus sospechas de fantasmas y complotos. Aunque separado de los negocios, inspiraba cierta desconfianza Gustavo, no por sus intenciones manifiestas, ni por hechos positivos, sino porque con la sola fuerza de su unidad, amalgamase, absorbiéndolas, aquellas fracciones de autoridad disueltas, que en guerra siempre, y sin raíces ni cohesión, ejercían cada cual á su vez la mas temible tiranía. Sospechoso era también para los estados el viaje de los dos hermanos del rey, los príncipes Carlos y Federico. Hallábase el uno en Escania esperando que regresase de Prusia la Reina viuda, y el otro tomaba las aguas de Métiwy. Pero tan prolongada permanencia en unas provincias cercanas á la capital, encubría quizá el designio de juntar tropas, las cuales en aquella época del año, según establecía la Constitución, estaban diseminadas en sus hogares, y no podía llamarseles á las armas sino por medio de una orden de los estados generales. El baron Rudbek, sincero amigo de Gustavo, no al propio tiempo partidario en el alma de la Constitución, había cumplido ya la mayor parte de su viaje observador en Escania, sin haber notado señal alguna de revuelta, cuando pasaba á Christianstadt, plaza con 1,500 hombres de guarnición, sin presagiar otra acogida que la que en todas partes acababa de recibir.

Sin embargo, no volvía el caballero que de su corta escolta había destacado. Inquieto de semejante tardanza, siguió ade-

lante Rudbek, y al torcer de una colina que le ocultaba la vista de la ciudad, presentósele corriendo su mensajero.

—Deteneos, gritó el hombre; deteneos por Dios, mi general, que nos van á hacer fuego.

—¿Pues qué hay? preguntó Rudbek.

—¿Qué hay? repuso el soldado: que la guarnición está en revuelta, y la plaza entregada á mil quinientos demonios que guardan sus muros con mecha encendida y armas al hombro.

—¿Y no quisieron abrirte las puertas?

—No me dieron tiempo de pedirselo; porque dije que venía en nombre de los Estados, y por respuesta, á los gritos de *viva el rey* me han enviado una descarga de mosquetería que dejó tendido á mi pobre caballo. Lo que es por mí juzgué que no era prudente continuar la conversación, y un pié tras otro vine á daros parte de tamaño desacato.

A tan inesperada nueva, quedóse aterrado y silencioso Rudbek; pero á los pocos momentos dijo al mensajero:

—Tú me engañas! es imposible! Y volviéndose á su escolta: «Adelante conmigo!»

Mas el soldado cogió la rienda de su caballo y le obligó á pararse.

—Mi general, le dijo, por Dios que correis á una muerte cierta. Ya que dudais de la verdad, pasar la vista por encima de este papel.

—¿Y qué es ese impreso?

—Una proclama del capitán Hellichius.

—¿Quién te la dió?

—Unos paisanos que viven fuera de las puertas de la plaza, y en cuya casa entré un instante para que me curasen un rasguño que en el brazo izquierdo me han hecho aquellos malditos perros.

Tomó Rudbek el papel de manos del soldado, y á los últimos rayos del día leyó un manifiesto en que decía Hellichius que se declaraba independiente del gobierno, porque algunas personas habían tomado injustamente el nombre del *Estado del reino de Suecia*, ejercido un poder tiránico, ultrajado la justicia, y favorecido las miras extranjeras... porque estos hombres no habían tomado precaución alguna para evitar tan horrorosa carestía, y habían dado violentos ataques al poder real... Y por lo mismo, la guarnición de Christianstadt daba ejemplo á todos los suecos, protestando que no dejaría las armas hasta que se devolviera á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Ninguna duda le dejó ya la lectura del manifiesto. El nombre del rey mezclado en cada línea, parecía indicar cierta complicidad cuyo riesgo azoraba á Rudbek. Sin fuerzas de que disponer para atacar á los sublevados, el único partido que le quedaba era regresar á Estocolmo, y dar parte al comité secreto de aquella rebelión; y á pesar del cansancio de muchas horas de una marcha, volvió grupas para la capital del reino, destacando antes á la ligera un correo, con un pliego dirigido á los miembros del comité. El 16 de agosto á las cuatro de su tarde llegó Rudbek á Estocolmo.

Sin pararse un momento, y sin informarse siquiera de si sus colegas habían recibido su mensaje, pasó directamente á ver al rey, quien desde la víspera había regresado también á la capital. Así que entró, cubierto de sudor y polvo, estaba solo Gustavo en su retirado gabinete, con los balcones abiertos que daban á un magnífico jardín cuya melancólica sombra derramaba fresca y reposo en aquella hermosa estancia. Este jóven rey, acusado de criminales proyectos; este temible conspirador, bordaba á la sazón una flor que había prometido á cierta señora de su corte (1). Volvió la cabeza el rey al ruido que hizo Rudbek, y díjole con aquella gracia que en sus saludos tenía:

—Bien venido, amigo mio. ¡Tan pronto de vuelta! Agradézcoos la que acabais de darme; porque según indica vuestro traje, habeis creído, y con razón, que nadie en Estocolmo tiene mas derecho que yo á vuestra primera visita. Así pues, franqueza y sincera amistad es lo que de vos apetezco. ¿Y qué nuevas me traéis de las provincias? ¿Vive dichoso mi pueblo? ¿Me quiere todavía?

Sin dejar Rudbek un solo instante de mirar á Gustavo, puso en sus manos el manifiesto del capitán Hellichius.

—¿Que es eso? preguntó el rey.

—Léalo V. M., respondió Rudbek mirándole con la misma atención.

Mas bien sorprendido que chocado de semejante obstinación, leyó Gustavo en alta voz la proclama.

—¿Cosa extraña! dijo: ¿Y cómo llegó á vuestras manos este trozo de elocuencia?

—Señor, respondió Rudbek admirado de aquel aire de tranquilidad é ignorancia, en las puertas mismas de Christianstadt se ha distribuido este llamamiento á la revuelta, invocando el nombre de V. M.

—Efectivamente, dijo Gustavo, leyendo otra vez el papel; aun no conocia el veneno que esto encierra. ¿Sabeis, Rudbek, que es suficiente para destituirme de mi corona?

—Pláceme que V. M. conozca el riesgo.

—Sí; ¿pero qué puedo yo hacer? aprobar las medidas que hayais tomado vos, y desde ahora consiento en ellas. ¿Y ha llegado ya á conocimiento del senado y comité?

A la respuesta afirmativa de Rudbek, continuó el rey:

—Obren pues y sin perder tiempo; esas cuestiones no me toca á mí por cierto deslindarlas. ¿Qué tal os parece este dibujo, general? Y le hizo una seña al mismo tiempo para que se acercase á contemplar su bordada flor.

—Señor, exclamó Rudbek aturdido de semejante ligereza, V. M. me aprecia y por vos diera yo mi vida. Mi corazón y mi espada puse á vuestro servicio; hice juramento de defenderos contra vuestros enemigos; empero seríais yo de V. M., señor, si llegárais á olvidar lo que á Suecia prometisteis. En nombre de vuestros padres que os transmitieron esa corona que habeis de legar á vuestros hijos, juradme que ignorais cuanto acabo de decir, y que sin vuestro consentimiento ha cobijado Hellichius á vuestro nombre su infame traición: jurádmelo, señor, y os creo.

Interpelado así Gustavo, levantóse con manifiesta emoción en su semblante, y cogiendo la mano de Rudbek, dijo saltándosele las lágrimas:

—¿Cómo! ¿Sospechais de mí? Vos que conoceis hasta el fondo de mi alma? Triste es la suerte de los reyes, si vale menos su palabra que la del último de sus súbditos. Presente es-

(1) *Historia de Gustavo III*, por Frossetti.

tábais, Rudbek, cuando juré la acta de seguridad (1). Nada olvidé de lo que entonces prometiera.

Vencido quedó Rudbek con las espansivas palabras de Gustavo, y cayendo de rodillas, le pidió perdón de sus sospechas; pero alzóse el rey bondadosamente, y arrojóse á sus brazos para dar libre curso á su sensibilidad (2).

Dejóle por fin Rudbek seguro de su inviolable adhesión á las leyes y libertades de Suecia; y al entrar en la sala del *comité secreto*, el cual deliberaba sobre las medidas que habían de tomar, fué su primer cuidado salir garante por Gustavo el rey: «Ese jóven, dijo, es incapaz de engañar á nadie (3).»

Empero al día siguiente cundió la noticia en Estocolmo de que los dos hermanos del monarca reunían apresuradamente tropas. General fué la alarma, y recayeron de nuevo las sospechas en Gustavo. Dispuso entonces el *comité* que no saliese el rey de las puertas de la ciudad, y este se sometía á todo, aprobando cuantas medidas tomaba el senado, y hasta dió un decreto escrito de su puño y letra á ambos príncipes para que entregasen el mando de sus tropas al baron de Funck, nombrado gobernador de Escania, y viniesen á tomar órdenes á Estocolmo. Pero al propio tiempo que se espedia aquella orden, esplicaba un mensajero de los príncipes á los estados generales el motivo de su conducta, alegando que solo habían tomado las armas para hacer entrar al rebelde Hellichius en su deber, y castigar á cuantos intentaran seguir su ejemplo.

Entregada la ciudad entera de Estocolmo á tan contradictorias nuevas, iba fermentando sin cesar. Sentíase la cercanía de un enemigo; pero este enemigo que aterraba á todo el mundo era invisible todavía; de suerte que los ciudadanos temblaban sin saber por qué. Todos los poderes, el de los estados y el del rey, vacilaban sobre su base en este general crujido, y el suelo tambalaba bajo sus plantas, iba á cubrirse de escombros; pero ¿á quién habían de servir de pedestal aquellas ruinas? ¿La mano oculta que había desencadenado la tempestad, sería luego bastante poderosa para contenerla?

Numerosas patrullas de caballería ciudadana circulaban por las calles, esperando que llegasen á su auxilio un batallón del regimiento de Upland y otro del de Sudermania. A todo bastaba la actividad de Rudbek, á sus funciones de miembro del *comité secreto*, y á sus deberes de gobernador general. Mil veces durante la noche respondió á su voz la de Gustavo. El rey, en efecto, prisionero en su capital, pero no arrestado en su palacio, mezclábase por entre los grupos de los ciudadanos de todas clases (4), hablando con preferencia con los mas oscuros, chocando su vaso contra el vaso de los jornaleros á quienes embriagaban tanto sus palabras como los licores que á beber les daba, y apretando mil puercas y callosas manos en la suya. Aquí distribuía dinero á familias pobres; allá se hacía contar lo que habían padecido desde que por imprevisión de los estados entrara el hambre en sus dominios. Ignoraba él todos estos males, y figurábase que habían comprendido sus paternales intenciones los que servían de intermediarios entre él y su pueblo. Cada palabra, cada acción suya, acogíanla mil gritos de *viva Gustavo!* y la muchedumbre no veía en él un señor y tirano, sino un amigo, un igual. *Digno eres de ser nuestro rey*, decía un oscuro jornalero, dándole con la mano á la espalda, y respondía Gustavo con una sonrisa de cariño; de modo que en el corto espacio de dos noches hizose el idolo del populacho, creándose una improvisada milicia entre la clase de hombres cuyos puños vuelcan murallas y quiebran el hierro.

Cierta voz, mientras mandaba á un tahonero que pesase varios panes delante de él, y que por no llegar al debido peso, le condenaba á alimentar gratis por dos días á cuantos hubiese defraudado, esparcióse el rumor cuyo origen nadie conocía, de que *los Gorros*, inquietos por la popularidad del monarca, habían resuelto apoderarse de él, y entregar á Rusia la Suecia. Diez mil brazos se hubieran alzado en su defensa, si hubiese proferido una sola palabra Gustavo: pero él mismo calmó al alborotado gentío, y para probar la falsía de estos recelos, entró en su palacio, y sin el menor asomo de inquietud asistió á una representación que se dió la noche del 18 agosto en el teatro de la corte, después de la cual hizo jovialmente los honores de una cena de ochenta cubiertos á los senadores, oficiales, generales y embajadores de las potencias extranjeras (5).

A las dos de la madrugada hallábase solo Gustavo en el mismo gabinete en que había recibido Rudbek sus juramentos y visto correr sus lágrimas á las solas sospechas de complicidad y pacto con la revuelta.

—¿Otra noche mas sin dormir, dijo, y mañana seré rey! Desde mañana tendré razon en todo y sonreiré delante de mí esa nobleza vendida á todas las corrupciones. Mañana arrojaré de un puntapié á esa imbécil canalla que sobre mí ha dejado el fétido olor de la miseria, y pondré el bozal á ese pueblo tonto que se figura que sus señores le halagan solo por el placer de ensuciar su cuerpo al rozarse con él! Pocas horas mas... ¡Ah! el último instante que separa el pensamiento de la ejecución es ciertamente un abismo! Una vez llegado ya á este punto, en que todo está minado en torno de sí, deslízase el pié y puede muy bien caer en la red que para los demas se puso. ¿Qué es lo que pudiera perderme ahora? Una imprudente palabra. Era yo un niño cuando, quince años há, queria dar lecciones al rey mi padre. El pensamiento de un hombre lo abraza todo, lo presente y lo futuro; pero son menester instrumentos á esta voluntad; son menester brazos para recoger los frutos del germen que se siembra. Si hubiese yo podido obrar por mí solo, tranquilo estaría ahora y seguro del éxito. Porque ¿quién hubiera adivinado mis intenciones? ¿El senado que á su vista me deja levantar dos ejércitos; que no ha conocido mi mano en el manifiesto de Hellichius, y se contenta con cerrarme las puertas de Estocolmo, cuando ya he dado á mis hermanos los príncipes el pretexto que nos faltaba para hacernos de soldados? ¿O las adivinará tal vez ese crédulo pueblo cuya hambre he ido aumentando de un año á esta parte, para hacerlo ahullar de júbilo al arrojarle hoy un pedazo de pan? ¿O será ese honrado Rudbek que cree en la sinceridad de las lágrimas, y no sabe

(1) Gustavo firmó el acta de seguridad sin leerla, y dijo á la diputación de los estados: «Creo que aquí no se trata de otra cosa que del bien del reino, y el juramento que de mí se exige hace ya tiempo que está grabado en mi corazón.»—*Charactere und anecdotem*.

(2) Skeridan, *Historia de la última revolución de Suecia*.

(3) Correspondencia del abate Michelessi.

(4) Sheridar, *Historia de la última revolución de Suecia*.—*Curso del Norte*.—*Historia de Gustavo III*.

(5) Hist. de Gustavo III.

todavía que decir á un hombre que jure, es darle garantías para mas mentir? Pero antes que llegue el suspirado instante puede descubrirse mi intencion, y de su fidelidad pueden cantearse mis confidentes! No importa: echada está ya la suerte. Feliz ó desgraciado, preciso es aceptar el desenlace de la comedia que he compuesto. El trono ó el destierro, la muerte quizá...

Al siguiente día 1.º de agosto, á las diez de su mañana, pasó Gustavo al arsenal donde estaban reunidos muchos oficiales adictos á su causa. Con ellos atravesó la ciudad, y en medio del pueblo, de sus aliados de la víspera, á quienes conocia y llamaba por sus nombres, volvió á palacio en el momento en que se mudaba la guardia. Arrojo allí la máscara, declara que ha resuelto salir de la vergonzosa dependencia que le tenia una nobleza insolente, y protesta que no hay sueco ninguno que él aborrezca el poder arbitrario (1). Al acabar su arenga, mientras recibia juramentos de fidelidad de cuantos le cercaban, pidió hablarle un senador, y mandóle Gustavo que se fuera al senado, á cuyo seno pasaria luego él en persona; pero apenas abrieron su sesion los senadores, apoderáronse de las puertas treinta granaderos, declarándolos á todos arrestados.

Hecha quedó la revolucion desde aquel momento. El comité secreto se separó por sí mismo, así que vió que en menos de dos horas se habia hecho dueño el rey de toda la fuerza armada de Estocolmo, y supo que el capitán Hellichius habia puesto á Christianstad en manos de Carlos, cuyo príncipe avanzaba con parte de sus tropas hácia la capital. Solo Rudbek quiso oponer resistencia, y frenético por haber sido juguete de la doblez de Gustavo recorria calles y plazas, llamando á las armas á los suecos. El mismo rey, á quien trató de obstruir el paso amenazándole con su espada desnuda, se volvió impasible á sus oficiales, diciéndoles:

—Detened á ese loco.

Embriagada de gozo estaba la muchedumbre, y libre del poder de los estados, tendia con entusiasmo las manos á otra nueva tiranía: aquel rey, prisionero por la mañana, era dueño absoluto por la noche. Convocáronse dos dias después los miembros de la dieta en el palacio rodeado de tropas y cañones con mecha encendida. Entró Gustavo, y dando en la tabla tres veces con el martillo de plata de Gustavo Adolfo, impuso silencio, y pronunció un largo discurso en el cual reconvenia á los estados con desprecio y sarcasmo, su vergonzosa venalidad. Dió en seguida lectura de una Constitucion redactada de su mano, confiscando las libertades de Suecia en beneficio de la autoridad real, y recibió después su juramento de fidelidad que él mismo les dictó. En fin, para concluir dignamente tan larga serie de ardidés y mentiras, puso sobre sus sienas la corona, entonó el *Te Deum*, y rindió homenaje de su éxito feliz al Todopoderoso, quien no se lo hubiera concedido probablemente, si se mezclase en las disputas de reyes y pueblos.

LA CRUZ DEL PUENTE.

HISTORIA DEL SIGLO XVIII.

I.

Era el 9 de agosto de 1765. Entre los habitantes de Abevilla reinaba la mayor consternacion, y numerosos grupos se formaban por todas partes. Los hombres contaban á los pasantes varios detalles que los hacian estremecer, y alzaban las mujeres sus manos al cielo gritando contra el perpetrador de un horroroso crimen. El anfiteatro de esta tumultuosa concurrencia era á orillas del rio tocando á un viejo puente ennegrecido por los siglos.

Cierto jóven de noble y elegante gallardía, cuya espada y bordado casaca denotaba su distinguida cuna, recorria aquellos grupos sin poder lograr que le contasen á punto fijo lo que allí sucediera. Impaciente ya, echando votos á Dios y al diablo, cogió el brazo de una vieja, que al parecer mas que todos se lamentaba, y gritó á su oido con todas las fuerzas de su pulmon:

—Por el alma de mi abuelo el que espichó en las cruzadas, ¿no me dirá nadie al fin qué ha sucedido?

—Oh, señor baron! respondió la vieja; no blasfeme V. por Dios! que estamos en vísperas de algun desastroso acontecimiento.

—¡Ja! ¡ja!... ¡Pues qué! ¿Están los sarracenos á las puertas de la ciudad, vieja indigesta?

—¡Ojalá no fuera mas!

—¿Pues han resucitado los muertos? ¿Volvió alguno de tus inmensos maridos? ¿Viene el alma de mi padre á reclamar los amarillos doblones que en francachelas y behetrías me he comido?

—Peor; mil veces peor que eso, señor.

—Habla pues, á ver qué ha pasado, gitana de malaventura.

—Es que... á decir verdad, lo que es yo no lo he visto; pero dice la frutera de la esquina de mi casa... ¿la conoce V.? dice que es cosa que hace temblar las piernas.

—¿Y qué es por fin? porque ya me falta la paciencia.

—Yo se lo diré á V., caballero, dijo un gañan apartando con los codos el tropel de curiosos que rodeaban al baron. Esta mañana, ó por mejor decir, esta noche, fué á llamar á mi puerta una vecina, y estaba pálida, mas amarillenta que un cadáver. Preguntóle mi mujer qué tenia, y nos preguntó si habiamos oido algo hácia el puente á media noche. Creimos entonces mi mujer y yo que la pobre vecina habia tenido durmiendo alguna pesadilla.—Pues no señor, que ha habido zambra; un combate de diablos en el puente, y eran lo menos diez mil legiones. Mi hija, que duerme en el granero, lo ha visto, y sobre todo á uno de ellos, su capitán probablemente, el cual tenia una lanza de fuego en la mano... No se ria V., caballero, continuó el gañan á quien habia interrumpido una carcajada del baron; no se ria V., porque yo tambien lo tomaba á chacota, y por cierto que no fué á Roma por la penitencia. Oiga V., oiga V.; no bien sali de casa, y puse el pié en el puente viejo... ¡Virgen del Tremedal! solo en pensarlo me dan convulsiones.

—¿Pues qué te sucedió, hombre? dijo el baron riéndose aun.

—V. se burla de los pobres, y no sienta bien eso en un caballero, respondió con cierto enfado el narrador del lance. Pero

si V. hubiese visto como yo la cruz del puente, aquella santa reliquia bendecida por Nuestro Señor, que nadie ha visto plantar, y hasta el mismo señor obispo nunca pasa por delante de ella sin persignarse; si V. la hubiese visto rota á pedazos, aquella cruz, y rota por manos invisibles, juro que no se reiria V. de ese modo, caballero.

De tal manera encadenaba el espanto á todas las lenguas la narracion del gañan, que casi se avergonzó el baron de haber hablado en tono de mofa, y esquivándose como pudo de aquel grupo, abrióse camino hácia el puente. Masas flotantes de gente desbordaban de todas las calles, que á cada momento le obstruian el paso; pero en compensacion oyó contar mil maravillas, adulterando el lance cada cual á su manera. La mas peregrina fué la de un judío llamado Natan, rico usurero muy conocido en la ciudad, el cual decian habia tenido revelacion de un complot tramado contra su persona por algunas de sus victimas, y creyó prudente escapar aquella misma noche; pero que al atravesar el puente, incitado cual estaba por el demonio, habia cometido el horroroso sacrilegio que acababa de consternar á toda la poblacion.

Y á este cuento, alzáronse contra el judío mil gritos de ananema, y rezaban con ferviente plegaria para desviar de la ciudad las maldiciones del cielo.

Salió al fin el baron de entre tanto imbécil, y apretó el paso para alcanzar á una religiosa que iba delante de él.

—¡Malditos judíos! murmuraba la monja persignándose.

—¡Necedades, Sor Marta! dijo el baron. En pegando con cola las astillas y poniéndole algunos clavos, no hay cuidado, que la cruz va á quedar como antes.

—¡Cómo blasfema V., señor baron! si lo oyera su tia, ó la abadesa, ya sé lo que es. ¿No se ha de corregir V. nunca?

—¿De qué, Sor Marta? ¿De ser jóven y rico? ¿Se me puede echar otra cosa en cara?

—¡Virgen santa! pues, ¿y tanto vicio...

—¡Vicios! ¡Oh! V. trata de adularme, Sor Marta.

—¡Friolera! jugando como un condenado desde la mañana hasta la noche...

—Perdone hermanita, que es desde la noche hasta la mañana.

—Entrampado con Dios y el diablo...

—Precisamente son las dos únicas personas á quienes nada debo, ni he pedido jamás prestado.

—Luego, sabe Dios de cuántos trapicheos y seducciones tendrá V. que dar cuenta en el dia del juicio...

—Ese lo hago, porque Dios manda amar al prójimo.

—¿Y el embriagarse todos los dias?

—Por esa sí que no paso, Sor Marta; porque en cuanto á beber no hay hombre mas valiente en veinte leguas á la redonda.

—Y... vamos, la mano al pecho, baron. Apostaria que hoy ha madrugado V. para buscar algun mal encuentro.

—El mismo camino llevamos, Sor Marta.

—¿Yo? Hace un instante que salí, y vuelvo al convento, dijo la religiosa enojada de la réplica.

—Pues allá voy yo, hija mia.

II.

Silenciosos anduvieron ambos desde entonces, y á medida que se acercaban al monasterio de Santa Clara, íbase apagando el buen humor del baron. La soberbia de su carácter, que reflejaba en sus facciones, finas y delicadas como las de una doncella, cierto descazo hasta insolencia que no le sentaba mal, borrábase bajo otra apariencia mas grave y reflexiva: Sor Marta por su lado rezó muchos *Pater noster* y *Ave Maria*, asombrándose de que aun no hubiese caido del cielo todo el fuego que devoró á Gomorra; y suspiró cual si saliera de algun inminente peligro, así que pudo llegar á la puerta del monasterio. El baron, por el contrario, dejó entrever en aquel instante cierto movimiento de inquietud.

Ya no se hablaba de otra cosa en el convento que de la nueva del sacrilegio de la cruz del puente, y cercaron á Sor Marta y al baron, quien sin responder una palabra al diluvio de preguntas que le hacian, pasó al locutorio á ver á su tia. Al entrar en aquella pequeña pieza, que invadió con una sola mirada, no pudo reprimir un ligero estremecimiento que revelaba su secreta decepcion; pero esforzándose, se adelantó jovial hácia la mesa en que se desayunaban varias religiosas en compañía del padre Juan de Dios, dominico director de almas de la comunidad.

—Bienvenido, Carlos, dijo la mas jóven de todas, que por su toca de rica batista, su largo rosario de cuentas de oro y su cruz de diamantes, daba al momento á conocer que era la abadesa. Tendióle su blanca y delicada mano.—Tenia necesidad de ver á V., continuó, hijo mio. Estoy desazonada con ese suceso: todas las santas madres se han puesto enfermas, y hasta nuestro buen padre Juan de Dios está malo.

—Y muy malo, respondió un hombre de extraordinaria obediencia, sin alzar los ojos de una enorme taza que incesantemente llenaba de azúcar, mazapan, leche, crema y café. Si señora, muy malo, y hasta el estómago se me ha estragado. Verdad es que estoy comiendo; pero crean Vds. que lo hago sin apetito, y tan solo para sostenerme; porque al fin es necesario vivir... Otro bizcochito, sor Teresa... ¡Mil gracias!... ¿Qué tiene V. por ahí escondido, sor Cecilia?

—Nada, padre; frioleras que no pueden gustar á V. Rebanadas de pan con manteca, con unas lonjitas de jamon que ha querido ingerir en ellas sor Escolástica.

—¡Hola! Por via de razonamiento, ¿eh? interrumpió el padre con viveza. A ver, á ver... ¡Divinas, á fé mia! Deme V. tres ó cuatro mas, hermana... pero... quitó V. el azúcar, sor Teresa.

—Perdone V.; ya no sé lo que me hago... Estoy tan turbada... ¡Qué horrible sacrilegio!... Tenga el azúcar, padre... ¡Y dicen que es un judío, el judío Natan! No lo extraño; pero la misericordia divina hará que ese incrédulo arda algun dia con un buen haz de leña debajo de sus piés... Prometo ir á verle por penitencia... ¿Quiere V. un poco de conserva, padre?

—Un poco mas de tolerancia, sor Teresa, dijo el baron sentándose al lado de su tia, y tomando una taza de café que le sirvió la abadesa.

—Tolerancia con un sacrilego, sobrino mio! respondió su tia. Crimen seria en nosotros, y yo pienso como sor Teresa en cuanto ha dicho contra el autor de tan horrendo atentado. Me

parece que tú serás de mi opinion, Carlos... Pero ¿qué tienes? ¿Adónde miras?

Y los ojos de la abadesa, siguiendo los del baron, se detuvieron en una mampara que cubria la puerta del interior del monasterio.

—¿Yo, tia? A ninguna parte, dijo el baroncito casi sonrojándose. Ese maldito suceso me tiene...

—Como á todos, replicó sor Teresa.

—Y eso que aun no saben Vds. otra cosa que ha pasado, añadió sor Teresa. Bien dicen cuando dicen: *¡Bien vengas mal si vienes solo!*

—¿Pues qué hay? dijo el dominico alargando la mano para tomar un almendrado.

—Si la madre abadesa hubiese tenido la bondad de escucharme ayer...

—Preciso es confesar, sor Teresa, que es V. mujer muy rara y caprichosa, interrumpió la abadesa encogiéndose de hombros: siempre ve fantasmas en las cosas mas sencillas.

—Pues que lo uzgue nuestro confesor, dijo sor Teresa.

—A ver, dijo el padre con la boca rellena de bizcocho.

No atreviéndose á desobedecer á la imperiosa mirada de la abadesa que la imponia silencio, ni pudiendo tampoco callar á pesar de eso, murmuró sor Teresa á media voz:

—Cuando se acoge á deshora en una santa casa cual es la nuestra, á una muchacha que venia de no sé dónde, y acompañada de no sé quién...

De púrpura se volvió el rostro del baron, y apresuróse á decir: —La caridad, sin embargo, debiera ser la primera virtud de una religiosa.

—Caridad tengo, y mucha, si señor; pero estoy cierta, entiende V., y conmigo toda la comunidad, que esa muchacha y el sacrilegio de la cruz estan encadenados como las cuentas de mi rosario.

—¿Pero qué muchacha es esa? preguntó con bastante indolencia el padre Juan de Dios, llenando de nuevo la taza de leche y crema.

—Yo lo contaré, dijo la abadesa. Esa muchacha está aquí...

—En el monasterio! exclamó el dominico, atrapando como arrastrado de su cólera un trozo de bizcocho.

—Ayer, continuó la abadesa, á media noche tocaron estrepitosamente la campanilla mi sobrino y otro amigo suyo, piadoso y cristiano jóven...

—Tan buen cristiano como el sobrino, dijo entre dientes sor Teresa.

—Ambos sostenian á una muchacha desmayada...

—¿Era bonita? preguntó con indiferencia el dominico repantigándose en el sillón á fin de facilitar el trabajo digestivo.

—Encantadora, respondió el baroncito; es decir, continuó pesaroso de la viveza con que habia hablado, no es mala. ¿Verdad, tia?

—¿Y dónde está? preguntó el dominico.

—Aquí mismo; para nuestra perdicion; respondió sor Teresa.

—Vaya V. por ella, sor Cecilia, dijo la abadesa á una monja anciana, la cual se levantó de mal humor.

Siguió á la religiosa la vista del baron, y fijáronse sus miradas por donde habia desaparecido aquella.

—¿Y cómo se llama? volvió á preguntar el padre.

—Estaba desmayada cuando llegó al monasterio, respondió la abadesa. Del desmayo pasó al sueño, y he dado orden que la dejen descansar en paz.

—Pero el baron sabrá cómo se llama: dijo el padre dirigiéndose á él.

—Para socorrer al desgraciado, ¿es preciso quizá preguntarle cómo se llama?

—¿Y dónde la encontró V.? insistió el fraile.

—En... en la calle; dijo vacilando el baron.

—Eso es; bien decia yo, alguna callejera; murmuró sor Escolástica. Y bien mirado, no tiene facha de otra cosa.

Lanzó el baroncito una mirada de indignacion á la religiosa.

En este momento, la voz del pregonero, que á la sazón pasaba, dió nuevo giro á la conversacion. Sor Marta fué la que conó á la asamblea monil, que se publicaba un monitorio por orden del Illmo. señor obispo, invitando á que delatasen al reo cuantos tuviesen conocimiento del atentado cometido con la cruz del puente; sopena de incurrir en las censuras eclesiásticas y de ser escomulgado.

—Nuestro santo obispo, añadió compungida sor Marta, irá en persona dentro de tres dias, descalzo y con una cuerda al cuello á fulminar las escomuniones desde el sitio mismo en que se perpetró el crimen. ¡Qué santo varon es su señoría ilustrisima!

—Eso se llama mucho ruido y pocas nueces, dijo el baron.

—Tamaño sacrilegio, ¿le parecerá á V. grano de anís? díjole la abadesa con tono de dulce reconvenccion.

—V. es mas malo aun que el judío que hizo astillas la cruz; añadió sor Teresa arrojando santo fuego de sus ojos.

—Y V., madre, ¿cree estar bien segura de que haya sido un judío? dijo el baron reprimiendo su sonrisa.

—¿Lo duda V. todavía?

Iba á contestar el baron, cuando se oyó el sonido de una pura y encantadora voz en el pasadizo por donde habia entrado sor Cecilia. Conmovióse el baroncito, y dió un paso adelante para salir al encuentro de la infeliz que iba á parecer ante la monil asamblea.

III.

Suspensos estaban los espíritus de todos, y la mas viva curiosidad reinaba en aquel locutorio, donde reunidos se veian el padre Juan de Dios, varias religiosas, la madre abadesa y su sobrino el baron; y fijos los ojos en la puerta, esperaban ansiosos á la jóven desconocida.

Entró por fin la desdichada, desvaneciéndose con su aspecto las malignas suposiciones de sor Marta y sor Teresa; porque brillaba el candor en su frente, á cuya blancura daba realce una cinta de pelo negro, y rellejábase en su ovalado rostro cierta expresion melancólica, justificada con sus grandes rasgados ojos modestamente abatidos bajo de sus largas pestañas, que delineaban su sombra en sus rosadas mejillas. Su traje no daba á conocer su cuna; pero aunque sencillo en extremo, era elegante y señorial. Aprisionaba su gracioso talle un justillo descaído, y un zagalejo de bombasí blanco descendia hasta sus piés, dejando entrever el nacimiento de su torneada pierna bajo de sus medias de seda blancas con cuadrados azules. Ni cadena,

(1) Hist. de Gustavo III.



ni piedras preciosas relumbraban, por cima de la pañoleta de lino que castamente cubria su espalda; y un simple tocado, ligeramente guarnecido, posaba en la estremidad de una penca de pelo formada con su sedosa cabellera.

Después de examinarla de pies á cabeza, volvió la vista el padre Juan de Dios hácia sor Teresa, como reconviniéndola de la injusticia de su opinion.

—¡A veces engaña tanto esa edad! murmuró la monja interpretando el silencio del buen fraile.

—Acérquese V., señorita, y tome asiento; dijo la abadesa procurando animar á la desdichada, cuya palidez descubria su pesar.

—Mil gracias, señora... No me atrevo; respondió con tímido acento.

Dió un paso el baron hácia la desconocida, y respetuosamente la presentó su mano; pero ella, mas confusa aun:—Gracias, caballero, dijo; me es imposible...

—No tenga V. miedo de nosotros, interrumpió bondadosamente la abadesa.

—No por cierto; no hayas miedo, repitió el padre Juan de Dios, quien aceleraba su digestion revolviéndose en la pítirona. Cuéntanos cuanto te haya sucedido, hija mia; que la señora abadesa es la bondad personificada, y yo... ¿no tengo la mision de llorar con los que lloran? Animo pues, hija mia, y cuéntanos tus cuitas.

Disponiase á responder la jóven desconocida, cuando se oyó por segunda vez el pregonero.

—¿Qué tiene sor Marta? preguntó la abadesa, viéndola entrar desfavorida.

Y sin contestar exclamó aquella:—¡Esta es mas negra, madre abadesa! Un caballero, que segun ha dicho, es el marqués del Socorro...

Un agudo grito interrumpió á la monja; y la desconocida, pálida, se puso á temblar como una azogada.

Dirigiéronse con asombro á ella todas las miradas; pero solo las de sor Marta llevaban cierta expresion de insolente desden. Acabó por fin su recado cargando el acento en cada palabra:—Reclama el marqués su criada Maria, que entró anoche en el monasterio con dos calaveras...

—¡Ah! ¡Estoy perdida! exclamó la infeliz muchacha, cayendo en una silla y cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¡Su criada!... repitió la abadesa con indignacion.

—¡Su criada! siguieron las religiosas, lanzando una mirada de desprecio á la pobre Maria.

—¡Su criada!... dijo á la vez el fraile; pero con cierto tono lleno de interés.

Triunfaba sor Teresa, y el baron parecia petrificado. Hubo un momento de silencio, que al fin rompió sor Marta diciendo: «El marqués espera la contestacion.»

Estas palabras arrancaron á Maria de su estupor, y resbalándose en su asiento sobre sus rodillas cruzó las manos, y con voz deprecatoria dijo á la abadesa: «¡No me entregue Vd. á ese hombre, señora; en nombre del cielo, no me entregue Vd. á ese hombre!»

—Pero... si eres criada suya... respondió la abadesa indecisa y casi vencida por las lágrimas de la infeliz.

—¡Oh! ¡No me entregue Vd.! ¡No me entregue Vd., por Dios! repetía jadeando en medio de su temblor.

Mirábanse mutuamente la abadesa y el padre Juan de Dios: el baron respiraba apenas; y el airado semblante de las monjas todas, junto con el temor de agravar la suerte de Maria, impedíanle alzarla del suelo y tomarla bajo su proteccion.

—Este negocio puede ser de gravedad, dijo el fraile con sentencioso tono.

—¡No me abandone V., madre, ó estoy perdida! respondió Maria con desesperacion.

—Al fin, ¿qué haremos? dijo la abadesa, mirando al dominico.

—Esto merece que se reflexione mucho, respondió el fraile.

—¡Dios mio, apiádate de mí! añadió Maria con apagada voz.

—Pero, fiita, á esa jóven la va á dar algo. ¿Quiere V. dejar que se muera? exclamó el baron sumamente agitado.

—¡Qué petulante eres, Carlos! Tranquilízate, dijo la abadesa.

—¿Y qué le respondo yo al marqués? dijo sor Marta.

—¡Oh! ¡madres, por la Virgen, intercedan por mí! dijo Maria, paseando sus llorosos ojos por todos los impasibles semblantes que la cercaban.

—En fin, ¿quién eres tú? preguntó la abadesa medio vencida.

Sin dejar su humilde postura, enjugó su llanto Maria y res-

pondió: «Soy una pobre huerfana que por proteccion crió y educó la señora madre del marqués actual del Pino. Murió mi bienhechora, y dejéme con que poder vivir; pero creí que por gratitud no debía salirme de la casa de su hijo. Para hacerme

—Es claro, añadió otra monja.
—No tomes las cosas tan á pecho, Carlos, dijo la abadesa á su sobrino, cuyo violento carácter conocia; porque al fin, de todos modos esta jóven pertenece al marqués.

—Yo no pertenezco á nadie, señora. Libre soy, pero débil y sin apoyo alguno. Si V. me abandona, tan solo la muerte es lo que me queda.

—Repito que mi tia no abandonará á V.—Dígaselo V., tiita mia, y no la haga padecer mas.

—Su sobrino de V. es sobrado impetuoso, dijo el fraile á la abadesa, y este negocio es mas arduo de lo que se figura. Al cabo el marqués del Pino es asesor del Santo Oficio y presidente de la sala del crimen; tienen además estrecho parentesco con el Ilmo. señor obispo, y si le descontentamos, pudiera muy bien tomar por blanco á este convento...

—¡Miserable razon por cierto, para ponerla en balanza con el interés que debe inspirar el débil sin amparo! interrumpió colérico el baron... Pero espero que no escuchará mi tia...

—Mas que á su sobrino, ¿no es así? acabó el dominico con irónico acento.

—Mas que á su corazon, dijo con dignidad el baroncito.

—¡Carlos! Carlos! dijo la abadesa, cuya perplejidad se descubria en sus hermosos ojos, vueltos tan pronto al padre con temor, como á su sobrino con aire de implorar su cordura.—Tú me apuras, Carlos.—Padre, bien sabe V. que jamás me aparto de sus consejos. ¿Qué le parece que hagamos?

—¡Bah! ¿Qué importa mi opinion, señora? Pregunte V. á su sobrino; que su gran experiencia... ¡Uf! No sé cómo hay almas que se complazcan en trastornar á un hombre que acaba de desayunarse!... No es que haya comido mucho... muy al contrario... pero la agitacion... la torta y los bizcochos, el...

—Dice el marqués que se cansa ya de esperar, interrumpió sor Marta entrando por segunda vez.

—Pues que se vaya, respondió el baron.

—Decirle... repuso la abadesa, y se paró en seguida esperando el parecer del padre Juan de Dios.

—Que pruebe sus derechos para reclamar á esta señorita, acabó el baroncito.

Carlos, cállate por la Virgen, dijo la abadesa. ¿Qué le diremos, padre?

—Es preciso entregarle esa muchacha, continuó el fraile, evitando las suplicadoras miradas de Maria.

—¡Ah padre!... murmuró dolorosamente.

—¡Pues no se entregará, replicó impetuosamente el baron.

—Ahora, elija V., señora, dijo el director de conciencias.

—¡Oh qué feliz idea! exclamó la abadesa palmoteando. Reanimóse Maria llevando sus negros ojos hácia el abierto semblante de la abadesa. «¡Sor Marta! continúe esta, diga V. al marqués que le suplico me conceda veinticuatro horas de término para pensarlo mejor.»

Precipitose la desdichada jóven á la mano de la abadesa, y respetuosamente la estrechó contra sus lábios.

—V. acaba de salvarme, señora... ¡Oh mil gracias, mil gracias!

Siguió el mas profundo silencio á la salida de sor Marta, y todos tenían curiosidad de saber si se habia marchado el marqués. A poco volvió la religiosa. «Se fué, madre; pero jurando que si no se la entregan mañana, probará quien es él.»

—No se le teme, replicó el baroncito, llevando involuntariamente la mano al puño de su espada.

—Ahora, hija mia, dijo la abadesa á Maria, vas á contarnos los motivos que tengas contra el hijo de tu bienhechora, y cómo fué que te trajese anoche moribunda mi sobrino. ¿Se queda V., padre?

ECO DE LOS FOLLETINES.

El mes pasado publicamos el anuncio de esta baratísima coleccion de obras ilustradas, que escude en economía á cuantas bibliotecas han aparecido hasta hoy: para que no se crea que los grabados desmerecen de los mejores que se estampan en España, publicamos en esta página dos, no ciertamente escogidos, sino tomados á la ventura, de entre los que aparecerán en el segundo cuaderno, que está para repartirse de un dia á otro. Sigue abierta la suscripcion en los mismos puntos que á nuestro periódico.



Lámina del Eco de los Folletines.

útil, procuraba ocuparme en alguna labor, y... erguiendo la cabeza con dignidad y gracia... por consiguiente, no soy criada suya: ¿no es verdad, señora?

—No, señorita; gritó impetuosamente el baron tomándole la mano para levantarla. No! Y quien lo contrario diga, miente



Lámina del Eco de los Folletines.

y se lo hago bueno. Tranquilízese V., que mi tia no la abandonará.

—Aquí hay misterio, dijo sor Teresa al oido de sor Marta.

—Pondría las manos en el fuego, respondió Marta, que esa criatura está liada con el horrible suceso de anoche.

cen de los mejores que se estampan en España, publicamos en esta página dos, no ciertamente escogidos, sino tomados á la ventura, de entre los que aparecerán en el segundo cuaderno, que está para repartirse de un dia á otro. Sigue abierta la suscripcion en los mismos puntos que á nuestro periódico.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oñinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.